Encantando al Conde



ENCANTAR UN LORD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

SUZANNA MEDEIROS

ENCANTANDO AL CONDE

ENCANTAR UN LORD
LIBRO 3

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Gracias
Encantar un Lord
Escándalos navideños
La autora

ENCANTANDO AL CONDE

Le llaman el Conde Impasible...

Muchos buscan su favor, tanto hombres como mujeres, pero pocos vislumbran lo que se esconde bajo el exterior distante del Conde de Brantford.

Ella era la mujer que todos deseaban...

Rose Hardwick fue la debutante más codiciada de Londres hasta que el escándalo tocó a su familia y la convirtió en una paria social.

Solo él tiene el poder de ayudarla...

Rose está decidida a probar la inocencia de su padre del crimen de traición, pero primero debe convencer al Conde Impasible de que la ayude. Cuando las circunstancias les obligan a acercarse, ¿será capaz de derretir el hielo que envuelve su corazón?

Copyright © 2025 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: The Unaffected Earl © 2018 Saozinha Medeiros

CAPÍTULO UNO

Junio de 1807

EL CONDE de Brantford salió de las sombras y se acercó al hombre de cabello oscuro que esperaba fuera de la celda que albergaba al prisionero más reciente de la Torre de Londres. Hizo un breve asentimiento al guardia que también estaba apostado fuera de la celda. El guardia no dio señal alguna de haber visto la orden silenciosa de Brantford, pero se alejó. No lo suficiente como para que alguien pudiera acusarlo de eludir su deber, pero la distancia aseguró que Brantford tuviera privacidad para esta conversación.

Fue directo al grano.

—Tienes que mantenerla alejada de aquí.

El conde de Kerrick no mostró ningún indicio de sorpresa al verlo.

—No puedo controlar lo que Rose Hardwick decide hacer. No pude cuando todos esperaban que nos casáramos, y ciertamente no puedo ahora que me ha dado mi libertad. Pero puedo mantenerla a salvo. Por todo lo que ha sacrificado para unir a Catherine y a mí, es lo mínimo que le debo.

Brantford reprimió la irritación que se encendió dentro de él ante el recordatorio de la antigua relación del otro hombre con Rose. Nunca había sido más que un cortejo —uno que el propio Brantford había ordenado a Kerrick perseguir—, pero la referencia casual a su breve compromiso sirvió como un recordatorio inoportuno de que una pequeña parte de él había deseado cumplir con ese deber en particular.

—Si deseas mantenerla a salvo, te asegurarás de que no repita la visita de hoy. Venir aquí la convierte en un blanco.

Kerrick sabía que decía la verdad. Brantford podía verlo en la tensión de su mandíbula. Ninguno de los dos creía que el padre de Rose hubiera actuado solo. Y si el hombre del que sospechaban que realmente había cometido los actos de traición a los que Worthington había confesado siquiera sospechara que había compartido información con su hija, no dudaría en silenciarla para siempre.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que la retenga y la obligue a mantenerse alejada? La madre de Rose solo accedió a permitir que se quedara con Overlea cuando dejó Londres debido a su amistad con Catherine. Estar bajo la protección de un marqués era más de lo que la pobre mujer podría haber esperado después de que Rose rompiera su compromiso conmigo. Pero Overlea no va a mantenerla encerrada en su casa. Él mismo la traería a la Torre, pero todos sabemos que le debo al menos esto. Después de la agitación de los últimos días y la forma en que todos le han

dado la espalda, no voy a impedirle que vea a su padre.

Brantford quería insistir en que hiciera precisamente eso: encerrar a Rose Hardwick en su habitación y apostar a alguien fuera de su ventana, si fuera necesario, para mantenerla a salvo. Pero sabiendo que eso nunca sucedería, sus pensamientos se dirigieron al siguiente mejor curso de acción.

Era obvio que Lord Worthington había confesado traición para proteger a su esposa e hija. No requeriría mucho esfuerzo convencer al hombre de que la mejor manera de mantener a salvo a su hija sería negarse a verla. Después de ser rechazada unas cuantas veces, Rose eventualmente dejaría de visitar. Con suerte, eso sucedería antes de que atrajera más atención. Maldita sea su obstinación: estaría a salvo ahora si hubiera huido de Londres con su madre.

Brantford se giró para irse, decidiendo que sería mejor regresar más tarde, cuando no estuviera en peligro de ver a la mujer que últimamente ocupaba demasiados de sus pensamientos. Así que, por supuesto, la puerta de la celda se abrió en ese momento y Rose Hardwick salió de la habitación donde su padre estaba recluido. Tenía la cabeza inclinada, pero a pesar de la derrota evidente en su postura, él quedó impactado, como siempre, por su belleza. Había pasado casi una semana desde la última vez que la había visto, cuando ella había llegado a la casa de la ciudad de Kerrick para informarle que había tomado medidas para liberarlo de su promesa de casarse con ella. Había sido un compromiso que ninguno de los dos quería, pero con el nombre de Kerrick, Rose habría tenido cierta protección contra las lenguas crueles que incluso ahora destrozaban la reputación de su familia.

Brantford había esperado no volver a verla nunca.

En lugar de sus rizos habituales, llevaba su cabello castaño rojizo fuertemente recogido. Pero ese no era el único cambio en su apariencia. Cuando levantó el rostro para mirar a Kerrick, Brantford pudo ver las señales de tensión que los últimos días habían provocado. Las oscuras sombras bajo sus ojos eran nuevas. Había intentado ocultarlas con polvo, sin duda en un intento por evitar que su padre se preocupara por ella, pero ninguna cantidad de cosméticos podía ocultarlas por completo. Y había una tensión en sus facciones, un aire de fragilidad en ella que le hacía querer tomarla en sus brazos y protegerla del mundo. No lo haría, por supuesto, y le irritaba que esta mujer pudiera provocar tal emoción en él. Las emociones eran un signo de debilidad, y no haría nada para traicionarse a sí mismo. Había aprendido esa lección de su padre cuando aún era un muchacho.

Cuando Kerrick le ofreció su brazo, ella le dio una sonrisa cansada antes de tomarlo. Brantford sabía con certeza que no había nada indebido entre ellos, pero no pudo evitar la molestia que se avivó al verlos juntos.

Entonces ella lo notó. Debió haber asumido que él era el guardia cuando salió por primera vez de la prisión de su padre, pero cuando lo reconoció, sus ojos azules se endurecieron y su deliciosa boca en forma de arco se tensó en una línea recta.

Por alguna razón, Rose había pasado de parecer indiferente hacia él a una aversión activa, y no podía entender por qué. Apenas le había hablado, asegurándose de mantener la distancia cada vez que coincidían en los mismos eventos sociales. No podía explicar su repentina hostilidad, pero no permitiría que lo afectara.

—Señorita Hardwick —dijo, inclinando la cabeza a modo de saludo. Dada la naturaleza sombría de su visita, no había nada más que pudiera decirle más allá de eso. Había visitado a su madre el día anterior, alcanzándola justo antes de que abandonara Londres, pero la mujer no había podido decirle nada. Rose ya se había instalado en la casa de la ciudad de Overlea, un hecho que le convenía. Si Lady Worthington no sabía nada sobre las acciones de su marido, era

poco probable que pudiera obtener información de su hija.

Rose se alejó sin decir nada. Después de todo, no había nada que decir.

Encontró la mirada de Kerrick, enviándole una orden silenciosa de hacer lo que pudiera para mantener a Rose alejada. Las cejas del otro hombre se fruncieron brevemente antes de que condujera a Rose por el pasillo.

No importaba. Brantford se encargaría del asunto. Había permitido que otros interrogaran a Worthington, y sus esfuerzos no habían dado frutos. También se aseguraría de que el padre de Rose tomara las medidas necesarias para evitar que su hija sufriera más daños.

Sabiendo que el guardia no haría nada para impedir su entrada, Brantford se acercó a la celda. Sorprender a Worthington tan pronto después de la visita de su hija podría ser una ventaja. Si el hombre estaba afectado aunque fuera la mitad de lo que su hija lo había estado, podría darle a Brantford la ventaja que necesitaba para romper su silencio.

Dado que Worthington era simplemente un vizconde con una cantidad insignificante de riqueza, no había merecido una de las habitaciones más elaboradas de la Torre. Habitaciones que una vez habían albergado a la realeza.

No, esta habitación apenas contenía lo necesario. Una pequeña cama en la esquina servía de lecho, una pequeña mampara en otra esquina ocultaba el orinal. Uno que no había sido vaciado en algún tiempo, a juzgar por el olor que impregnaba el aire. El ambiente era pesado y húmedo. Había varias ventanas pequeñas en lo alto de una pared, pero la luz del día que entraba hacía poco para aliviar la penumbra de la celda.

Había estado en muchas celdas similares durante su tiempo trabajando para el Ministerio del Interior, y ninguna de esas visitas le había afectado jamás. Después de todo, uno renunciaba a todo derecho de lujo y comodidad cuando cometía traición. Pero hoy, sabiendo que Rose había estado en esa habitación momentos antes, sabiendo que ella había visto al hombre derrotado encorvado al borde de la pequeña cama, Brantford sintió un peso inusual en el pecho.

No por el hombre sentado frente a él, sino por su hija que se había visto obligada a verlo así.

Si tuviera corazón, supuso que también habría sentido lástima por Worthington. En cambio, todo lo que pudo reunir fue molestia. Y si era honesto consigo mismo, un atisbo de ira por lo que el hombre le había hecho a su familia.

Cuando todo esto comenzó, Brantford había esperado que los rumores que sus agentes habían descubierto sobre Worthington vendiendo secretos ingleses a los franceses no llegaran a nada. Había sido una esperanza vana, pero quería encontrar algo, cualquier cosa, que condujera a otra explicación. Pero ahora que Worthington había confesado, esa esperanza se había desvanecido.

Worthington no lo había oído entrar, su comportamiento era el de un hombre sumido en sus pensamientos. Brantford cruzó la habitación y se sentó en la silla donde Rose sin duda había estado durante su visita, irrumpiendo en la ensoñación del hombre con una brusquedad que hizo que Worthington se sobresaltara.

La mirada de Worthington se endureció cuando se dio cuenta de que Rose no había vuelto a verlo. Parecía que las defensas del hombre no se habían desmoronado después de todo por la visita de su hija.

Brantford comenzó con su interrogatorio, pero ya sabía que no aprendería nada nuevo. Sin embargo, no dejaría esta habitación hasta que hubiera extraído la promesa de Worthington de rechazar cualquier visita futura de su hija.

CAPÍTULO DOS

ROSE AGRADECIÓ que lord Kerrick no intentara entablar una conversación trivial durante el viaje de regreso en carruaje. Después de todo, no había nada que decir.

Su padre se había negado a hablar sobre lo sucedido. Ella sabía que no era culpable de traición, podía sentirlo en su corazón con una certeza inquebrantable. Pero él parecía resignado a aceptar lo que le sucedería debido a su confesión, preocupándose únicamente por Rose y su madre. Cuando su madre abandonó la ciudad apenas unos días después de que su padre fuera llevado a la Torre de Londres, había intentado insistir en que Rose se marchara con ella. Si su amiga Catherine Evans no la hubiera invitado a quedarse con su familia —extendiendo, por defecto, la protección de su cuñado, el marqués de Overlea— es posible que nunca hubiera vuelto a ver a su padre.

Ya estaba frustrada porque su padre se negaba a hablar sobre por qué confesaría un crimen que no había cometido. Encontrar al conde de Brantford fuera de la celda de su padre después había sido más de lo que podía soportar. No se le escapaba la ironía de que había pasado la mayor parte de la temporada intentando, sin éxito, captar su interés. Aparte de la velada musical que sus padres habían organizado, cuando Brantford le había hablado durante un brevísimo momento, apenas la había mirado durante toda la temporada.

De todas las ocasiones en que el destino podría haberlos reunido, era cruel que eligiera hacerlo ahora, después de que la familia de Rose hubiera quedado completamente arruinada. No es que Brantford hubiera mostrado jamás la más mínima inclinación de estar interesado en ella románticamente. Siempre había mantenido un pequeño rayo de esperanza en lo que a él se refería, pero ahora tenía que enfrentarse a la realidad. El conde de Brantford nunca se aliaría con la hija de un traidor confeso.

Cuando llegaron a la residencia de los Overlea, Kerrick la acompañó hasta la puerta.

—¿No vas a entrar? —preguntó ella cuando vio que no hacía ningún ademán de abrir la puerta.

Él negó con la cabeza.

—Tengo asuntos que atender hoy. Pero, por favor, dile a Catherine que pasaré más tarde esta tarde para verla. Y a ti también, por supuesto.

Rose dudó un momento antes de pronunciar las palabras que reconocerían la tarea que habían realizado esa mañana. Una tontería, realmente, ya que ambos sabían lo que había sucedido. Lord Kerrick había estado con ella en cada paso del camino, después de todo. Aun así, era difícil hablar de ello.

—Gracias por acompañarme hoy.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Te debo una deuda que nunca podré pagar.

Rose logró esbozar una sombra de sonrisa.

—Tonterías. Tú y yo nunca fuimos compatibles. Era el deseo de nuestros padres que nos casáramos, pero tu corazón está en otra parte. Lo supe desde el principio. —*Al igual que el mío*, pensó, tratando de ignorar la amargura que amenazaba con abrumarla. No tenía sentido pensar en sentimientos no correspondidos que nunca podrían llevar a nada.

—¿Qué piensas hacer ahora?

La pregunta de Kerrick la sorprendió.

—Pienso ver a mi padre de nuevo mañana, por supuesto.

—¿Estás segura de que quieres someterte a esa tensión?

—Por supuesto. No lo abandonaré ahora. —También necesitaba saber por qué su padre confesaría un crimen que no había cometido. ¿Importaría siquiera? ¿Podría alguien retractarse de tal confesión? Con toda probabilidad, se había condenado a la horca en el momento en que esas palabras salieron de sus labios.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos fatalistas. Se negaba a considerar la posibilidad de que no hubiera nada que pudiera hacer para ayudar a su padre. Estaría allí para él como él siempre había estado allí para ella a lo largo de los años.

—Si no puedes acompañarme, lo entenderé. Llevaré a una doncella conmigo mañana. —Empezó a alejarse, pero las siguientes palabras de él la detuvieron.

—Estaré aquí mañana a la misma hora, no te preocupes. No irás sola a la Torre.

Rose no pudo reunir las palabras para agradecerle, así que simplemente asintió en respuesta. La lógica le decía que él solo había hablado por preocupación por su bienestar, pero no podía perdonarle del todo que pensara que ella se apartaría de su padre. Mañana habría superado su molestia. Su armadura estaría de vuelta en su lugar entonces, pero en ese momento estaba demasiado golpeada emocionalmente para reunir la energía necesaria para actuar como su yo normal y alegre.

Entró sin decir una palabra más. Al encontrar el vestíbulo de entrada vacío, respiró aliviada. No había pasado por alto las miradas de lástima que el personal de la casa le había dirigido desde su llegada dos días antes. Ella, que una semana antes había sido la debutante más codiciada de todo Londres.

Dudó fuera del salón, sabiendo que Catherine la estaría esperando. Después de enterarse de que Rose no deseaba volver al campo con su madre, Catherine la había invitado a quedarse con su familia y ni una sola vez la había presionado para obtener detalles. Catherine respetaba su necesidad de privacidad y entendería si necesitaba algo de tiempo a solas. Pero a pesar de la tentación de dirigirse a su habitación, Rose necesitaba respuestas primero.

Su curiosidad sobre la presencia de Brantford en la Torre se había avivado. Hasta donde ella sabía, él no tenía ninguna razón para estar allí. No se había dado cuenta de que Brantford era amigo de lord Kerrick hasta hace muy poco. No podía preguntarle directamente a Kerrick sobre el otro hombre, pero como prometida de Kerrick, era posible que Catherine pudiera proporcionarle respuestas a sus preguntas. Acababan de comprometerse, pero Kerrick era un amigo cercano del cuñado de Catherine, y ella lo conocía desde hacía tiempo.

Cuadrando los hombros, entró en el salón y encontró a su amiga acurrucada en un sillón, inmersa en un libro. Catherine levantó la vista al verla entrar y sonrió.

Rose no pudo devolverle la sonrisa. En su lugar, cruzó la habitación y se sentó en el sofá frente a su amiga. Le costó casi todo su esfuerzo mantener la compostura después de la frustrante visita que había tenido con su padre.

Catherine cerró su libro y lo colocó en su regazo, sus dedos aferrando el lomo. Ese pequeño gesto advirtió a Rose que su amiga estaba a punto de romper su silencio sobre lo que había sucedido.

—No sé qué decirte —dijo Catherine, con voz inusualmente suave—. Quiero preguntarte cómo está tu padre, cómo te sientes *tú* después de tu visita, pero no deseo entrometerme si aún no estás lista para hablar.

De cualquier otra persona, Rose habría detestado la simpatía que veía en los ojos de su amiga, pero se trataba de Catherine. No se conocían desde hacía mucho tiempo, pero Catherine había sido la única amiga que permaneció a su lado después de la caída en desgracia de su familia. Más aún, había movilizado a toda su familia para brindarles apoyo cuando nadie más quería siquiera reconocerla.

Dejó escapar un suspiro. —No tienes que ser tan cuidadosa conmigo.

—No quiero que pienses que estoy buscando chismes.

Esa declaración, más que cualquier otra cosa que Catherine pudiera haber dicho, provocó una sonrisa en el rostro de Rose. —Si creyera que eso es todo lo que quieres de mí, nunca habría aceptado tu invitación para quedarme aquí.

La leve arruga de preocupación en la frente de su amiga se desvaneció. —Si necesitas alguien en quien confiar, sabes que estoy aquí para ti.

Rose levantó el hombro en un ligero encogimiento, el cuidadoso movimiento transmitiendo solo un atisbo de la confusión que la agitaba por dentro. —Papá parecía preocupado por mí, por supuesto. No esperaba verme. Aparentemente, cuando mamá lo visitó, le dijo que ambas regresaríamos al campo para quedarnos con su hermana.

—Esa había sido su intención. Él no habría sabido que te quedabas en Londres antes de tu visita esta mañana.

—Pensé que estaría feliz de que no lo hubiera abandonado, pero sucedió lo contrario. Insistió en que me fuera de Londres.

Catherine se levantó del sillón, dejó su libro en el asiento y se movió para sentarse junto a ella en el sofá. —La preocupación de tu padre por ti es normal. No quiere que te veas afectada por lo que le está sucediendo. No puedes culparlo por querer que estés lejos de aquí.

—No lo abandonaré, y no puedo entender por qué mamá lo haría. ¿Cómo puede desertar cuando él necesita el apoyo de su familia? —Sus puños se habían cerrado en su regazo, y se tomó el tiempo para obligarse a regular su respiración y relajar sus manos antes de continuar—. Tú nunca abandonarías a nadie de tu familia si las circunstancias fueran similares... no si supieras que son inocentes.

Como respuesta, Catherine tomó una de sus manos y le dio un ligero apretón antes de soltarla nuevamente.

Rose tuvo que apartar la mirada. Pasaron varios segundos antes de que pudiera contener la emoción que amenazaba con abrumarla cada vez que pensaba en su padre y lo perdido que parecía en su fría celda. Había pasado solo una semana desde que se lo llevaron, pero había envejecido en ese tiempo, y ella había odiado verlo tan derrotado.

Cuando finalmente tuvo sus emociones bajo control, se encontró con la mirada paciente de Catherine. —Quería discutir otro asunto contigo. ¿Qué puedes decirme sobre la amistad de tu futuro esposo con Lord Brantford?

Si Rose no hubiera estado observando tan de cerca a su amiga, podría haberse perdido el destello de inquietud en los ojos de Catherine antes de que apartara la mirada.

—Imagino que el círculo de conocidos de Kerrick es bastante amplio.

La respuesta de Catherine no era inverosímil, pero la manera cuidadosa en que sopesó cada palabra decía mucho. Su amiga estaba ocultando algo.

—¿Eso es todo lo que puedes decirme?

Catherine se encogió de hombros. —Sé que se llevan bien. Kerrick respeta mucho a Lord Brantford, pero no estoy segura de que los llamaría amigos.

—Entonces, ¿cómo caracterizarías su relación?

Catherine negó con la cabeza, y Rose no pasó por alto la forma en que jugueteaba con sus manos, entrelazándolas antes de darse cuenta y obligarlas a quedarse quietas en su regazo.

Rose entrecerró los ojos, convencida ahora más que nunca de que su amiga estaba tratando deliberadamente de evadir su pregunta. —¿Qué me estás ocultando?

Catherine suspiró y la miró a los ojos. —¿Por qué el repentino interés en Lord Brantford?

Rose reconoció la táctica dilatoria por lo que era. Cuando no quería responder a una pregunta, Catherine a menudo daba la vuelta al tema para que la otra persona fuera la que recibiera el interrogatorio. Consideró si decirle la verdad a su amiga.

Al final, no fue necesario. Catherine debió haberlo visto claramente escrito en su rostro. Era un pequeño milagro que Rose hubiera podido ocultárselo a su amiga durante tanto tiempo.

—Es Brantford —dijo Catherine con un pequeño jadeo de sorpresa—. Él es el hombre del que no querías hablarme.

Rose solo pudo asentir en respuesta, la futilidad de su situación actual golpeándola una vez más.

—Lo llaman el Conde Impasible por una muy buena razón. No es probable que corresponda tu afecto.

Rose no pudo contener una pequeña carcajada. —Lo sé. Es más que ridículo. De todos los hombres que podrían captar mi interés, y el cielo sabe que muchos lo han intentado, tengo que fijarme en el único que tiene agua helada en lugar de sangre corriendo por sus venas.

—No tiene nada que ver contigo. Es así con todo el mundo. Cuando estuvo en Overlea Manor el año pasado...

Ahora fue el turno de Rose de jadear y alcanzar la mano de Catherine. Miró fijamente a su amiga durante varios momentos antes de encontrar su voz. —¿Se quedó con ustedes? Nunca me lo dijiste.

—No sabía que significaría algo para ti.

—Lo hace. Más de lo que me gustaría admitir. ¿Significa esto que es amigo del esposo de tu hermana?

Catherine negó con la cabeza. —No lo creo, no.

Rose soltó la mano de su amiga y cruzó los brazos sobre su pecho, apuntando a una ligereza que estaba lejos de sentir mientras decía: —No me hagas sacarte los detalles. Lo haré si tengo que hacerlo.

Catherine sonrió, y Rose casi pudo ver la tensión abandonar su delgada figura. —Estaba allí por invitación de Kerrick.

Rose frunció el ceño a su amiga. —Ahora sé que me estás tomando el pelo. Cuéntamelo todo.

Catherine suspiró. —Fue una época difícil para mi familia. Louisa y Nicholas... el marqués... solo llevaban casados poco tiempo. Todos pensábamos que estaba sufriendo la misma enfermedad que se había llevado las vidas de su padre y su hermano mayor.

—Recuerdo eso. No que él también estuviera enfermo, pero fue tan trágico lo que le sucedió a su familia. Pero seguramente ahora está mejor, ¿no?

—Oh, sí —dijo Catherine con un asentimiento. Dudó durante varios segundos antes de parecer decidirse a continuar—. Resultó que no estaba enfermo en absoluto. De hecho, nadie en su familia lo estaba. Descubrimos que lo que todos habían creído que era una enfermedad era en realidad el resultado de que alguien los estaba envenenando.

La confesión de Catherine fue lo último que Rose esperaba oír. ¿Veneno? No había escuchado nada sobre eso. Y haber perdido a su padre y a su hermano por ello... Ni siquiera podía empezar a imaginar lo que ese conocimiento le había costado al actual Marqués de Overlea. Por lo que había visto en el corto tiempo que llevaba viviendo bajo su techo, estaba felizmente casado con la hermana mayor de Catherine; su amor mutuo era evidente para todos los que los veían juntos. Aun así, debió haberle costado mucho enterarse de que su familia había muerto a manos de otra persona.

—¿Qué tiene que ver esto con Brantford? —preguntó.

—Kerrick solicitó la ayuda de Lord Brantford para descubrir al responsable. No puedo decirte más que eso, y te pido que no compartas lo que te he contado. Fue una época aterradora para todos, y Nicholas no quiere que las dificultades de su familia se conviertan en cotilleos ociosos.

Rose sospechaba que había mucho más en la historia que Catherine no le había contado, pero no insistiría en obtener más detalles. Ella, más que nadie, podía entender el deseo de mantener los asuntos familiares en privado. Aun así, le costó un esfuerzo de voluntad no insistir en que Catherine revelara más detalles. Aunque, por supuesto, no lo haría. El sentido del honor de su amiga era una de las razones por las que Rose sentía que podía confiarle sus propios secretos.

—¿Al menos puedes decirme por qué Kerrick recurrió a Lord Brantford? No es magistrado. ¿De qué manera podría prestar ayuda?

—No puedo decirlo con certeza.

La vacilación en la voz de Catherine hablaba por sí sola.

—¿No puedes o no quieres? Tengo la sensación de que tienes una teoría.

Catherine negó con la cabeza.

—Kerrick ha intentado disuadirme, pero sospecho que Brantford está muy bien conectado en el gobierno.

—¿De qué manera? —Rose entrecerró los ojos, tratando de descifrar el significado detrás de las palabras de su amiga.

—De nuevo, no puedo decirlo.

Rose estaba a punto de insistir, pero Catherine continuó sin necesidad de que le hiciera la pregunta.

—No, en serio, no tengo conocimiento concreto en el que basar una opinión. Como dices, es solo una teoría. Una sensación de que Lord Brantford...

Rose quería gritar a su amiga que dejara de dar vueltas al asunto y hablara claramente, pero logró contener la lengua.

—No sé lo que estoy diciendo. No puedo contarte mis sospechas porque le prometí a Kerrick que no difundiría mis creencias.

—¿Así que no puedes decirme por qué Lord Brantford estaría visitando la Torre hoy? No tendría ninguna razón para estar allí. No creo que él y papá tengan más que un conocimiento superficial —Rose dejó escapar un profundo suspiro antes de continuar—. He examinado la situación desde todos los ángulos, tratando de averiguar una razón para su visita, pero no se me ocurre nada. La presencia de Lord Brantford allí no tiene sentido. Pensé que tal vez podría haber estado allí para reunirse con Lord Kerrick, pero seguramente acordarían un momento y un lugar

más apropiados para hablar.

Se estaba perdiendo algo importante sobre toda la situación. Le frustraba enormemente no poder averiguar la razón de su presencia fuera de la celda de su padre esa mañana.

—No puedo revelar mis sospechas, pero nada me impide ofrecer consejo.

Rose se inclinó hacia delante. Después de la decepcionante visita a su padre, quería creer que Catherine podría ayudarla.

—Estoy dispuesta a considerar cualquier cosa. Cualquier cosa que no sea el consejo de renunciar a mi padre y volver al campo.

—Ni siquiera intentaría decirte eso. Eres tan terca como yo cuando se trata de confiar en tus propios instintos. Si dices que tu padre está ocultando algo que podría demostrar su inocencia, me inclino a creerte.

La emoción se hinchó en su garganta, robándole la voz durante varios segundos, y agradeció a los cielos que le hubieran dado una amiga tan buena.

—¿Cuál es tu consejo?

Catherine dudó, y por un momento Rose temió que hubiera cambiado de opinión. No debería haberse preocupado.

—Ya he mencionado que Lord Brantford está bien conectado. Lo único que puedo añadir es que deberías arreglar para hablar con él directamente. Sospecho que no hay nadie mejor equipado que él para ayudarte a probar la inocencia de tu padre.

ROSE YACÍA atravesada en su cama, mirando al techo mientras reflexionaba sobre su conversación con Catherine.

Era difícil dejar de lado su vergüenza cada vez que pensaba en Brantford. Su interés por él siempre había sido una tontería, y ahora estaba destinado a no llegar a nada. La idea de que tendría que apelar a él en busca de ayuda era un giro del destino particularmente cruel.

Había sido una sorpresa verlo en la casa de Kerrick en la ciudad cuando lo había visitado para romper su mal concebido compromiso. Había intentado borrar ese recuerdo de su mente, especialmente la forma en que le había respondido bruscamente a Brantford, descargando en él su frustración por la situación actual de su familia. Pero pensando en ese día ahora, no podía negar que Catherine podría tener razón. Era posible que Brantford pudiera ayudarla a probar la inocencia de su padre.

Él había pedido permiso para visitar a su madre, y Rose le había asegurado que convencería a su madre para que hablara con él. Solo que eso no había sucedido. Su madre lo había rechazado, como había hecho con todos los demás visitantes, realmente curiosos, que rondaban a su alrededor en un intento de obtener una pizca de chisme que pudieran compartir con sus amigos. No había sabido por qué Brantford había querido siquiera hablar con su madre, pero había esperado que pudiera ayudar de alguna manera.

Luego su madre había dejado Londres, y Rose se había obligado a olvidar los comentarios crípticos de Brantford ese día. Solo que ahora parecía que eso había sido un error.

Se cubrió la cara con las manos mientras trataba de imaginar cómo se desarrollaría esa conversación. Cómo tendría que suplicarle que ayudara a su familia, todo mientras él la miraba con esa fría impasibilidad por la que era famoso.

La simple idea era humillante. Pero era evidente que tendría que hacerlo de todos modos, ya que no tenía ni idea de cómo proceder para limpiar el nombre de su padre.

Se obligó a sentarse y respirar hondo varias veces. Luego, cuadrando los hombros, se levantó y fue en busca de Catherine. La encontró en el jardín, ocupada con las rosas.

Su amiga se volvió hacia ella cuando se dio cuenta de que ya no estaba sola y sonrió.

—¿Has descansado bien?

Rose negó con la cabeza.

—No he podido dejar de pensar en lo que dijiste. He decidido seguir tu consejo. Voy a pedir la ayuda de Lord Brantford para demostrar la inocencia de mi padre.

Catherine asintió como si hubiera esperado que llegara a esa conclusión desde el principio.

—He estado pensando en cómo abordar esto. Creo que vamos a tener que involucrar a Louisa y a Kerrick.

Rose había esperado que necesitarían involucrar a Kerrick, pero tuvo que contener una mueca ante la idea de involucrar a Lady Overlea.

—De acuerdo. ¿Qué tenías exactamente en mente? Te confieso que consideré presentarme en su residencia en la ciudad, pero su mayordomo probablemente me echaría a la calle.

—Lo dudo —dijo Catherine—. Estoy segura de que está acostumbrado a que todo tipo de personas se presenten para ver a su empleador.

Rose arrugó la nariz ante eso, preguntándose si muchas mujeres visitaban al conde. Se obligó a suprimir ese pensamiento para no volverse loca de celos.

—Podríamos invitarlo aquí.

Catherine negó con la cabeza.

—No queremos involucrar a Nicholas. Ha sido como un león protegiendo a su manada cuando se trata de nosotras, especialmente ahora que mi hermana está embarazada.

—Estamos hablando de una invitación a cenar. Seguramente no hay ningún peligro en eso.

—No, pero dado todo lo que pasaron cuando recién se casaron, Nicholas quiere envolverla y mantenerla a salvo de cualquier daño, sea real o imaginario. Está más que feliz de tenerte aquí, pero no quiere que ella se involucre en nada que pueda causarle algún estrés innecesario.

Rose se dirigió a un banco situado justo fuera de las puertas del jardín y se sentó.

—No debería involucrarte en esto.

Catherine se sentó a su lado.

—Tonterías. Todo lo que vamos a hacer es hacerle una visita a Lord Brantford: tú, Kerrick y yo, y Louisa estará allí para actuar como carabina. Es un poco poco ortodoxo, pero no es como si lo visitaras sola.

Rose hizo una mueca al recordar cómo había irrumpido en la casa de Kerrick el día que rompió su compromiso. Sin embargo, si alguien hubiera notado su llegada, la habrían visto partir solo unos minutos después.

—No estoy segura de que Lord Kerrick quiera que te involucres en esto más de lo que Lord Overlea quiere que tu hermana se involucre.

Catherine hizo un gesto de desestimación con la mano.

—Realmente no tiene elección. Puede venir con nosotras o puede enterarse después del hecho. Sé cuál de esas dos opciones preferiría.

Rose sintió el escozor de las lágrimas ante el apoyo inquebrantable de su amiga, pero trató de contenerlas. Por la expresión en el rostro de Catherine, era evidente que no había tenido éxito del todo.

—Hablaré con Louisa ahora y luego informaré a Kerrick sobre nuestra decisión cuando nos visite más tarde. Estoy segura de que podremos visitar a Lord Brantford mañana, ya que sé que no querrás esperar.

Rose negó con la cabeza asombrada.

—Eres casi tan tenaz como yo. No sé qué habría hecho sin ti.

Catherine la abrazó y luego se apartó con una sonrisa cariñosa.

—Después de todo lo que hiciste para asegurarte de que yo tuviera mi final feliz, es lo mínimo que puedo hacer. No puedo ayudarte a limpiar el nombre de tu padre, pero te ayudaré a hablar con el único hombre que posiblemente pueda hacerlo.

CAPÍTULO TRES

BRANTFORD CERRÓ el último archivo y se contuvo de arrojarlo sobre la alarmantemente alta pila de carpetas que parecían multiplicarse por sí solas.

Odiaba esta parte de su ocupación más que nada: leer informes. Ya tenía montañas de cuentas y cartas relacionadas con su finca y propiedades que necesitaba supervisar. A pesar de contar con un administrador más que capaz, no era lo suficientemente tonto como para confiar completamente en el hombre. Si su línea de trabajo le había enseñado algo, era que cualquier hombre podía ser corrompido con el incentivo adecuado.

Siempre había tenido buena cabeza para los números, y nunca le llevaba mucho tiempo revisar las cuentas de la finca. Pero cuando se trataba de asuntos relacionados con la seguridad de Inglaterra, parecía que el Ministerio del Interior vivía para sepultarlo en minucias. Al menos había servido para distraer su mente de los eventos en la Torre esa mañana.

El enérgico golpe en la puerta lo hizo reclinarse en su silla y estirar sus hombros tensos.

—Adelante.

Su mayordomo abrió la puerta y presentó una pequeña bandeja de plata sobre la cual había sido colocada una tarjeta de visita. Brantford contuvo una maldición. Parecía que su trabajo aún no había terminado.

Soltó un suspiro de fastidio cuando vio el nombre de Kerrick en la tarjeta. Adiós a la idea de apartar a Rose Hardwick de su mente.

—Lo recibiré aquí.

Tenía curiosidad sobre el motivo de la visita del hombre. Cuando Kerrick entró y cerró la puerta tras de sí, Brantford arqueó una ceja.

—Esto es una sorpresa.

Kerrick se acomodó en una silla que Brantford mantenía a un lado de su escritorio con el único propósito de tales reuniones.

—Tengo noticias. Pensé en incluirlas en un informe ya que sé cuánto te encantan esos... —Miró la pila en el escritorio de Brantford y negó ligeramente con la cabeza.

Brantford juntó las puntas de sus dedos y observó al otro hombre con gran atención.

—Pensé que ya no estabas en esto.

La boca de Kerrick se torció hacia abajo.

—Lo estoy, pero uno de mis contactos finalmente me respondió con cierta información. Información que querrías saber ya que podría concernir a Rose.

Brantford no pudo contener la irritación que lo invadía cada vez que escuchaba el nombre de Rose en los labios del otro hombre, pero hizo todo lo posible por ocultarlo.

—Adelante —dijo, esperando que Kerrick continuara.

—Se trata de Standish.

Eso captó la atención de Brantford. Antes de la confesión de Worthington, Kerrick le había dicho que Standish estaba de alguna manera involucrado en todo este lío. Se le había visto discutiendo con Worthington, y poco después el padre de Rose había confesado traición. Pero no habían podido encontrar ninguna prueba de que Standish estuviera involucrado en vender secretos a los franceses.

—¿Puedes conectarlo con Worthington?

Kerrick negó con la cabeza.

—Desafortunadamente, no. Todavía no. El hombre es más escurridizo que una anguila. Pero mi contacto descubrió información sobre sus antecedentes que su padre había intentado ocultar.

Brantford esperó pacientemente a que el otro hombre continuara.

La boca de Kerrick se torció con disgusto.

—No sé si recuerdas haber oído sobre la muerte de su prima hace años, cuando el viejo conde aún vivía y Standish aún no había alcanzado la mayoría de edad.

Brantford asintió. Había sido un asunto turbio. La joven acababa de debutar en sociedad, pero en algún momento durante esa temporada la habían encontrado muerta. Asesinada, aparentemente, pero su asesino nunca había sido identificado. Sin embargo, parecía que ese ya no era el caso.

—¿Standish?

Kerrick asintió.

—No solo mató a la chica. Primero la violó, luego la estranguló.

El disgusto y la ira se revolvieron en el estómago de Brantford mientras contemplaba cuán negra debía ser el alma de un hombre para cometer tal crimen.

—Así que el hombre es un asesino y su padre ocultó el escándalo.

—Sí. Envió a Standish al continente. Pagó y amenazó a cualquiera que pudiera testificar sobre el paradero de su hijo en el momento del crimen. La mayoría de ellos desaparecieron, sin que se volviera a saber de ellos.

—Hasta ahora.

—Sí, pero no esperes que Standish pague por ese crimen. Mi contacto me dice que la persona con la que habló está aterrorizada de Standish y de lo que podría hacerle a su familia.

—Comprensible —dijo Brantford—. Si el hombre no tuvo reparos en matar a su propia prima, ciertamente no dudaría en lastimar a un extraño.

—Así es.

Un pensamiento que había estado rondando los bordes de su mente finalmente tomó forma.

—¿No murió el viejo conde en circunstancias misteriosas?

Kerrick asintió.

—Solo podemos especular, por supuesto, pero no me sorprendería saber que Standish también tuvo algo que ver con eso.

Brantford consideró las ramificaciones de estas nuevas revelaciones, pero aún no conectaban al hombre con la traición.

—Ahora es bastante rico. Ciertamente no necesita vender secretos a los franceses.

—No por dinero, no. Pero parece que podría tener una razón más personal para traicionar al país.

—No me hagas preguntar —dijo Brantford cuando Kerrick no continuó. Odiaba cuando sus agentes intentaban jugar a las adivinanzas con él. Aunque, era posible que estuviera exagerando,

no es que fuera a admitirlo. Todavía no había perdonado del todo a Kerrick por acercarse tanto a Rose Hardwick.

—Parece que la madre de Standish es francesa. —Ante la ceja levantada de Brantford, continuó—. No la mujer que lo crió. La esposa del viejo conde no podía darle un heredero, pero su amante quedó embarazada y dio a luz un hijo. Un hijo que el conde hizo pasar como nacido de su esposa.

Brantford podía verlo todo ahora.

—Según todos los informes, la condesa odiaba a su hijo. O más bien, odiaba al niño que había criado como su hijo.

—Sí —respondió Kerrick—. ¿Puedes imaginar ser criado por una mujer que odiaba la mera visión de ti? No es que excuse ninguno de sus crímenes, pero podemos estar seguros de que el hombre no tiene noción de cómo sería una familia, o el amor.

Tenían eso en común. No la parte del odio activo, por supuesto, pero Brantford también había sido criado en un hogar carente de calidez familiar. Esa carencia ciertamente no excusaba las acciones de Standish.

—¿Entonces crees que Standish está vendiendo secretos a los franceses...? ¿Por qué, exactamente? ¿Como una especie de venganza contra su supuesta madre? ¿O contra el hombre que lo apartó de su verdadera madre y lo crió en la riqueza y la seguridad?

Kerrick se levantó de un salto de su silla y comenzó a caminar. —Es posible.

En efecto lo era, pero ambos sabían que necesitarían más que eso para relacionarlo con la confesión de traición de Worthington.

—Me has dado mucho en qué pensar —dijo Brantford, y lo decía en serio. Lo único que no habían tenido era un motivo para que Standish cometiera traición. Kerrick podría haber descubierto su motivación.

Kerrick detuvo sus movimientos inquietos y se volvió para mirarlo. —Creo que Rose podría estar en peligro por su culpa.

Su estómago se revolvió ante esas palabras. —Standish prefiere a las mujeres de cabello rubio.

—Sí, y ambos sabemos que tenía la mira puesta en mi prometida. Se jactó de ello cuando me maniobró para que pareciera que había comprometido a Rose. Estaba muy satisfecho consigo mismo cuando me vi obligado a anunciar nuestro compromiso. Con yo fuera del camino, pensó que podría tener a Catherine en sus garras. No lo habría logrado, por supuesto. Overlea es casi tan ferozmente protector con ella como lo es con su esposa, y como su cuñado tiene los medios para mantener a Standish a raya. Pero Rose frustró sus planes cuando le dijo a todo el que quisiera escuchar que había roto nuestro breve compromiso.

Un escalofrío le recorrió las venas. —Y Standish no es un hombre al que se le pueda frustrar.

—No —dijo Kerrick—. Worthington confesó para proteger a su familia. No podemos probarlo, pero lo siento en los huesos. Pero su confesión podría no ser suficiente para proteger a Rose, no si Standish la culpa por el hecho de que Catherine y yo estemos ahora comprometidos. Y si la historia sirve de algo, Standish *atacará* cuando se le niegue lo que siente que le corresponde.

Brantford no dijo nada, pero se puso de pie, estrechó la mano de Kerrick y le agradeció por la información. El otro hombre escrutó su expresión, y Brantford debió haber revelado más de lo que pretendía.

—Sé que cuidarás de ella —dijo Kerrick antes de salir de la habitación.

Brantford se dejó caer de nuevo en su silla, con las emociones en tumulto. Quería golpear

algo, preferiblemente la cara de Standish. Estaba muy tentado de barrer la pila de informes de su escritorio, imaginando la satisfacción que obtendría al ver el papel dispersarse en todas direcciones.

En su lugar, apretó los puños y cerró los ojos, trabajando para controlar su respiración y, con ella, su temperamento. Hizo un voto silencioso de llegar al fondo de este asunto personalmente. Se aseguraría de que Rose Hardwick permaneciera a salvo.

BRANTFORD MIRÓ la nota garabateada apresuradamente que su mayordomo le había entregado mientras se dirigía a su estudio y se permitió fruncir el ceño mientras la leía.

Planeando visitar en breve con C, Lady O, y RH. La última quiere aceptar tu oferta de ayuda.
- Kerrick

Dejó caer la nota en una papelera —deseando que no hiciera demasiado calor para encender un fuego y poder quemarla— y se sentó en la silla de su escritorio. Cuando se dio cuenta de que aún fruncía el ceño, suavizó su expresión.

Rose Hardwick venía a su casa. No sabía por qué esa idea lo inquietaba tanto, pero no se detendría a pensar en eso ahora. Kerrick había impedido que Rose visitara a su padre esa mañana. Tal vez podría ir un paso más allá y convencerla de que se uniera a su madre en el campo, donde estaría a salvo.

Casi de inmediato se puso de pie nuevamente. No tenía sentido fingir que estaba ocupado en otra cosa cuando llegaran. Se dirigió a la sala de estar donde llamó a un lacayo y le instruyó que trajera refrigerios tan pronto como llegaran sus invitados. Se preguntó si Kerrick había sabido de esta visita cuando hablaron ayer. Si era así, no necesitaba haberse molestado en mantenerlo en secreto, ya que Brantford no iba a rechazar a Rose. Dudaba que ella supiera algo sobre los asuntos de su padre, pero no descartaría la oportunidad de interrogarla.

Tal vez esta vez no estaría tan enojada con él. No tenía razones para creer que su acritud hacia él fuera personal. Imaginaba que solo estaba descargando su frustración y, dado la cantidad de chismes y especulaciones que giraban en torno a su familia en este momento, no podía culparla.

Quería caminar de un lado a otro, pero resistió el impulso y se sentó en un sillón. Requirió mucha más concentración de la que admitiría mantener su atención enfocada en el periódico.

Solo tuvo que esperar diez minutos antes de que su mayordomo respondiera a un golpe en la puerta. Dejó a un lado el *Times* y se puso de pie solo cuando el pequeño grupo entró en la habitación.

Después de saludar a sus invitados, esperó a que las mujeres tomaran asiento en el sofá antes de sentarse nuevamente. Kerrick ocupó el otro sillón de la habitación.

—No esperaba una compañía tan encantadora esta mañana. —No pudo evitar que sus ojos se posaran en Rose mientras hablaba. Había descansado algo desde la última vez que la vio, pues los círculos bajo sus ojos habían desaparecido, pero podía ver signos de tensión en la forma en

que apretaba la boca y en la rigidez de sus hombros. Intentó evaluar su estado de ánimo, pero ella no lo miraba directamente. Parecía que tendría que esperar un poco más para descubrir si aún descargaba su frustración en él.

—Espero que esto no sea demasiada molestia —dijo Lady Overlea.

—En absoluto —respondió Brantford. Reclinándose, observó al grupo mientras el lacayo llegaba, puntualmente, con el té y una bandeja llena de una variedad de dulces.

—Todos sabemos por qué estamos aquí —dijo Kerrick después de que Lady Overlea hubiera servido el té para todos—. Louisa y Catherine se quedarán aquí mientras los tres discutimos en privado el motivo de nuestra visita.

Brantford entrecerró los ojos, evaluando a todos en la habitación. Parecía que la prometida de Kerrick y su hermana estaban contentas de mantenerse al margen de esta discusión. Pero al mirar a Rose, se dio cuenta de que no obtendría mucha información de ella con el otro hombre presente. Lo que había comenzado como un cortejo fingido entre ellos —algo que aún le molestaba cada vez que pensaba en ello— se había convertido en Kerrick actuando como un hermano mayor protector hacia Rose. No llegaría muy lejos si el otro hombre insistía en hablar por ella.

—Creo que sería mejor si la señorita Hardwick y yo habláramos a solas.

Lady Overlea se sorprendió ante su anuncio. Catherine pareció complacida, y no pudo evitar preguntarse por qué. Kerrick, sin embargo, estaba a punto de protestar cuando la propia Rose finalmente habló.

—Creo que Lord Brantford tiene razón. Agradezco todo lo que están haciendo por mí, acogiéndome y asegurándose de que no me acosen cuando visito a papá, pero no pueden seguir protegiéndome.

—Exactamente —dijo Brantford, poniéndose de pie rápidamente antes de que alguien pudiera intentar hacerla cambiar de opinión—. Si me sigues.

Kerrick también se puso de pie, con los brazos cruzados. —Ve con cuidado —dijo mientras Rose lo seguía fuera de la habitación.

Brantford lo ignoró. Él había puesto estos eventos en marcha cuando le pidió a Kerrick que investigara al padre de Rose. Difícilmente podía culpar al otro hombre por sentir cierta responsabilidad por las repercusiones.

Brantford pasó de largo su estudio —lo último que necesitaba eran recuerdos de Rose invadiendo su santuario interior mientras intentaba trabajar— y se dirigió a la biblioteca. Le permitió a ella entrar primero en la habitación.

—No deberíamos ser molestados aquí, incluso con la puerta abierta.

Ella negó ligeramente con la cabeza. —No tengo duda de que mi virtud está a salvo contigo.

No debería haberle parecido algo extraño que ella dijera. Después de todo, estaba sola con él, lo suficientemente lejos de sus amigos como para que él pudiera hacerle casi cualquier cosa. Es más, casi tan pronto como ese pensamiento se le ocurrió, se dio cuenta de que también estaba molesto. Podría ser conocido por su reserva cuidadosamente cultivada, pero difícilmente era un monje. Y le molestaba más de lo que quería admitir que Rose Hardwick pensara que estaba a salvo a solas con él.

En realidad, no lo estaba.

—Por favor, toma asiento —dijo, esperando a que ella eligiera una de las sillas frente a la ventana antes de sentarse frente a ella—. Primero, debería preguntar por qué estás aquí.

—Creo que es obvio —dijo ella, con la postura rígida mientras sus ojos se encontraban con los de él antes de desviarse nuevamente.

—Supongo que no tienes ninguna evidencia que compartir conmigo que respalde la afirmación de tu padre de que ha cometido traición.

Había querido sacudirla, provocar algún tipo de emoción en ella que no fuera resignación.

Ella se puso de pie, con los dedos agarrando fuertemente su bolso mientras lo miraba fijamente. —Esto fue un error. No puedes ayudarme.

Él se levantó rápidamente, sosteniendo su mirada mientras le pedía que se sentara de nuevo. Cuando ella lo hizo después de varios segundos, continuó. —Te sorprendería lo que puedo hacer. Pero primero necesito que hables conmigo. Esto no funcionará si tenemos que hablar a través de Kerrick.

El aire pareció salir de sus pulmones, y ella se desplomó ligeramente. Él esperó.

—Mi padre no cometió traición. —Estaba a punto de interrumpir, pero ella habló sobre él—. Lo sé, él confesó. Pero no es culpable. *No puede* ser culpable.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Aún no me has dicho qué quieres de mí.

Rose dejó escapar un pequeño bufido de fastidio. —Eres insufrible, como estoy segura de que sabes.

Él se permitió una pequeña sonrisa ante eso, más feliz de lo que jamás admitiría al ver un pequeño indicio del antiguo espíritu de Rose. —Puede que lo haya escuchado una o dos veces en mi vida.

Ella lo miró fijamente durante varios segundos, y él se encontró deseando poder leer mentes. Había algo en su expresión cuando lo miraba que lo inquietaba. Pero casi tan rápido como lo había visto, la emoción desapareció.

—Necesito tu ayuda para probar su inocencia. Me han dicho que si alguien puede ayudarme, serías tú.

Él dejó que su declaración flotara allí, pesada en el aire, durante varios momentos antes de responder. —¿Qué exactamente te han dicho?

—Muy poco, en realidad. —Era evidente para él que ese hecho la molestaba—. La semana pasada, cuando te vi en la casa de Kerrick, me deseaste suerte en exonerar a mi padre. Bueno, tenías razón. Papá no quiere hablar conmigo sobre lo que pasó, y no sé qué hacer.

—Está tratando de protegerte. —Odiaba la risa amarga que ese comentario provocó.

—Si quisiera protegerme, no habría confesado un crimen que no cometió. ¿Qué pensaba que pasaría? ¿Que mamá y yo seguiríamos como si nada? ¿Y qué hay de él? Mamá está enferma de preocupación por él.

—Creo —dijo, sopesando cada palabra—, que para él era suficiente que ustedes dos siguieran con vida.

CAPÍTULO CUATRO

NO PUDO CONTENER SU JADEO. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que deberías haber seguido el ejemplo de tu madre y haber abandonado Londres. No estás a salvo aquí.

Rose solo pudo mirarlo fijamente, sin saber cómo debía tomar su ridículo comentario. Quería creer que Brantford estaba exagerando. Que estaba tratando de impactarla por alguna razón. Pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía su afirmación.

El único motivo que tendría su padre para confesar una traición sería si temiera por su seguridad. Pero seguramente esa creencia no tenía base en la realidad.

—Papá estaba equivocado —dijo ella—. No hay razón para que alguien nos haga daño a mamá y a mí.

—Hay más cosas en el cielo y en la tierra...

—Sí, sí. "De las que sueña tu filosofía". Conozco a Shakespeare también. No necesitas actuar tan superior.

Él arqueó una ceja ante eso, y ella imaginó que estaba molesto por su arrebato. Odiaba lo superior y distante que actuaba. Y, que el cielo la ayudara, odiaba encontrarlo aún más atractivo por ello. Oh, ser la mujer que rompería toda esa fría reserva. Pero eso nunca sería ella. Ya no. Brantford nunca cortejará a la hija de un traidor.

—El hecho es que estarías más segura en el campo con tu madre.

Ella se puso de pie, necesitando moverse para trabajar su molestia ante su comentario. Él también se levantó, el movimiento casi casual, y la observó. Ella suspiró y se hundió de nuevo en su asiento, viéndolo seguir su ejemplo. En ese momento, odiaba la convención que dictaba que un caballero debía ponerse de pie cuando lo hacía una dama.

—Mamá está de luto por mi padre. Está sufriendo, pero también se está escondiendo de la sociedad. Yo no me esconderé. Necesito estar aquí para apoyarlo.

—Te estás poniendo en un peligro innecesario. Como mínimo, debes prometerme que te abstendrás de visitar a tu padre de nuevo.

Apretó las manos ante ese comentario, pero logró no arremeter contra él. —No puedo hacer esa promesa.

Se quedó inmóvil, sorprendida, cuando Brantford se inclinó hacia adelante en su silla, toda su fría reserva pareciendo desvanecerse en ese instante, reemplazada por un calor en sus ojos azul pálido que nunca esperó ver.

—Me temo que debo insistir.

—No recibo órdenes tuyas —logró responder. Odiaba la emoción de conciencia que la

recorrió ante su cambio de comportamiento. Algo cambió en su rostro, y se preguntó si él podía sentir sus emociones.

—Crees que tu padre es inocente, bien. Concederé que existe una ligera posibilidad de que eso sea cierto. Pero él no es lo suficientemente tonto como para admitir un crimen que lo vería ahorcado y la reputación de su familia arruinada si el peligro no fuera real.

Ella quería insistir en que él estaba equivocado, pero él levantó una mano para silenciarla. —Permíteme continuar, por favor. ¿Se te ha ocurrido que la persona de la que tu padre podría estar tratando de protegerte —y como dices, no crees que fuera tu padre quien realmente cometió traición— podría tomar tus visitas a tu padre como una amenaza para su seguridad? Se preguntará si tu padre te ha dicho algo que pudiera señalar al verdadero culpable. Eso, querida mía, te convierte en un peligro para él. Pero si cesaras tus visitas, él no tendría motivos para preocuparse por tu participación.

Rose reflexionó sobre las declaraciones de Brantford y tuvo que admitir que tenía un punto válido. Después de todo, ¿no era eso exactamente lo que ella había estado esperando lograr? ¿Convencer a su padre de que le diera información que pudiera exonerarlo? ¿Información que pudiera señalar al verdadero perpetrador del crimen?

—Papá no estaba feliz de que lo visitara. Pensé que era porque estaba avergonzado.

—Debería estar avergonzado —dijo Brantford, y sus pelos se erizaron ante su tono calmado y distante—. O es un traidor o de alguna manera está enredado con uno. Ninguna de esas alternativas lo pinta bajo una buena luz.

Quería negarlo, encontrar un comentario mordaz que pusiera a Brantford firmemente en su lugar, pero no pudo. Fuera cual fuera la verdadera historia, su padre se había involucrado en algo desagradable. Algo que aparentemente ponía su vida en peligro.

Miró sus manos, abrumada por la enormidad de la tarea que había emprendido pero sin querer admitir la derrota todavía. —No sé qué hacer.

Cuando él extendió la mano a través de la pequeña distancia que separaba sus sillas y colocó una mano sobre las de ella, se quedó inmóvil de la sorpresa. Ella llevaba guantes, pero él no, y para su inesperado deleite, su mano estaba cálida. El calor parecía filtrarse a través del delgado algodón que cubría sus manos, brindándole una medida de consuelo. Sin duda eso era todo lo que él había pretendido con la acción.

—Te ayudaré —dijo él—. No sé cómo convencer a tu padre de que me dé la información que sé que está ocultando, pero encontraré una manera. Pero tienes que prometerme que te mantendrás alejada de la Torre.

Ella abrió la boca para responder, pero él le apretó la mano entonces, silenciándola. —Necesito que hagas esto por mí. No puedo ser efectivo si estoy preocupado por ti.

Ella levantó los ojos hacia los suyos, sorprendida por la sinceridad que vio reflejada en su mirada. Lord Brantford —el Conde Inafectado— estaba preocupado por ella.

Asintió, incapaz de hablar.

Él escrutó su rostro y debió ver que no estaba mintiendo. Con un leve asentimiento, retiró su mano y se enderezó en su silla.

—Bien. Ahora, cuéntame lo que sabes sobre los eventos que llevaron a esa noche.

Ella le contó todo lo que pudo recordar, pero temía que no fuera de mucha ayuda. —Papá trató de protegerme. Sé que las cosas fueron difíciles por un tiempo. Mamá me dijo que no creía que tuviera una temporada. Pero luego todo cambió.

—¿Notaste algún cambio en el comportamiento de tu padre?

Ella sabía por qué estaba haciendo la pregunta, pero tuvo que contener su molestia.

—¿Honestamente? No. Estaba preocupado antes por nuestra situación financiera, creo. —Ante el arqueamiento interrogante de su ceja, ella explicó—. Mi padre trató de protegerme, pero eso no significa que yo no supiera lo que estaba pasando. No los detalles, por supuesto. Pero cuando mamá me dijo que iríamos a Londres después de todo, pensé que eso significaba que nuestras limitaciones financieras se habían aliviado. Pero papá estaba igual de tenso cuando llegamos a la ciudad.

—¿Tu padre tuvo alguna reunión privada en la casa?

Rose tuvo que apartar la mirada ante la pregunta. —Puedo proporcionarte una lista de nombres de aquellos que han hablado con él. No sé si sería una lista completa, pero hubo más de unos pocos de los que estaba al tanto.

De repente, se sintió avergonzada de admitir que muchas, si no todas, esas reuniones fueron con hombres que querían cortejarla.

—Sí, me lo imagino.

El ligero endurecimiento de su mandíbula la dejó preguntándose qué estaría pensando. Sin embargo, sería inútil preguntar. Él solo le diría lo que quisiera que ella supiera.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora volveremos a la sala de estar y tomarás un té. Luego, mañana enviaré a alguien para que te escolte a tu casa de la ciudad. Ya he hecho que alguien registre el despacho de tu padre...

—¿Qué? —Rose frunció el ceño desconcertada.

Brantford tenía su máscara firmemente puesta, y ella no pudo adivinar lo que pensaba cuando respondió:

—Como sin duda ya has sospechado, he estado investigando este asunto durante algún tiempo, buscando evidencias sobre quién más podría estar involucrado.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Algún tiempo. Ahora, ¿puedo continuar?

Ella asintió, su mente dando vueltas con las implicaciones de su admisión. Brantford había estado investigando a su padre, posiblemente incluso antes de que este confesara la traición. ¿Habría sabido lo que estaba pasando?

—Enviaré a alguien en quien confío plenamente para que te encuentre en la casa de la ciudad de Overlea y te escolte a tu hogar. En caso de que estén vigilando tus movimientos, ella se asegurará de que estés a salvo. Yo me reuniré contigo allí.

—Pero si tus vecinos te ven hacerme una visita, cuando estoy sola en casa, pensarán lo peor. —El calor inundó sus mejillas al darse cuenta de lo absurda que era su declaración—. No importa. Estoy segura de que todos ya piensan lo peor. Nunca me casaré bien ahora. Lo mejor que puedo hacer es aceptar una oferta para convertirme en la amante de alguien. Sin duda, los hombres están haciendo fila para ofrecerme carta blanca una vez que deje la protección de la familia de Catherine.

Se levantó bruscamente y se apartó de él. Su mano en el hombro, sin duda destinada a consolarla, solo sirvió para hacerla sentir aún más avergonzada.

—Nadie me verá —le aseguró él.

—Tal vez no, pero eso no cambia mi situación.

Él no dijo nada a eso, y ella reprimió su vergüenza. Brantford era un hombre de mundo. Probablemente tenía su propia amante, aunque su mente rehuyó tratar de imaginar cómo sería.

—Me disculpo por mi arrebato —dijo, volviéndose para mirarlo.

Se dijo a sí misma que no había visto preocupación en su rostro antes de que él asintiera. Le ofreció su brazo y la escoltó de vuelta a la sala de estar.

Intentó no preocuparse por el mañana. Solo podía esperar que lo que encontraran exonerara a su padre.

CAPÍTULO CINCO

ROSE NO ESTABA segura de a quién esperaba, pero ciertamente no era la matrona que la aguardaba en el vestíbulo de la casa de Catherine.

—Por favor, pase —dijo, preguntándose por qué el mayordomo no la había llevado a la sala de estar.

—No es necesario —respondió la desconocida—. Podemos hablar en el carruaje durante el trayecto.

Rose se volvió hacia Catherine, quien se había unido a ella en la planta baja cuando el mayordomo anunció que Rose tenía una visita.

—Parece que me voy ahora mismo con...

—Oh, es la señora Ellen Blackwell.

—Muy bien, señora Blackwell. Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo —respondió la mujer mayor, con un atisbo de lo que podría haber sido curiosidad en su rostro. Rose no podía imaginar qué más habría detrás del brillo especulativo en su mirada.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó Catherine.

—Oh, no —dijo la señora Blackwell—. Estaremos bien, solo nosotras dos.

Catherine miró a Rose buscando confirmación.

—¿Estás segura?

Antes de que pudiera responder, la señora Blackwell dijo:

—Completamente.

Rose se encogió de hombros.

—Aparentemente estoy segura.

Su amiga frunció el ceño, pero no dijo nada más. Rose le dijo que volvería pronto, aunque realmente no tenía idea de cuánto duraría la actividad de hoy, y se giró para seguir a la otra mujer fuera de la casa. El carruaje que las esperaba era un vehículo utilitario, de líneas sencillas y color oscuro. Poco probable que llamara la atención.

Tan pronto como el vehículo se alejó de la casa, Rose ya no pudo contener sus preguntas.

—No era lo que esperaba, señora Blackwell. Por el alboroto que armó Lord Brantford sobre mi seguridad, pensé que enviaría a un equipo de hombres corpulentos para protegerme.

La señora Blackwell se rio.

—Oh, me caes bien. Puedo ver que Brantford bien podría haber encontrado la horma de su zapato. Y no necesitas ser tan formal. Puedes llamarme Ellen.

—De acuerdo, Ellen —dijo, decidiendo no preguntarle a la mujer qué había querido decir

para no delatar su indebido interés en Brantford.

—Adelante, pregunta —dijo Ellen—. Puedo ver que te mueres por saber todo sobre mí y cómo estoy relacionada con Lord B.

Rose sintió que sus ojos se abrían, preguntándose si su acompañante realmente llamaba así a Brantford en su cara. No podía imaginarlo, pero le encantaría verlo.

—¿Lord B?

Ellen sonrió.

—Bueno, en nuestro línea de trabajo, no conviene referirnos unos a otros por nuestros nombres. Ser críptica es un hábito en el que caigo sin siquiera darme cuenta de que lo estoy haciendo.

Rose inclinó la cabeza hacia un lado, preguntándose si finalmente podría obtener las respuestas que deseaba.

—¿Y su línea de trabajo sería...?

Ellen negó con la cabeza.

—Si no lo sabes ya, no seré yo quien te lo diga. Brantford me despellejaría.

Rose cruzó los brazos y miró a la mujer con enojo, pero era principalmente para aparentar. Si Catherine no le diría lo que sabía, difícilmente podía esperar que esta desconocida lo revelara todo.

—Está bien. Lord Brantford puede guardar sus secretos. Estoy segura de que tiene muchos, y no son de mi incumbencia. Todo lo que necesito de él es su ayuda para probar la inocencia de mi padre.

Ellen no respondió, y Rose podía sentir los ojos de la mujer mayor examinándola mientras el silencio se extendía entre ellas. Se requirió un gran esfuerzo para no retorcerse bajo esa mirada.

—Brantford es bastante apuesto, ¿no crees?

—Yo... ¿Qué? —Rose vio un brillo entrar en los ojos de la otra mujer ante su tropiezo y odió el hecho de haberse traicionado tan completamente—. Supongo, si te gustan los hombres fríos y distantes.

—Me atrevo a decir que a muchas mujeres les gusta. La tentación de ser la que rompa su fachada helada ha sido una tentación para muchas. Debo advertirte que, sin excepción, todas han fracasado.

Rose miró hacia otro lado, fingiendo contemplar el paisaje fuera de la ventanilla del carruaje.

—No veo por qué debería importarme nada de eso.

—No estoy aquí para darte una lección, a pesar de las apariencias. Solo quería advertirte que Brantford se ha ganado su apodo honestamente. Si hay un corazón enterrado en algún lugar debajo de su superficie, lo mantiene bien escondido.

Los pensamientos de Rose volvieron a la mañana anterior, cuando la máscara de Brantford se había deslizado en su presencia, y de repente comenzó a dudar de lo que había imaginado que había ocurrido entre ellos. Con toda probabilidad, solo había visto lo que quería ver. La preocupación de Brantford por su bienestar probablemente no era diferente de lo que mostraría a cualquiera que se encontrara en la misma posición.

Suspiró y se encontró con la mirada de la otra mujer.

—Entiendo. Y le agradezco la advertencia.

—Crees que soy dura.

—No, solo estás siendo honesta. —Dudó un momento antes de continuar, pero parecía que Ellen ya sabía sobre su ternura por Brantford. El cielo sabía cómo. Tal vez esta era una advertencia que daba a todas las mujeres que se acercaban a él. La idea de que era solo una de las

muchas mujeres tontas que habían puesto sus ojos en él era más que un poco deprimente—. Pareces conocerlo bien.

—Bastante bien. Y no, no de esa manera. Es poco probable que Brantford se alíe con una mujer que se parece más a su madre que a cualquier otra cosa.

Había algo en la forma en que Ellen Blackwell descartaba casualmente la declaración que llamó la atención de Rose. Examinó a la otra mujer de cerca y se dio cuenta de que había pasado por alto las señales reveladoras de que la mujer no era todo lo que parecía ser.

—Lo dices como si fuera completamente imposible. Ahora puedo ver que no eres tan mayor como intentas aparentar. ¿Y el gris en tu cabello rubio? —Se inclinó hacia adelante y vio el indicio de polvo claro salpicando los hombros de la mujer—. Polvo, si no me equivoco.

La boca de Ellen se abrió y se desplomó en el asiento. Miró fijamente a Rose durante varios segundos antes de decir:

—Te subestimé.

Rose no pudo contener su risa, aliviada de haber adivinado correctamente.

—¿Las líneas alrededor de tus ojos y boca?

—Maquillaje de escenario —dijo Ellen.

Rose asintió. —Es muy convincente. La mayoría de la gente no lo notaría, pero en el campo, con muy poco que hacer, mis amigas y yo nos hemos dedicado a montar espectáculos unas para otras. Completos, por supuesto, con algunos intentos bastante divertidos de disfrazarnos para nuestros papeles.

Ellen la examinó durante varios segundos antes de hablar. —Olvida lo que dije.

—Por supuesto —dijo Rose—. No se lo diré a nadie. Tiene sentido que necesites disfrazarte antes de que te vean en mi compañía.

Ellen le dio una sonrisa comprensiva. —No, no eso. Y para que conste, no tendría ningún problema en que me vieran en tu compañía, sea cual sea mi disfraz. Lo que quería decir es que quería que ignoraras lo que dije sobre Brantford.

Ahora Rose estaba completamente confundida. —No me has dicho nada. Todo lo que tengo son especulaciones descabelladas.

—No —dijo Ellen con una pequeña sacudida de cabeza—. Olvida lo que dije sobre todas esas otras mujeres. Podrías ser justo lo que Brantford necesita.

Era junio y hacía un calor inusual ese día, pero Rose temía que el calor que la envolvió en ese momento fuera acompañado de un rubor muy revelador.

—Todo lo que dijiste sigue aplicándose.

—Sí, desafortunadamente, así es. —La boca de Ellen se torció hacia abajo.

—Entonces, tú y él nunca...

—Es mi hermano.

Eso era lo último que Rose esperaba oír, pero le trajo cierto alivio. Ellen era una mujer muy llamativa en su disfraz actual. Sin el maquillaje que la hacía parecer como si hubiera pasado su mejor momento, Rose esperaba que fuera bastante hermosa.

—No recuerdo haberte visto en ninguno de los eventos de esta temporada, y he estado en más que mi justa parte de ellos.

—No socializo muy a menudo —dijo Ellen.

Rose quería preguntar más, de repente fascinada por la mujer frente a ella. Sin embargo, la forma en que su expresión se había cerrado le dijo que cualquier pregunta adicional sobre el tema no sería bienvenida.

—Lord Brantford no ha mostrado ni el más mínimo indicio de que corresponda mi mal

concebida infatuación por él. —Hizo un gesto con la mano ante la forma en que Ellen levantó una ceja delgada—. No tiene sentido fingir. Ya lo has dicho.

—Eso es cierto, pero la mayoría de las jóvenes seguirían fingiendo indiferencia.

—Siempre he encontrado que la honestidad es mucho mejor. Oh, admitiré que he coqueteado con los mejores y alentado a otros hombres en sus propias infatuaciones. Es todo un juego, ¿sabes?, y ayuda a pasar el tiempo durante todos esos eventos. Pero siempre he odiado la forma en que las mujeres sienten que están en competencia unas con otras. Qué pérdida de tiempo.

—En efecto —dijo Ellen, su sonrisa ensanchándose.

Rose casi podía ver los engranajes girando en la mente de la otra mujer, pero decidió que no tenía sentido decir nada más sobre el tema. A pesar de lo que Ellen dijo, nada había cambiado.

Simplemente tendría que seguir recordándose ese hecho.

LA EMOCIÓN la asaltó cuando entró en la casa de la ciudad de su familia. Había pasado poco más de una semana desde que todo su mundo se había puesto patas arriba, pero la casa parecía tan extraña ahora. Silenciosa. Triste, como si ella también estuviera de luto por el abrupto cambio en sus circunstancias.

Cuando abrió la puerta principal, esperaba que su mayordomo o un lacayo la recibiera, pero en su lugar solo se encontró con el silencio. Se dio cuenta entonces de que Brantford debía haber arreglado para dar el día libre al personal. Difícilmente sería apropiado que los vieran reunirse en privado, incluso con una carabina.

Se volvió hacia Ellen, que había cerrado la puerta detrás de ella. —¿Cuándo se espera a Lord Brantford?

—Ya estoy aquí.

La conciencia de su presencia hizo que la piel de Rose se erizara, pero logró mantener su reserva cuando se volvió para enfrentarlo. Él estaba caminando por el pasillo.

—¿Ya has tenido la oportunidad de saquear todas las habitaciones de la casa? —No pudo contener su irritación aunque sabía que era insensata. Después de todo, estaban allí para buscar información que su padre podría haber ocultado.

—No del todo —dijo él, con un tono irritantemente ecuánime—. Acabo de llegar. Ya hemos registrado discretamente la casa, pero fue difícil ser minuciosos con el personal presente. Los poderes fácticos pensaron que era una pérdida de tiempo, pero logré convencerlos de lo contrario. Debes saber que no fue tarea fácil convencer a tu mayordomo para que se fuera hoy, y tuve que asegurarle personalmente que no pondríamos todo patas arriba. A pesar de lo que ha sucedido, es muy leal a tu familia.

Rose suspiró, sintiéndose nostálgica al imaginar al taciturno hombre mayor que siempre había tenido debilidad por ella. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que él y el resto del personal fueran atraídos a otros puestos.

—Señora Blackwell, gracias por acompañarnos hoy.

Ellen inclinó la cabeza y sonrió a su hermano. —Ella sabe quién soy.

Él sacudió la cabeza. —Por supuesto que lo sabe. Habría pensado que de todas las personas, tú serías capaz de resistir sus encantos.

Ellen respondió, pero Rose no escuchó lo que había dicho. ¿Brantford acababa de admitir que la encontraba seductora?

Se reprendió a sí misma por la esperanza que se encendió en su corazón. Probablemente se

refería al grupo de hombres que solían buscarla. Podía reconocer que otros se sentían atraídos por ella, pero no sentir ni un ápice de atracción él mismo.

Sacudió la cabeza para aclarar su confusa maraña de pensamientos.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Ellen.

—Lo siento —dijo Rose—. Estaba pensando en otra cosa. No escuché lo que sugeriste.

La otra mujer le dio una sonrisa comprensiva. —Por supuesto. Imagino que debe ser difícil para ti estar aquí. Estábamos diciendo que, como Brantford ha empezado a registrar el estudio de tu padre, debería terminar allí y luego pasar a la biblioteca. Nosotras podemos registrar los dormitorios arriba.

Rose frunció el ceño. —Papá guardaba sus papeles importantes en su estudio. ¿Realmente necesitamos revisar los dormitorios?

—Es posible que haya escondido información donde nadie pensaría buscar —La voz de Brantford era inusualmente suave cuando habló, careciendo de su habitual desapego.

Rose se dijo a sí misma que estaba imaginando cosas mientras asentía y seguía a Ellen escaleras arriba.

Rose dirigió a la hermana de Brantford a la habitación de su madre y procedió al dormitorio de su padre. Se dijo a sí misma que lo que estaban haciendo era necesario. Tenían que encontrar algo, cualquier cosa, que probara que su padre había confesado su crimen bajo coacción de una fuente externa. Pero aún así se sentía mal estar revisando sus cosas. Imaginó que no habría mucho para que Ellen buscara, ya que su madre había hecho arreglos para que sus pertenencias personales fueran enviadas a la casa de su tía en Essex.

Rose se apresuró a abrir cajones, examinar el armario e incluso mirar debajo del colchón. Era un hábito esconder su propio diario en este último lugar. Afortunadamente, no tenía que preocuparse de que Ellen o, Dios no lo quiera, Brantford tropezaran con él, ya que su diario ahora residía seguro bajo el colchón en su habitación de invitados en la casa de la ciudad de Overlea.

—Deberíamos registrar tu habitación —dijo Ellen desde la puerta.

Rose frunció el ceño. —Ya sé lo que hay en mi habitación, y no hay nada de interés allí.

—Compláceme —dijo Ellen—. Te sorprenderías de lo que la gente esconde en las habitaciones de sus hijos, pensando que nadie buscaría allí. Yo terminaré aquí.

Rose miró alrededor de la habitación y se encogió de hombros antes de darse la vuelta para salir.

—Mira debajo de las alfombras —gritó Ellen mientras se agachaba para hacer lo mismo en el dormitorio de su padre.

Eso nunca se le habría ocurrido, pero entonces, ella solo había tenido motivos para esconder su diario. Supuso que sería más fácil esconder una carta bajo la alfombra. Pero ¿no se arrugaría si alguien la pisara?

Se quedó helada cuando se le ocurrió un pensamiento.

Si se hubiera quitado una tabla del suelo y se hubiera escondido algo debajo, podría hacer un sonido crujiente. Algo como el gemido que se emitía cuando uno pisaba demasiado cerca de la ventana en la biblioteca.

Pasando de largo su dormitorio, corrió escaleras abajo hacia esa habitación, con el corazón latiendo con fuerza. Vaciló cuando vio que Brantford ya estaba allí, colocando de nuevo un grupo de libros en su lugar.

—Va a llevar una eternidad examinar cada uno de estos libros para ver si hay documentos escondidos entre sus páginas o si alguno de ellos está hueco —Se volvió para mirarla—. Haré

que alguien venga más tarde a hacer eso.

Rose le dio un asentimiento ausente y se dirigió a la ventana que daba al norte. Las cortinas estaban cerradas, como siempre, a pesar de que ella siempre se aseguraba de abrirlas cada vez que entraba en la habitación. Siempre había asumido que los sirvientes las cerraban, pero tal vez había una razón diferente. Su padre podría haber instruido que se mantuvieran cerradas para no correr el riesgo de que alguien mirara desde la ventana del vecino y viera lo que estaba haciendo.

Pisó la tabla del suelo justo a la izquierda de la ventana y, como si fuera una señal, emitió un sonido de quejido. Notó que Brantford la estaba observando e hizo lo posible por ignorarlo mientras retrocedía. Tomando una respiración profunda, se agachó y levantó el borde de la alfombra.

Las tablas del suelo parecían normales. Suspiró, llenándose de una mezcla de decepción y alivio. Estaba a punto de dejar caer la alfombra de nuevo en su lugar cuando Brantford se agachó junto a ella.

—Aún no.

Su corazón latía con fuerza mientras él sondeaba alrededor de las tablas del suelo, pero no era enteramente por su tarea. Estaba tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de él. Se preguntó cómo alguien con reputación de ser tan frío y distante podía generar tanto calor.

Mantuvo los ojos bajos, resistiendo de alguna manera la tentación de examinar su rostro, y en su lugar observó sus manos.

Rápidamente se centró en una tabla y metió la mano en un bolsillo interior de su abrigo. Ella jadeó cuando él presionó un botón en el cilindro de ónix que sacó y una hoja saltó.

Sus ojos se encontraron con los de ella, una emoción indescriptible oculta en sus profundidades, antes de que se inclinara de nuevo a la tarea que tenía entre manos. Usando el cuchillo para tantear debajo de la tabla del suelo, pronto la había quitado por completo.

El corazón de Rose casi se detuvo cuando vio la delgada caja oculta debajo de la tabla. Soltó la alfombra, notando solo entonces que Brantford la estaba sujetando con una rodilla, y se levantó rápidamente.

Él la siguió, con la caja en una mano, la otra mano volviendo a meterse en su abrigo. Sin duda estaba ocultando la hoja de nuevo.

Ella retrocedió varios pasos, con los ojos clavados en la caja. Una caja que podría contener pruebas de la inocencia de su padre. O podría contener lo contrario. —No quiero saber lo que hay ahí dentro. Sin embargo, al mismo tiempo, sí quiero.

Él la colocó sobre una mesa antes de volverse para mirarla. —Tiene un candado. Puedo abrirla más tarde, después de que hayamos terminado de registrar la casa.

Ella se lamió el labio inferior, notando cómo los ojos de él se centraron en el movimiento. En otro tiempo, otro lugar, podría haber sido acusada de usar ese pequeño gesto como un intento de atraer la atención del hombre que estaba frente a ella, pero podía decir honestamente que esa no había sido su intención. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba haciendo hasta que notó cómo su mirada había bajado hacia su boca.

Un tumulto de nervios la asaltó, y dio un paso atrás. —Ellen probablemente me esté esperando en mi habitación. Bajé corriendo aquí sin contarle mis sospechas.

Una esquina de su boca se levantó, y ella solo pudo mirarlo fijamente durante varios segundos. No creía posible que pudiera encontrarlo más atractivo de lo que ya lo hacía. Estaba equivocada.

—¿Estás nerviosa a mi alrededor?

Cielos, ¿estaba Brantford coqueteando con ella? ¿O estaba leyendo algo más en su

intercambio simplemente porque le había sonreído?

—Yo... —Tomó una respiración profunda, decidida a no dejarlo ganar este pequeño juego. Porque en ese momento, y con una claridad sorprendente, supo que eso era lo que esto era para él. Un juego. Bueno, ella había jugado este deporte en particular antes y siempre había ganado.

Dando un paso más cerca de él, inclinó la cabeza y sonrió. —En absoluto, mi lord.

Su rostro era una vez más una máscara impasible, y ella pudo notar que él no quería que supiera lo que estaba pensando.

Ella dio otro paso más cerca. —Creo que ambos sabemos que estoy a salvo contigo.

Él se movió tan rápido que ella no tuvo tiempo de reaccionar. Se paró a apenas un suspiro de distancia, y su corazón comenzó a acelerarse de nuevo. —¿Eso es lo que piensas? Si realmente supieras lo que quiero hacerte, saldrías corriendo y gritando.

Hubo un ligero titubeo en su voz, lo cual era toda la confirmación que ella necesitaba para saber que él no era indiferente a su presencia.

Una oleada de deleite la recorrió. —No estoy huyendo —dijo, sorprendida por el toque de falta de aliento en su voz.

Sus ojos recorrieron su rostro, y ella deseó que se inclinara hacia adelante y la besara. Lo anhelaba, y podía notar que él estaba tentado. En lugar de eso, él retrocedió.

—Sería prudente que lo reconsideraras.

Su tono era nuevamente uniforme y ella no pudo contener un suspiro de decepción. Él podría sentirse atraído por ella, pero estaba claro que nunca cedería a esa tentación.

La advertencia anterior de Ellen resonó con fuerza en su mente, y se reprendió a sí misma por ser lo suficientemente tonta como para pensar que algo podría suceder alguna vez entre ellos. —Por supuesto —dijo, girándose sin decir una palabra más y dirigiéndose hacia arriba.

BRANTFORD LA OBSERVÓ MARCHARSE, reacio a admitir que Rose Hardwick bien podría haber tenido éxito donde nadie más lo había logrado jamás. Ella había agitado sus emociones. No solo la deseaba físicamente... anhelaba poseer esa mente generosa y sorprendentemente inteligente suya.

Se había quedado impresionado por su rara belleza cuando comenzó a investigar a Worthington. La había visto coquetear con casi todos los hombres solteros del *ton*, y los tenía a todos comiendo de su mano. Sin embargo, él no era un joven inexperto que se dejara engañar por una cara bonita.

Pero entonces ella había demostrado su inquebrantable lealtad hacia su padre y hacia su nueva amiga, Catherine Evans. Al hacerlo, había probado ser generosa hasta el extremo. Kerrick se había visto obligado a ofrecerse a casarse con Rose a pesar de que sentía un profundo afecto por Catherine. Cualquier otra mujer se habría aferrado a la protección que su nombre podría proporcionar cuando la reputación de su familia se desmoronara. En cambio, Rose había roto el compromiso, y lo había hecho de una manera pública que aseguraba que Kerrick no tendría que sacrificar sus sentimientos por su nueva amiga.

Y a pesar de lo que le había dicho a su hermana, sabía que Ellen nunca le habría contado sobre su relación, no sin insistencia. No, Rose debía haber visto a través del disfraz de su hermana, algo que casi nunca ocurría. Después de todo, la gente generalmente ve lo que espera ver.

Nunca se lo admitiría a Rose, por supuesto, pero ella lo intrigaba más de lo que quería

reconocer.

CAPÍTULO SEIS

ESTA VEZ Brantford acompañó a Rose cuando visitó a su padre en la Torre. Entre la advertencia de Kerrick sobre Standish y la falta de nueva información, no tenía más opción que usar el deseo de Worthington de proteger a su hija en su contra.

A pesar de sus esperanzas de lo contrario, la caja oculta que habían descubierto no reveló nada que no supieran ya. Contenía copias de los registros financieros de Worthington, que mostraban que se habían depositado grandes sumas de dinero en su cuenta bancaria en dos ocasiones durante los últimos meses.

Cuando Rose le preguntó sobre el contenido de la caja después de que él la examinara, simplemente le dijo que no contenía nada que pudieran usar para liberar a su padre. Notó que ella había querido interrogarlo más, pero en su lugar se había apartado de él, con los hombros caídos y la cabeza baja. Había querido consolarla, pero de alguna manera se contuvo de alcanzarla.

Su visita de hoy no era prudente, pero estaban en un punto muerto. Involucrar más a Rose la ponía en mayor peligro, pero sabía que ella estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para ayudar a su padre. Si no la incluía en su investigación, ella actuaría por su cuenta, y entonces él no podría mantenerla a salvo.

Su preocupación por la seguridad de Rose no era una sensación nueva para él. Cada vez que pedía la ayuda de Ellen, tenía motivos para preocuparse de que la estuviera poniendo en peligro. Pero prefería saber dónde estaba y qué estaba haciendo que distraerse preguntándose con quién estaba trabajando ahora y a qué peligros se enfrentaba.

Su hermana era más que capaz de cuidarse sola, él mismo se había encargado de su entrenamiento, pero había poco que pudiera hacer contra un agresor mucho más grande. O, Dios no lo quiera, contra un grupo de ellos, una situación en la que la había encontrado la única vez que le permitió trabajar con otro agente. Bajo su vigilancia, podía asegurarse de que nunca volviera a encontrarse en una situación tan desesperada.

Si Standish estaba involucrado, y sus instintos le decían que así era, Brantford necesitaba saber si actuaba solo. El tiempo también era una preocupación apremiante. Si Worthington no les daba algo con lo que trabajar, el verdadero culpable seguiría operando sin impedimentos. Brantford había podido retrasar la ejecución de Worthington, pero eso podría cambiar si el hombre mayor se negaba a cooperar con su investigación.

Por el bien de Rose, se encontró esperando descubrir evidencia de que su padre había sido coaccionado de alguna manera. Entonces podría enviar a Rose Hardwick por su camino y dedicarse a la tarea de sacarla de su mente. No sabía qué le había poseído para revelar que la encontraba deseable el día anterior, pero estaba decidido a asegurarse de que nunca volviera a

suceder.

Había vuelto a presionar a su hermana para que le ayudara y actualmente las esperaba en un carruaje fuera de la casa de los Overlea. Normalmente, se habría reunido con ellas en la Torre, pero necesitaba hablar con Rose antes de que vieran a su padre. No prestó atención al alivio que sintió al saber que no estaría a solas con ella.

Cuando un lacayo abrió la puerta del carruaje, el ligero ensanchamiento de los ojos de Rose le dijo que estaba sorprendida de verlo. Ignoró la leve diversión en el rostro de su hermana cuando sus miradas se encontraron.

—Me disculpo por no haberlas recibido afuera —dijo a modo de saludo cuando las dos mujeres estuvieron seguras dentro del carruaje.

Rose agitó la mano en señal de desestimación. —Lo entiendo. Las reglas de la sociedad deben dejarse de lado cuando uno está involucrado en asuntos de espionaje.

Tuvo que luchar contra el impulso de mirar a su hermana, curioso por saber si ella también había dejado escapar esa información. Con suerte, Rose solo estaba adivinando y esperando pillarlo. Que hubiera adivinado correctamente era irrelevante.

La forma en que resopló con fastidio y cruzó los brazos justo debajo de sus pechos le dijo que había acertado. No pudo evitar notar cómo se veían sus pechos, enmarcados por su corpiño y sus brazos desnudos, pero se negó a romper el contacto visual con ella. No se dejaría distraer tan fácilmente.

—Tenemos asuntos que discutir antes de ver a su padre.

Ella inclinó la cabeza, y él se preguntó, brevemente, si estaba tratando de copiar sus propios gestos o si estaba molesta con él.

—He hablado con su padre, pero se niega a discutir su razón para confesar la traición. Ha insistido en que actuó solo pero no pudo —o no quiso— decirme a quién vendió los secretos.

—Eso es porque no lo sabe. Alguien más vendió esos secretos.

—Tal vez. Tal vez no. Pero vamos a tener que inquietarlo para que revele algo, y es por eso que solicité su presencia hoy.

—Usted dijo que no era seguro para mí visitar a mi padre. ¿Eso ha cambiado?

Ignoró la punzada de culpa. —No, no ha cambiado. Pero recientemente ha llegado a mi atención que usted ya está en riesgo. Debemos hacer todo lo posible para poner fin a este asunto.

Notó cómo Ellen extendió la mano para tomar la de Rose y cómo Rose le sonrió a su hermana. Dejó de lado su molestia por no poder ofrecerle un consuelo similar.

—He hecho arreglos para que Ellen se quede con usted, y Kerrick ya ha hablado con Overlea sobre añadir algunos de mis hombres al personal de la casa para hacerse pasar por lacayos.

Rose se desplomó contra el asiento y cerró los ojos, suspirando ruidosamente. —Esto es una pesadilla. Lo último que quiero hacer es poner en riesgo a Catherine o a su familia, no cuando han sido tan amables y acogedores conmigo. —Tomó un profundo respiro antes de volver a mirarlo a los ojos—. Debería regresar a la casa de mi familia en la ciudad. Ellen puede quedarse conmigo allí, y los hombres pueden ser añadidos a nuestro personal doméstico.

Él negó con la cabeza. —Eso no funcionará. Estaría vulnerable allí, sola.

—No estaré...

—La señorita Evans también está en peligro. Con las dos bajo el mismo techo, es más fácil mantenerlas a ambas a salvo. Overlea es un buen hombre. Ya es protector con su esposa y su cuñada. Aparte de que se quede conmigo —lo que todos sabemos que está fuera de cuestión— su casa es el lugar más seguro para usted.

Para su sorpresa, Rose descartó sus preocupaciones por su seguridad y se centró en la

amenaza implícita para su amiga. —¿Catherine está en peligro? Es por mi culpa, ¿no es así?

No había querido particularmente compartir esta información con ella, pero lo escucharía pronto de todos modos. Necesitaba hacer bailar este trozo de carnada frente a su padre para hacerlo hablar.

—Es por Lord Standish.

Rose se estremeció.

—Ese hombre es horrible. Hay algo frío en él. Antinatural. Y la manera en que rondaba a Catherine. —Se estremeció de nuevo—. Intenté distraerla cada vez que él estaba presente, pero no pude evitar que bailara con ella.

¿Por qué le sorprendía que Rose hubiera percibido los aspectos desagradables del carácter del otro hombre? Quizás no conociera los detalles sobre el pasado de Standish, pero estaba claro que tenía excelentes instintos.

—¿Qué sabes sobre él?

—Nada más allá de la sensación de que es alguien de quien debería mantenerme alejada. Aunque nunca ha mostrado interés en mí. Solo en Catherine.

—¿Sabes si tu padre tuvo la ocasión de reunirse con él en privado?

Se obligó a no pensar en la manera en que su nariz se arrugaba al concentrarse. Ciertamente no pensaba que fuera adorable.

—No que yo recuerde. Espera...

Sus ojos se agrandaron cuando algo se le ocurrió.

—Lord Standish. Él estaba allí, en el baile, cuando Lord Kerrick y yo fuimos encontrados a solas. Entró en la habitación justo detrás de mis padres. ¿Fue él responsable de todo lo que sucedió esa noche? Lord Kerrick dijo que recibió una nota que pensó que era de Catherine. Yo creí que la mía era de... alguien más.

La forma en que sus ojos se deslizaron, con un toque de color en sus mejillas, le hizo sentir curiosidad sobre quién era la persona que ella esperaba ver. Si favorecía a uno de los hombres que la seguían a todas partes, seguramente él lo habría notado. No porque la hubiera estado observando, por supuesto. Su interés solo había estado en investigar a su padre.

Entonces encontró los ojos de Ellen, y su hermana arqueó una ceja delicada mientras miraba sus manos. Solo entonces se dio cuenta de que estaba apretando los puños. Forzó sus manos a relajarse y miró a Rose de nuevo.

—Standish quería sacar a Kerrick del camino para poder cortejar a Catherine él mismo. Cuando rompiste tu compromiso, frustraste sus planes.

Rose lo miró fijamente, con la boca abierta en horror.

—Nunca pensé en preguntarme sobre eso. Las cosas sucedieron tan rápido después, y luego papá confesó traición. Seguramente Lord Standish simplemente seguirá adelante con alguien más. Aunque no envidio a la pobre chica que recibirá sus atenciones.

—No creemos que sea alguien que se rinda tan fácilmente. —Ante el ceño fruncido de Rose, continuó—: Catherine debería estar lo suficientemente segura. Entre Overlea y Kerrick, la tienen bien protegida. Tú también deberías estar segura allí, de cualquier acción que Standish desee tomar en venganza.

Rose negó con la cabeza.

—Esto no tiene sentido. ¿Qué me haría a mí? A menos que... —Vio el momento en que se dio cuenta de la verdad—. ¿Crees que Standish está involucrado en este crimen? ¿Que es él, no mi padre, quien cometió traición y de alguna manera coaccionó a mi padre para que confesara?

—Está por verse si tu padre fue un participante voluntario o no. —Rose frunció el ceño ante

eso, pero él ignoró su disgusto y continuó—. Creo que tu padre confesó porque estaba preocupado de que Standish fuera una amenaza real para ti y tu madre.

Rose se hundió de nuevo en el asiento.

—Esto es una pesadilla. ¿Qué vamos a hacer? ¿Deberíamos enfrentar a Lord Standish?

Un destello de molestia —y si fuera completamente honesto consigo mismo, más que un toque de miedo— lo recorrió ante la idea. Se inclinó hacia adelante, decidido a transmitir la seriedad de sus próximas palabras.

—Bajo ninguna circunstancia debes acercarte a Lord Standish.

Ella entrecerró los ojos.

—Pero si él es el responsable...

—No creo que tu padre te agradecería si probaras su inocencia solo para terminar en la tumba.

Sus palabras la habían impactado. Bien. Las había dicho para sacudir una onza de pensamiento racional en su cabeza. Si no otra cosa, Rose tenía que mantenerse lo más lejos posible de Standish.

—¿Realmente crees que eso es cierto?

—Sí.

—¿Acaso... —Tragó visiblemente antes de continuar—. ¿Kerrick sabe sobre Lord Standish? Debe saberlo. Son amigos, y si tú sabes lo que pasó entre nosotros, y si sabes que Lord Standish... —Su voz se quebró al decir su nombre—. Si sabes que tiene planes para Catherine...

Cuando ella vaciló, Ellen habló.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Ya estaban investigando a mi padre? ¿Sospechaban de él antes de que confesara? ¿Y Lord Kerrick estaba involucrado en esa investigación? Catherine dijo algo que me hace preguntarme.

Sus ojos se estrecharon solo una fracción, pero fue suficiente para que ella lo notara.

—No necesitas mirarme con el ceño fruncido de esa manera. En realidad, ella no me dijo nada. Solo que estabas bien conectado. Pero ahora me doy cuenta de que la única manera en que ella sabría algo así es si su prometido también está involucrado en lo que sea que haces.

¿Qué debería decir? Quería no decirle nada, pero en ese momento pudo entender cómo Kerrick había dejado que Catherine descubriera mucho más de lo que nunca debería haber sabido. Había jurado que él nunca sería tan débil, pero aquí estaba, apenas unas semanas después, encontrándose al borde de hacer exactamente lo mismo.

—Nada de esto es relevante para la tarea en cuestión.

—Es relevante para mí. —Sus ojos brillaron con fuego, su pecho se agitó mientras continuaba—. Kerrick me cortejaba a pesar de que estaba enamorado de otra mujer. ¿Por qué haría eso a menos que se lo ordenaran? Ordenado por ti, sin duda.

Él no dijo nada.

Ella hizo un pequeño sonido de angustia que le hizo sentir ganas de consolarla.

—¿Catherine lo sabe? —Negó con la cabeza, sus rizos rebotando con el movimiento—. Por supuesto que lo sabe. Pasé semanas tratando de que fuera más asertiva con Lord Kerrick, diciéndole que él se preocupaba por ella y no por mí, y aun así ella no hizo nada. Permitió que me cortejara incluso aunque lo amaba y sabía que yo me interesaba por otro.

Con toda su angustia, lo único que captó su atención fue su última declaración. Rose amaba a alguien más. Requirió cada onza de fuerza de voluntad que poseía para no preguntar quién.

—¿Es real su amistad? ¿O estuvo ella también involucrada en todo esto?

—Puedo asegurarle que cualquier amistad de su parte fue ofrecida sin ninguna instrucción de Kerrick o mía.

Ella apartó la mirada de él, incapaz o no dispuesta a responder. Él intentó darle una pequeña medida de consuelo cuando dijo:

—La señorita Evans no es buena con el engaño. Con ella, lo que ves es lo que obtienes. Si te dice que es tu amiga, puedes estar segura de que está siendo genuina.

—No puedo hablar de esto ahora —dijo Rose después de casi un minuto completo de silencio—. ¿Había algo más que quisieras decirme sobre Lord Standish antes de que hablemos con mi padre?

A Brantford le resultó más difícil de lo que jamás admitiría concentrarse en la tarea que tenían entre manos: su próxima reunión con el padre de ella. Le dio un breve asentimiento aunque ella seguía mirando hacia otro lado y no lo vio.

—Ya me has dicho que harías lo necesario para ayudar a tu padre, ¿correcto?

—Sí —dijo ella, su tono desprovisto de toda emoción. Encontró sus ojos brevemente, luego volvió a apartar la mirada.

—Necesitamos descubrir qué está ocultando tu padre. Ya ha sacrificado todo para protegerte a ti y a tu madre. Para hacerle decir la verdad, necesitamos que crea que tu vida está en peligro inmediato por parte de Lord Standish.

Rose cruzó los brazos de nuevo, y esta vez Brantford no pudo evitar que sus ojos se desviaran brevemente hacia sus pechos.

—No le mentiré a mi padre —dijo ella, fulminándolo con la mirada.

Bien. Prefería a Rose con su fuego intacto, no la criatura perdida que había sido solo momentos antes. Evitó mirar a su hermana, sabiendo que ella habría visto el pequeño lapso en su reserva habitual.

—No necesitarás hacerlo. Yo me encargaré de cualquier invención que sea necesaria. Solo te pido que no me contradigas. No si quieres que tu padre me diga lo que sabe. —Ella no respondió, y él no pudo evitar añadir—: Puedes confiar en mí.

—¿Puedo? Solo me estás usando para obtener la información que necesitas. Soy conveniente. No me hago ilusiones de que estarás feliz de deshacerte de mí cuando ya no me necesites.

Se alegró de que su ira y molestia estuvieran centradas únicamente en él ahora. Si ella aún no había llegado a esa conclusión, pronto vería que la amistad de Catherine era genuina. Él podía ser el foco de su ira si eso era lo que ella necesitaba que fuera.

—Nuestra actual relación laboral es beneficiosa para ambos. Se podría argumentar que tú también me estás usando en tu intento de probar que tu padre actuaba bajo fuerzas externas.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Bien —dijo con un resoplido y se volvió para mirar por la ventana durante el resto del viaje en carruaje.

WORTHINGTON NO ESTABA feliz de verlo. Cuando Brantford entró en la pequeña celda, él le echó un vistazo desde donde estaba acostado en el catre, luego se giró de lado para mirar la pared.

—Veo que no has cambiado de opinión sobre ser cooperativo.

No hubo respuesta.

Brantford observó al otro hombre mientras hablaba.

—Tengo información que querrás saber.

Worthington no respondió, pero por la forma en que los hombros del hombre mayor se tensaron, estaba claro que estaba pensando en su familia. Preocupado por ellos. Brantford haría buen uso de esa preocupación.

Estaba de pie en la puerta pero ahora se adentró en la habitación, indicando a Rose, que esperaba en el pasillo justo fuera de la puerta, que debía entrar. Levantó un dedo a sus labios, indicándole que permaneciera en silencio mientras cerraba la puerta de la celda. El hombre que vigilaba la habitación era alguien en quien podía confiar, pero aun así, había dado instrucciones de que el guardia se mantuviera a varios pies de distancia de la puerta para que no pudiera escuchar su conversación. Ellen se aseguraría de que siguiera esas instrucciones.

Asintió a Rose, quien dio un paso más dentro de la habitación. No pasó por alto la forma en que ella se retorcía las manos, sus labios apretados con preocupación.

—¿Papá?

Eso tuvo una reacción inmediata. Worthington saltó de la cama y miró a su hija con asombro. Cuando su mirada salvaje volvió a él, Brantford pudo ver verdadero miedo en el rostro del hombre mayor.

—Ella no debería estar aquí.

—Estoy completamente de acuerdo. Sin embargo, parece que estamos en un punto muerto, y conoces a tu hija. Quiere ayudar.

—No entiendes... —Worthington pasó las manos por su cabello ralo, la agitación evidente en el movimiento tembloroso.

Rose miró a Brantford, y cuando él asintió, ella se acercó a su padre.

—Todo va a estar bien, papá. Dinos lo que sabes y encontraremos al verdadero culpable y te sacaremos de aquí.

Worthington bajó las manos y fulminó a Brantford con la mirada.

—Sabes exactamente lo que estás haciendo al traerla aquí contigo. Cualquiera que los vea juntos... —Sacudió la cabeza bruscamente—. Su vida ya estaba en peligro, pero ¿esto? Si algo le sucede, te mataré yo mismo.

Brantford alzó una ceja, fingiendo un desapego que estaba lejos de sentir. Afortunadamente, su reputación hacía maravillas y no tuvo que hacer nada más allá de eso para que el otro hombre creyera que realmente no le importaba la vida de Rose.

—Cariño —dijo Worthington, volviéndose hacia su hija—, por favor escúchame. La Torre no es lugar para una joven. Ya no hay esperanza para mí. Necesitas distanciarte de mí. Con el tiempo, todo esto pasará y te casarás. —Levantó una mano temblorosa, acarició la mejilla de su hija y luego la dejó caer de nuevo.

Brantford debería haberse conmovido por la preocupación en el rostro del hombre mayor. En cambio, todo lo que podía sentir era ira.

—La señorita Hardwick podría no tener que esperar mucho en absoluto. Lord Standish se ha acercado a Overlea, quien sabes que la ha acogido en su casa, para cortejar a tu hija.

Worthington tropezó hacia atrás, todo el color drenándose de su rostro.

—No...

—¿Ocurre algo malo? Pensé que eso era lo que querías. Alguien que le diera a tu hija su apellido y protección. Sé que esperabas que Lord Kerrick fuera ese hombre, pero... —Levantó un hombro en un encogimiento casual—. A caballo regalado no se le mira el diente. Además, Standish es lo suficientemente rico.

—Bastardo —Los puños de Worthington se cerraron, y Brantford sospechaba que la

presencia de Rose era lo único que impedía que Worthington intentara golpearlo.

Rose se estremeció, pero para su mérito no dijo ni una palabra. Brantford no apartó la mirada del otro hombre, que estaba luchando con este nuevo giro de los acontecimientos.

Brantford supo que había ganado cuando el hombre se desplomó en su catre.

—Está bien, tú ganas —dijo, con voz baja—. Te diré lo que sé, pero no delante de mi hija.

Brantford asintió y se volvió hacia Rose. —¿Señorita Hardwick?

Podía ver que Rose no quería irse, pero asintió en respuesta. Después de inclinarse para darle a su padre un rápido abrazo —uno que pareció destrozar aún más la determinación del hombre mayor— salió de la oscura celda, cerrando firmemente la puerta tras ella.

—Ella no está a salvo...

—Tengo a dos de mis personas más confiables justo fuera de esa puerta. No le pasará nada.

Worthington tragó saliva y desvió la mirada, con la derrota marcada en cada hueso de su cuerpo. —No tengo mucha información. No la suficiente para que puedas condenar al hombre responsable de vender secretos a los franceses. Pero te diré todo lo que sé a cambio de tu promesa de mantener a Rose a salvo.

Brantford asintió y se sentó en la única silla de la habitación.

—Te das cuenta de que es demasiado tarde para mantenerla fuera de esto, ¿verdad? Lo intenté pero fracasé. Si Standish se sale con la suya, la *matará*.

Brantford permaneció inmóvil, pero sabía que Worthington tenía razón. Se negó a considerar la idea de que podría haber firmado la sentencia de muerte de Rose.

—Estará a salvo. Tienes mi palabra.

Worthington escrutó su rostro antes de asentir. —Si se vuelve necesario, prométeme que le ofrecerás tu apellido.

Brantford se tambaleó ante lo que el padre de Rose estaba sugiriendo. —No puedo casarme con ella...

—Puede que no tengas que hacerlo. Dios sabe que lo último que quiero es que mi hija se case con un témpano de hielo como tú. Pero he oído los rumores. Sé cuán despiadado puedes ser. También sé que nunca has levantado la mano contra una mujer en tu vida. Si no puedes mantenerla a salvo de ninguna otra manera, si ya no es suficiente que simplemente permanezca bajo la protección del Marqués de Overlea, debes prometerme que le ofrecerás la protección de tu apellido y todos los recursos que vienen con él.

—¿Qué sabes de mis recursos? —preguntó Brantford, con genuina curiosidad.

Worthington negó con la cabeza. —No mucho, me temo. Pero Standish sí. Ha dejado caer indirectas sobre ti. Creo que sabe bastante. Y si no me equivoco, creo que te teme.

La boca de Brantford se tensó antes de responder. —Debería hacerlo.

Worthington asintió. —¿Me das tu palabra?

Brantford dejó que la pregunta flotara en el aire, pero nunca hubo duda de que aceptaría la única condición de Worthington. Rose Hardwick había insinuado tener sentimientos por algún hombre sin nombre, pero bien podría tener que dejar esos sentimientos a un lado.

—Haré todo lo que esté en mi poder para mantenerla a salvo. Eso incluye casarme con ella, si fuera necesario.

Worthington extendió su mano y Brantford la estrechó. Se permitió un momento para preguntarse por qué su promesa no lo dejaba inquieto, pero apartó el pensamiento y esperó a que el otro hombre comenzara.

—Ya que lo has adivinado, puedo confirmar que el hombre en el centro de todo esto es Standish. Necesitas mantenerlo alejado de Rose.

—Sé que confesaste para mantenerla a ella y a Lady Worthington a salvo. Pero no puedes esperar que crea que eres completamente inocente.

—De traición, sí. De ser el peor tipo de tonto, no.

Brantford se reclinó en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, y tomó nota cuidadosamente de todo sobre el hombre frente a él. —Cuéntame qué pasó.

Worthington negó con la cabeza. —Standish sabía de mi amistad con el Almirante Heddington y adivinó que yo podría tener acceso a información sobre los movimientos de nuestra flota naval. Me acorraló en la posada cerca de mi finca, que visito ocasionalmente, y empezamos a beber. Pensé que solo estaba siendo amistoso. Nunca se me ocurrió preguntarme por qué estaría en un pequeño pueblo de Norfolk. Al final de la noche, estaba completamente borracho. Ni siquiera me di cuenta de que le había dicho algo hasta que me hizo una visita después de que llegué a Londres con mi familia. Me agradeció por haberle informado sobre los movimientos de la flota británica. Me dijo que Napoleón recompensaba generosamente a sus informantes y que mi pago ya estaba en mi cuenta bancaria.

Worthington desvió la mirada. —No le creí. Pensé que me estaba tomando el pelo. Pero pude confirmar que se había depositado una gran cantidad de dinero en mi cuenta. Y lo peor es que no sé qué información podría haberle dado. Es posible que no le haya dicho nada y que estuviera tratando de coaccionarme para que revelara algo de valor, pero... —Sacudió la cabeza con derrota—. No puedo recordar esa noche.

—Te quedaste con el dinero.

Worthington apretó la mandíbula. —Sí, pero nunca lo toqué. No sabía qué hacer. Quería devolverlo, pero no quería que nadie me relacionara con Standish o sus acciones.

Brantford entrecerró los ojos. —Y continuaste pasando secretos.

Worthington negó con la cabeza. —No. Absolutamente no.

—Ahora creo que estás tratando de tomarme por tonto. Hubo más de un depósito en tu cuenta bancaria.

—¿No crees que lo sé? No fui lo suficientemente estúpido como para tocar otra gota después de ese primer incidente, pero Standish estaba tratando de obligarme a cumplir. Acosándome. Diciéndome que nadie creería que no había sido cómplice desde el principio.

—Y luego amenazó a tu familia.

Worthington se levantó de un salto del catre, caminó hacia la puerta y luego volvió. Brantford continuó observándolo.

—Sí, maldita sea. El canalla amenazó con matar a mi esposa. Me aseguró que se tomaría más tiempo con Rose antes de concederle el alivio de la muerte —Sus ojos estaban desquiciados, su respiración irregular—. Tienes que mantenerlo alejado de ellas.

Brantford hizo un gesto con la mano para indicarle a Worthington que volviera a sentarse. Solo cuando el otro hombre obedeció, habló.

—Cuéntame todo lo que sepas sobre Standish y sus conexiones.

CAPÍTULO SIETE

LOS NERVIOS de Rose estaban tensos durante el viaje de regreso en carruaje. Como era de esperar, Ellen, quien ahora actuaba como su doncella, se sentaba a su lado. Pero no había anticipado que Brantford también las acompañaría.

Él había estado callado cuando salió de la celda de su padre, diciendo muy poco. Ahora se sentaba frente a ella nuevamente, pero había resistido todos sus esfuerzos por averiguar lo que su padre le había dicho. Ella habría escuchado fuera de la celda, aunque dudaba que hubiera oído mucho ya que la puerta parecía ser bastante gruesa, pero Ellen la había alejado. Había pasado los siguientes quince minutos esperando con la hermana de Brantford y el guardia a varios metros por el pasillo, sintiéndose como si estuviera a punto de salirse de su piel.

Mientras el carruaje se detenía frente a la elegante dirección, Rose se apartó de la ventana.

—Tienes que decirme algo. Lo que sea.

La expresión de Brantford no cambió, y ella tuvo que resistir el impulso casi abrumador de sacudirlo. ¿Cómo podía quedarse ahí sentado, tan inmóvil como una estatua, cuando sabía cuánto significaba esto para ella? Le había permitido usarla en su búsqueda de información, y el miedo en el rostro de su padre cuando los vio juntos casi le había roto el corazón. Lo menos que podía hacer era darle una pequeña migaja de información.

Casi se había dado por vencida, sabiendo que el esfuerzo era inútil, cuando finalmente habló.

—Ellen, por favor espéranos fuera del carruaje.

Su respiración se detuvo en su garganta mientras observaba a la hermana de Brantford lanzar una mirada curiosa en su dirección antes de moverse para seguir sus instrucciones. Cerró la puerta del carruaje tras ella para darles privacidad.

—Por mucho que me gustaría tranquilizarte, no puedo contarte lo que aprendí hoy.

¿Era simpatía lo que vislumbró en sus ojos? No, debía estar imaginándolo. —¿No puedes o no quieres?

—¿Importa?

El impulso de sacudirlo regresó. —¿Puedes al menos decirme si papá te dijo algo que le ayudará?

Él consideró su petición, y fue todo lo que ella pudo hacer para esperar. Cuando se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, la liberó con un suave suspiro.

—Tu fe en tu padre no está completamente fuera de lugar.

No era mucho, pero le decía todo lo que necesitaba saber. Papá no era culpable de traición. Se había aferrado a esa creencia con cada fibra de su ser, pero no era tonta. Siempre había existido una pequeña posibilidad de que estuviera equivocada.

Extendió la mano y la colocó sobre una de las de Brantford, donde descansaba sobre su rodilla. —Gracias.

La sorpresa, y un pequeño escalofrío de conciencia, la atravesaron cuando él volteó su mano y aferró la de ella.

—Prométeme que no saldrás sin Ellen y al menos uno de los hombres que he añadido al personal. Preferiría que no salieras en absoluto, pero si he aprendido algo, es que harás exactamente lo que quieras.

Se sorprendió al ver su preocupación por ella escrita claramente en su rostro. Apretó su mano. —Te doy mi palabra.

El silencio se extendió entre ellos durante varios segundos antes de que él asintiera y soltara su mano. Ella extrañó esa pequeña medida de intimidad pero no dijo nada antes de salir del carruaje.

Notó la pequeña sonrisa en el rostro de Ellen, pero la hermana de Brantford no dijo nada mientras entraban en la casa. Solo cuando la puerta de la casa de la ciudad se cerró tras ellas, escuchó el sonido de las ruedas del carruaje sobre los adoquines mientras el vehículo se alejaba de la casa.

Ellen asintió al lacayo apostado justo dentro de la puerta. Era uno de los hombres de Brantford. Había otro a mitad del pasillo y un tercero junto a la puerta que daba al jardín trasero. Se preguntó cuántos hombres habrían sido añadidos al personal de Overlea y tuvo que reprimir su culpa por el tumulto que había causado.

Brantford le había dicho que Catherine también estaba en peligro por Lord Standish. Independientemente de si residía con ellos o no, el marqués habría necesitado aumentar su seguridad. Lord Kerrick conocía el peligro que el otro hombre suponía para la seguridad de su prometida y se habría encargado de ello.

Catherine entró apresuradamente en el vestíbulo, y Rose sintió una punzada de consternación al mirarla. No se conocían desde hacía mucho, pero Rose había sentido simpatía por ella al instante y se había esforzado por entablar amistad con Catherine. Odiaba pensar que su amiga había correspondido solo porque quería ayudar a Lord Kerrick a obtener información sobre las actividades de su padre.

Catherine sonrió a Ellen y se volvió hacia Rose. —Me prometí a mí misma que no indagaría, y pienso mantener esa promesa. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien después de tu visita a tu padre.

Rose no le había contado a Catherine el verdadero motivo de su visita, pero su amiga sabía que Brantford la había escoltado en lugar de Kerrick. Y como Catherine era una mujer inteligente, habría adivinado que algo importante había ocurrido.

Esa era una de las razones por las que Rose la había apreciado inmediatamente. Catherine no era como muchas de las debutantes que habían salido esa temporada, preocupadas solo por su cabello y el corte de su vestido.

No quería tener esta conversación, pero no tenía sentido posponerla. —¿Podemos hablar en privado?

Catherine frunció el ceño. —Por supuesto. ¿Te gustaría pasar al salón?

Rose asintió, luego se volvió hacia Ellen. —Gracias por acompañarme hoy. Te avisaré si te necesito de nuevo.

La otra mujer le dio un breve asentimiento pero no se marchó de inmediato. Rose podía sentir su mirada especulativa sobre ella mientras seguía a Catherine la corta distancia hasta el salón y cerraba la puerta tras ellas.

Catherine esperó a que Rose hablara primero, claramente reacia a presionarla por detalles que quizás no quisiera compartir. Rose siempre había apreciado eso de ella.

Rose comenzó a caminar de un lado a otro, tratando de ignorar la mirada de preocupación en el rostro de su amiga.

Catherine se movió hacia el sofá. —No tienes que contarme nada sobre lo que pasó hoy. Entiendo perfectamente si es demasiado difícil para ti.

Rose se volvió para mirarla, necesitando terminar con esta conversación lo antes posible. La incertidumbre sobre la amistad de Catherine la estaba matando.

—¿Nuestra amistad es genuina, Catherine?

Si la forma en que la boca de Catherine se abrió de par en par era una indicación, estaba verdaderamente sorprendida. Pero, ¿su reacción provenía de su sorpresa al ver cuestionada su amistad o al descubrir su engaño?

—Yo... ¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso? Por supuesto que es genuina. ¿Por qué pensarías que no lo es?

Rose se dejó caer en una silla, odiando sentirse culpable por el dolor en el rostro de su amiga. Pero ella también estaba herida.

—Sé que tu prometido estaba investigando a mi padre. Nunca entendí por qué me cortejaba cuando era evidente que te prefería a ti. No tenía sentido que actuara según los deseos de sus padres y los míos.

Catherine se reclinó y cerró los ojos. —Esperaba que no te enteraras de eso.

—Pues me enteré, y explica muchas cosas. Como por qué tú, la mujer que lo quería para sí misma, entablarías una amistad con la mujer que él estaba cortejando. ¿Estabas intentando sonsacarme información?

La culpa en los ojos de Catherine cuando los abrió fue respuesta suficiente. Rose se puso de pie. —Lo estabas haciendo.

—Uf, soy tan mala en esto. ¿Por qué pensé que debería involucrarme?

Rose se dio la vuelta para salir de la habitación, pero Catherine se levantó de un salto y le agarró la mano. A regañadientes, Rose permitió que Catherine la sentara a su lado en el sofá.

—No, no te dejaré ir hasta que te haya contado todo.

—¿Qué más hay que decir? —Rose no sabía cómo podría soportar el aguijón de esta traición. Descubrir que la única amiga que pensaba que le quedaba no era su amiga después de todo era más de lo que podía soportar.

—Era una niña tonta e ignorante cuando te visité por primera vez en tu casa. ¿Recuerdas eso, verdad? Pensé que si me acercaba a ti, podría ayudar a Kerrick a terminar su investigación más rápidamente. Pero me llevaste a tu confianza de inmediato. Me usaste para esquivar a todos esos hombres que te habían visitado y escapamos al jardín. —Catherine sonrió, pero sus ojos brillaban con lágrimas contenidas—. Me desconcertaste completamente con tu bienvenida. Y descubrí muy rápidamente que disfrutaba mucho de tu compañía.

Rose realmente no quería hacer la siguiente pregunta, pero tenía que saberlo. —¿Tú y Kerrick se estaban riendo de mí a mis espaldas?

Los ojos de Catherine se agrandaron. —¡No! ¡Absolutamente no! Nunca nos burlamos de ti. De hecho, lo contrario era cierto. Una vez que llegué a conocerte, odiaba que tu padre estuviera bajo sospecha. No deseaba nada más que Kerrick encontrara información que demostrara a Brantford que estaba equivocado sobre él. —Su mano voló a su boca—. He dicho demasiado. No debías saber eso.

Rose asintió. Así que Kerrick había estado actuando bajo las órdenes de Brantford. No estaba

sorprendida.

—Rose, mi amistad es real. Haré cualquier cosa que necesites que haga. Lo que sea. —Se secó una lágrima del ojo mientras hablaba.

Catherine no era tan buena actriz. Si lo fuera, habría sido capaz de ocultar sus sentimientos por Lord Kerrick. Catherine habría podido obtener más información de ella si tantas de sus salidas no se hubieran centrado en los planes de Rose para unir a Kerrick y Catherine. Y ahora que lo pensaba, Catherine nunca había indagado una sola vez sobre información de su padre.

—Te creo —dijo Rose, con lágrimas en sus propios ojos—. Entiendes por qué tenía que preguntar.

—Por supuesto —dijo Catherine, abrazándola con fuerza—. Odio que estés pasando por esto. Desearía que hubiera algo que pudiera hacer para mejorarlo.

Rose se apartó y le dio una sonrisa temblorosa. —Solo continúa siendo mi amiga. No podría superar esto si no supiera que estás a mi lado.

Catherine asintió, las lágrimas cayendo libremente mientras la atraía hacia otro abrazo.

CAPÍTULO OCHO

BRANTFORD NO PODÍA RECORDAR la última vez que había salido al campo. Durante varios años, había recopilado información únicamente a través de sus numerosos asociados.

Había considerado pedirle a Kerrick que realizara la misión particular de esta noche. No habría necesitado mucha persuasión, ya que Catherine aún estaba en peligro por culpa de Standish. Pero al final, decidió que necesitaba observar a Standish por sí mismo.

Por eso ahora se encontraba en un sórdido antro de juego cerca de los muelles que su presa frecuentaba. Standish habría oído sobre su visita con Rose a la Torre y sabría exactamente por qué Brantford estaba allí.

Sus pensamientos volvían constantemente a la promesa que le había hecho a Worthington, lo cual era otra razón por la que había decidido emprender la actividad de esta noche. Necesitaba determinar cuánto peligro corría Rose realmente. Si algo había aprendido a lo largo de los años, era que nunca debía ignorar sus instintos, y ahora mismo le estaban diciendo que era posible que necesitara cumplir su promesa al padre de Rose.

Se sentó con la espalda contra la pared, de cara a la entrada. La posición le permitiría observar a Standish sin ser visto cuando llegara.

Algunos hombres le habían echado un vistazo, pero nadie lo molestó. No era el único hombre sentado solo, pero sí el único que no estaba ebrio.

No tuvo que esperar mucho antes de que Standish entrara solo al oscuro establecimiento. Brantford había albergado una vaga esperanza de que el hombre estuviera acompañado por al menos uno de sus asociados. Sabía que existían, ya que Standish estaba demasiado bien informado para actuar solo. Como mínimo, el hombre tenía su propia red de informantes.

Brantford permaneció sentado cerca de la parte trasera del establecimiento, lo que le brindó la oportunidad de estudiar a su presa antes de ser descubierto.

Standish tenía más o menos la misma edad que él. No habían sido compañeros de clase en Oxford, y Brantford había asumido que el hombre había ido a Cambridge. Pero gracias a Kerrick, ahora sabía que Standish nunca había asistido a la universidad porque su padre lo había enviado al extranjero para protegerlo de las consecuencias de haber asesinado a su primo.

Externamente, Standish era la viva imagen de un hombre de su posición. Llevaba el pelo castaño corto, como dictaba la moda actual, y se esmeraba en hacer alarde de su riqueza a través de su atención a la moda. El mismo Beau Brummell podría tomar lecciones del hombre.

Había notado que Standish emanaba un aire siniestro que ponía nerviosos a los demás. Brantford lo había presenciado en más de una ocasión, pero por supuesto nunca le había importado realmente.

Eso fue antes de que el hombre se convirtiera en una amenaza para Rose.

Los ojos de Standish recorrieron la sala. Empezó a dirigirse hacia un grupo, pero se detuvo y cambió de dirección cuando lo vio. Brantford tomó nota de los hombres a los que estaba a punto de unirse; conocía a muchos de los presentes esa noche. Tenía a algunos de sus propios hombres dispersos por la sala y sabía que le proporcionarían los nombres de aquellos del grupo que aún no conocía.

Su atención se centró en Standish. Esperaba a medias que el hombre se marchara, pero parecía que Standish estaba dispuesto a jugar. Se acercó a Brantford sin molestarse en ocultar su diversión y se sentó en la otra silla de la pequeña mesa.

—Esto es una sorpresa —dijo Standish, recorriendo la mesa con la mirada y sin duda notando que Brantford no estaba bebiendo—. Aunque debo decir que no es desagradable.

—Me encontré aburrido esta noche.

Standish sonrió, un gesto grotesco que amenazó la compostura de Brantford.

—Excelente —dijo—. Hace tiempo que quería jugar contigo, pero todos saben que nunca apuestas. Dime, ¿eres realmente tan malo? Seguramente puedes permitirte aligerar tus bolsillos de vez en cuando.

Brantford miró al otro hombre lentamente, sabiendo cuánto odiaría Standish la censura implícita en su mirada.

—Todo lo contrario. Es cansado ganar todo el tiempo. No hay desafío.

La mandíbula de Standish se tensó, sus ojos brillaron brevemente de irritación.

—Creo que me encontrarás un digno oponente.

Brantford apartó la mirada, obligando a Standish a esperar su respuesta. Era algo pequeño, pero casi podía sentir el peso de la mirada del otro hombre. Después de varios momentos, levantó una mano, haciendo un gesto casual a una de las camareras. Una baraja de cartas apareció en segundos.

Standish abrió la baraja y comenzó a barajar.

—Será un cambio agradable jugar con alguien que no esté completamente borracho. ¿Piquet?

Brantford le dio al hombre un asentimiento abreviado, observando cómo manejaba las cartas con la destreza de un fullero. Supo entonces que no perdería este juego intencionalmente. La mayoría de los hombres estarían demasiado absortos en su victoria para saber, o importarles, cómo habían ganado. Combina eso con algunas copas, y serían un libro abierto. Pero Standish no era tonto. Sabría si Brantford perdía a propósito, especialmente porque él tampoco estaba bebiendo. No se ganaría nada.

Mejor trabajar en la idea que Worthington le había dado esa mañana: que Standish le temía. La frustración por no poder superarlo podría funcionar donde las victorias vacías no lo harían.

La tarea resultó más difícil de lo que había anticipado. No debería haberse sorprendido al descubrir que Standish era hábil con las cartas. Sin embargo, no tan hábil como él. Después de su tercera derrota, Standish arrojó las cartas con disgusto.

—Realmente crees que eres mejor que el resto de nosotros —pronunció Standish, con un brillo peligroso en los ojos.

—Tres manos parecerían confirmarlo. Quizás algún día encuentre a mi igual. Pero ambos sabemos que no serás tú.

Standish se puso de pie, su silla raspando en protesta por el movimiento brusco. Se inclinó hacia adelante, alzándose sobre Brantford, quien no movió ni un músculo.

—Voy a borrar esa mirada de superioridad de tu rostro. No creas que no sé que la mocosa de Worthington está bajo tu protección. Los jóvenes pretendientes ya están haciendo fila, esperando

la oportunidad de ofrecerle carta blanca cuando Overlea la suelte. Pero cuando termine con ella, no quedará nada para ellos.

Brantford dejó caer entonces su fachada, permitiendo que el otro hombre viera el frío y mortal ardor que sabía que había en sus ojos. No deseaba nada más que despedazar a Standish miembro por miembro por siquiera pensar en Rose. La satisfacción fluyó a través de él cuando vio la duda que entró en la expresión del otro hombre.

—Si te acercas a Rose Hardwick, será lo último que hagas.

Recobrando la compostura, Standish exclamó con entusiasmo —¡Que empiecen los juegos, Brantford!— antes de darse la vuelta y salir a grandes zancadas del infierno.

Brantford tuvo que permanecer sentado durante un minuto entero antes de poder controlar su temperamento.

Estableció contacto visual con sus hombres, indicándoles que se concentraran en el grupo sentado en la mesa hacia la que Standish se había dirigido, y luego se levantó para marcharse.

Standish había cometido un grave error esa noche al amenazar a Rose Hardwick. El tiempo diría si realmente llegaría a ver la horca o si Brantford lo mataría con sus propias manos.

BRANTFORD LEVANTÓ la vista del informe que estaba leyendo cuando la puerta de su estudio se abrió de golpe. Su hermana entró con aire despreocupado y se sentó con recato en la silla para invitados.

—¿Me mandaste llamar, Lord B?

Brantford cerró el expediente y lo dejó a un lado, esforzándose por controlar su irritación. Sus pensamientos habían estado dando vueltas alrededor de la conversación con Standish la noche anterior y no había podido concentrarse en los documentos. Tendría que intentar leer el expediente más tarde. Después de que todo estuviera resuelto.

—¿Es eso necesario cuando estamos solos los dos?

Ella se encogió de hombros. —Está bien, Brantford —ante su ceño fruncido, continuó—. Puede que seas mi hermano menor, pero dejaste de ser Lucien hace mucho tiempo. Ni siquiera recuerdo la última vez que vislumbré a ese dulce niño pequeño.

Brantford se levantó y se dirigió al aparador. Sirvió una copa de jerez para su hermana y para sí mismo una pequeña medida de brandy. Necesitaba mantener la cabeza fría y no podía permitirse más que eso.

Las palabras de su hermana evocaron recuerdos desagradables que él había intentado olvidar. Ese dulce niño pequeño que ella echaba de menos había muerto hacía mucho tiempo, aplastado bajo las implacables exigencias que su padre había impuesto a su heredero. No podía ni imaginar por qué ella sacaría el pasado a colación ahora, y no estaba dispuesto a preguntar.

Le entregó a Ellen su copa y volvió a sentarse detrás del escritorio.

Su hermana frunció el ceño. —Trabajas demasiado. ¿No podías salir de tu estudio para recibirme?

—Si la memoria no me falla, irrumpiste aquí y te pusiste cómoda. Además, esta no es una visita social.

Su hermana suspiró y dio un sorbo a su jerez. —No, supongo que no lo es. Te dije que te mantendría informado de los movimientos de Rose. No ha salido de casa desde tu visita a la Torre ayer, y no ha ocurrido nada fuera de lo común. No ha habido intentos de allanamiento, ni correspondencia inusual.

Brantford tuvo que contenerse para no beberse de un trago la pequeña cantidad de brandy que se había permitido. Aun así, la mitad desapareció cuando bajó el vaso y se enfrentó a su hermana.

—A cambio de su información, Worthington me arrancó la promesa de cuidar de su hija.

Ellen se encogió ligeramente de hombros. —Debería haberse dado cuenta de que has estado haciendo eso desde el principio.

—No exactamente. Quería que le prometiera que le daría la protección de mi apellido.

Eso captó la atención de su hermana. Casi se atragantó con el jerez.

Ellen colocó la copa sobre su escritorio y lo miró fijamente. —Podrías haber esperado a que terminara de beber antes de soltarme eso.

Brantford no ocultó su diversión. —Sí, pero siempre es tan divertido pillarte desprevenida. Ocurre tan raramente.

—Así que —Ellen se reclinó y miró a su hermano con los ojos entrecerrados—. Worthington te hizo prometer que te casarías con Rose. Y tú aceptaste. Eso no parece propio de ti.

—No exactamente —Brantford resistió el impulso de beberse el resto de su copa dejándola sobre el escritorio—. Solo insistió en que lo hiciera si se volvía necesario.

—¿Y lo es? ¿Necesario?

—No lo creía cuando hablé con él. Pensaba que tenía las cosas bajo control, pero anoche me encontré con Standish.

Los ojos de Ellen brillaron con interés. —¿Y?

—Y la amenazó. No dijo directamente que planeaba matarla, pero esa era la esencia de su declaración.

Ellen negó ligeramente con la cabeza. —Típico de ti, empeorar una situación que ya era mala.

Brantford se negó a picar el anzuelo. —Ambos sabemos que su vida ya estaba en peligro. ¿Por qué otro motivo Worthington admitiría un crimen que no cometió?

—No intentes restarle importancia a esto. Tú mismo dijiste que no creías que tendrías que casarte con la pobre chica, pero ahora dices que después de encontrarte con Standish, sí debes hacerlo. Por lo tanto, empeoraste la situación.

Brantford entrecerró los ojos. —Standish sabe que estoy cerrando el cerco. Si la señorita Hardwick se hubiera retirado al campo con su madre, ahora estaría a salvo. Standish no tendría necesidad de prestarle atención. Ella se puso en esta posición al quedarse en Londres e insistir en visitar a su padre. Y sí, ayer aproveché su deseo de ayudar a su padre, pero esto siempre iba a suceder. Standish no podía ignorar una posible filtración.

Se bebió el resto del brandy, odiando que su hermana pudiera alterarlo tan fácilmente. —¿De qué te ríes? —preguntó cuando notó que ya no parecía enojada.

—Quieres casarte con ella.

Su estómago se encogió ante la certeza en su voz. ¿Quería casarse con Rose Hardwick?

Solo le tomó un momento darse cuenta de que sí. Ella era la tentación en persona. Cuando estaba cerca de ella, tenía que contenerse severamente. Forzarse a no traicionar cuánto lo afectaba cuando lo contrario era cierto. Se fijaba en todo sobre ella. Sin embargo, nunca se lo admitiría a su hermana. Ni dejaría que Rose supiera que tenía tal poder sobre él.

—Mis sentimientos son irrelevantes.

Ellen soltó un suspiro frustrado. —Por supuesto que lo son. Discúlpame por pensar lo contrario —dio otro sorbo a su jerez antes de preguntar—: ¿Es inocente Worthington?

—No del todo. Sí pasó información a Standish, pero aparentemente ocurrió solo una vez y

cuando estaba ebrio. Me inclino a creerle.

—Pobre tonto. ¿Podrás hacer algo por él?

Esa era la verdadera cuestión. Honestamente, no lo sabía. —Si puedo conseguir a Standish, tal vez. Tendría que probar que sucedió solo esa vez. No estoy seguro de si podré hacerlo. Incluso si encuentro pruebas concretas de que Standish es la persona que vende secretos a los franceses, no estoy seguro de que pueda lograr que admita que engañó a Worthington.

Ellen frunció el ceño. —¿Quizás si amenazamos a alguien que le importe? Funcionó con Worthington.

—Standish no tiene corazón. Empiezo a pensar que pertenece a Bedlam. Dudo que sea capaz de preocuparse por alguien. —Hizo una pausa, preguntándose si Standish habría conocido a su verdadera madre cuando el viejo conde lo envió al continente, pero descartó el pensamiento casi de inmediato. Lo más probable es que la culpara por abandonarlo y no movería un dedo para ayudarla si pensara que su vida estuviera en peligro.

—Bueno, veo que no obtendré nada más de ti —dijo Ellen, poniéndose de pie. Dejó su copa de jerez sin terminar sobre el escritorio—. ¿Deberíamos esperarte más tarde hoy?

Brantford asintió. Cuanto antes tuviera a Rose bajo su protección, mejor.

CAPÍTULO NUEVE

MIENTRAS LAS RUEDAS del carruaje traqueteaban por las calles empedradas esa tarde, Brantford apoyó la cabeza contra el grueso cojín y cerró los ojos. No había podido sacudirse la sensación de que unos ojos silenciosos observaban cada uno de sus movimientos desde que salió de su casa en la ciudad. Por supuesto, eso era normalmente cierto. No podía ir a ninguna parte sin que los curiosos lo miraran fijamente. Algunos intentaban ocultar su curiosidad, pero muchos lo observaban abiertamente. Cuanto más distante se volvía, peor lo miraban boquiabiertos.

Normalmente podía ignorar esa consciencia, negándose a permitir que afectara sus acciones o su estado de ánimo. Pero no esa tarde.

Dado que el asunto de su boda con Rose Hardwick no podía posponerse, había visitado Doctors Commons para obtener una licencia especial justo después de hablar con su hermana. El arzobispo no había levantado una ceja al enterarse del motivo de su visita. Suponía que el hombre había visto a más de un miembro esquivo del *ton* entrar en su oficina a lo largo de los años. Pero Brantford no estaba tan sereno una vez que tuvo la licencia en su posesión. Por primera vez en años, se sentía desconcertado, como si el mismo suelo bajo sus pies se estuviera moviendo y cada paso amenazara con hacerlo caer.

Flexionó los dedos y movió los hombros mientras el carruaje se acercaba cada vez más a la casa de Overlea, tratando de relajar los músculos que se habían tensado, y se dijo a sí mismo que las cosas volverían a la normalidad una vez que terminara con esta tarea. El matrimonio era un cambio de estado trascendental, y era normal sentir una pequeña cantidad de... algo. Se negó a llamarlo ansiedad. O anticipación. Fuera lo que fuese lo que le pasaba, lo superaría y lo empujaría al fondo donde pertenecía. Nada tenía que cambiar. Muchos hombres seguían con su rutina diaria, rara vez viendo siquiera a sus esposas.

Aunque sería una lástima casarse con Rose Hardwick y luego depositarla en algún lugar que rara vez tuviera ocasión de visitar.

Apretando los dientes con fastidio ante el pensamiento rebelde, forzó su mente a repasar lo que había averiguado hasta ahora sobre Standish y qué pasos necesitaba dar a continuación. Él y Rose necesitaban hacer una visita a la madre de ella, y esta vez la mujer no podría rechazarlo. Trató de no pensar en el viaje a Essex, durante el cual tendrían que compartir la intimidad de su carruaje.

Worthington no le había dicho mucho. Sin embargo, había mantenido notas escritas sobre cada una de sus conversaciones con Standish, y Brantford necesitaba ponerles las manos encima. Aparentemente, le había pedido a su esposa que las mantuviera a salvo. Insistió en que los documentos estaban sellados y que su esposa no los habría leído. Brantford esperaba que eso

fuera cierto. Si Standish siquiera sospechaba que Lady Worthington tenía conocimiento sobre sus conversaciones, ella no estaría a salvo en ninguna parte.

Worthington también le había dicho que había utilizado su amistad con el Almirante Heddington para desenterrar algo de información por su cuenta sobre Standish. Qué, el hombre no lo diría. Solo que había planeado usarla después de que terminara la temporada y Rose se casara con éxito.

El almirante no estaba actualmente en Inglaterra o Brantford lo habría contactado directamente en lugar de tener que perseguir estos documentos ocultos. Pero si el almirante sabía algo sobre los crímenes de Standish como joven antes de que su padre lo enviara lejos, Brantford encontraría una manera de utilizar esa prueba contra él. El privilegio de la nobleza no se extendía al asesinato. Standish aún podría ser ahorcado por ese crimen incluso si no podían relacionarlo con el cargo de traición. Si no podía probar la inocencia de Worthington, ambos serían ahorcados. Odiaba pensar en lo angustiada que estaría Rose si eso sucediera.

Brantford saltó del carruaje cuando se detuvo, ansioso por terminar con esta tarea. Había enviado un mensaje por adelantado de que necesitaba hablar con Overlea, así que cuando entró en la casa de la ciudad, el mayordomo le informó que el marqués lo estaba esperando en la biblioteca.

Sintiendo ojos sobre él una vez más, Brantford se detuvo y miró hacia arriba. Rose estaba de pie, congelada, en lo alto de las escaleras. Su mano había revoloteado hasta su pecho, sus ojos abiertos de sorpresa. Parecía que nadie le había dicho que él haría una visita.

Ignorando la inquietud que ahora era una compañía constante desde que había hablado con Standish la noche anterior, le ofreció una reverencia abreviada y siguió al mayordomo hasta la biblioteca.

Overlea se puso de pie y extendió su mano cuando entró. Brantford no pudo evitar recordar su reunión el otoño anterior, cuando Overlea parecía mortalmente enfermo. Por supuesto, eso era de esperar cuando uno estaba siendo envenenado. A diferencia de lo ocurrido con el padre y el hermano de Overlea antes que él, sin embargo, el culpable había sido atrapado a tiempo y ahora estaba de vuelta a su estado normal. Brantford había desempeñado un pequeño papel en encontrar a la persona responsable, y sabía que podía contar con la ayuda del hombre que tenía delante.

—Te ves sano y fuerte —dijo Brantford.

Los labios de Overlea se torcieron en una semblanza de sonrisa. —Fue un asunto desagradable. Me alegro de que haya terminado y de que los rumores sobre el incidente no se hayan propagado.

Brantford inclinó la cabeza en reconocimiento del agradecimiento no expresado. —Nos esforzamos por servir.

Un sonido en la puerta hizo que Brantford se girara para ver a Kerrick entrando despreocupadamente en la habitación.

—Espero que no te importe —dijo Overlea—, pero cuando recibí el mensaje de que querías hablar conmigo, pensé que Kerrick debería unirse a nosotros. Él sabe más sobre toda esta situación que yo. Solo sé que la señorita Hardwick necesita a alguien que la proteja, y como es una amiga cercana de Catherine, estoy más que feliz de proporcionar esa protección.

Brantford ocultó su fastidio mientras hablaba con Kerrick. —Para un hombre que no quería tener nada más que ver con este asunto, pareces estar profundamente involucrado en él.

Kerrick sonrió. —Me alegro de verte también, viejo amigo. ¿Ha pasado qué... un día? ¿Dos?

Brantford ignoró al hombre y se volvió hacia Overlea. Había esperado no tener que hacer

esto frente a Kerrick, pero aparentemente, como siempre era su suerte en la vida, tendría que lidiar con que sus acciones fueran escrutadas una vez más.

—¿Te gustaría tomar algo? —preguntó Overlea.

Brantford negó con la cabeza bruscamente. —Será una visita corta. Estoy aquí para informarte que ha habido un cambio de planes con respecto a la señorita Hardwick.

Overlea levantó una ceja en respuesta a su declaración, pero por supuesto Kerrick no pudo permanecer en silencio sobre el tema.

—¿Qué quieres decir con "un cambio de planes"? Hasta donde yo sé, Rose no tiene intención de unirse a su madre en el campo, y difícilmente puede regresar a su casa de la ciudad sola.

Brantford lanzó una mirada evaluadora al otro hombre, preguntándose brevemente cuándo Kerrick se había vuelto inmune a su censura.

—No, por supuesto que no —dijo Brantford—. ¿Me permites continuar?

Kerrick cruzó los brazos sobre el pecho. —Por todos los medios.

Brantford se volvió hacia Overlea. —He hablado con Worthington, y hemos acordado que la señorita Hardwick necesita más protección de la que ustedes pueden proporcionarle aquí.

—Con todos los hombres que ha añadido a mi personal, el único lugar más seguro que mi casa en este momento es la Torre —frunció el ceño brevemente—. No pretende mantenerla allí, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Brantford—. Ya pasaron los días de alojar a la realeza u otros nobles en la Torre por su seguridad.

—Entonces, ¿a dónde irá? —preguntó Overlea.

Brantford ignoró deliberadamente a Kerrick, detestando que fuera testigo de este momento dados los recientes alientos del hombre sobre Rose, y continuó:

—Vendrá conmigo. He decidido que la única manera de mantenerla a salvo es darle la protección de mi apellido.

El silencio descendió tras su declaración. Había esperado que Overlea se sorprendiera por su anuncio, pero en cambio solo vio especulación en el rostro del otro hombre.

—En efecto. Eso parece ser el mejor camino a seguir.

—Que me lleve el diablo —interrumpió Kerrick—. ¿Eso es todo lo que vas a decir? ¿Vas a casarte con Rose solo para mantenerla a salvo?

—Tú ofreciste hacer lo mismo no hace mucho. Y si la memoria no me falla, tenías toda la intención de llevarlo a cabo para mantener a Rose y a su madre a salvo.

Kerrick le señaló con el dedo.

—Eso no es lo mismo en absoluto, y lo sabes. Rose y yo fuimos maniobrados a una posición comprometedora, y no tuve otra opción que anunciar que estábamos prometidos para que ella no quedara arruinada.

Brantford alzó una ceja y esperó, sin querer explicarse ante Kerrick. Sabía que el otro hombre llegaría a la conclusión lógica de este argumento por sí solo.

—Eres exasperante, Brantford. Al menos puedes admitir que tienes sentimientos por Rose.

Brantford de alguna manera se contuvo de gruñir al otro hombre. Cada vez que Kerrick usaba el nombre de pila de Rose, era un recordatorio de lo cercanos que se habían vuelto.

En su lugar, levantó un hombro en un encogimiento casual.

—Por el bien de la rapidez, solo tiene sentido que mantenga a la señorita Hardwick cerca. Como mi esposa, puedo protegerla donde Overlea no puede. También puedo detener los rumores indecorosos que están circulando sobre ella.

—¿Has oído esos? —preguntó Overlea—. No importa, por supuesto que los has oído. Hay

bastante dinero apostado en los libros de apuestas de White's sobre quién será el primero en tener a Rose como su amante. Yo, por mi parte, me alegro de que evite ese destino.

—En efecto —dijo Brantford, aunque por dentro estaba furioso. Tendría que pasar por White's para ver quién había añadido sus nombres a esa apuesta.

—Sobre eso —dijo Kerrick, metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo y sacando un trozo de papel. Se lo tendió a Brantford—. Aquí tienes.

Brantford lo tomó, un rápido vistazo reveló que era una lista de nombres. Muchos de esos nombres pertenecían a los jóvenes que habían rodeado a Rose dondequiera que fuera esa temporada.

—Me tomé la libertad de echar un vistazo al libro de apuestas —dijo Kerrick—. Esa es una lista de todos los hombres que participaron en esa apuesta —Brantford lo miró, incapaz de ocultar su sorpresa, y Kerrick continuó—. Pensé que querrías saberlo.

—Sí. Gracias por esto.

Overlea hizo un suave sonido de burla, y Brantford se volvió para mirarlo.

—¿Querías añadir algo a esta discusión?

—En absoluto. Solo estaba imaginando todas las formas en que podrías hacer sufrir a esos jóvenes idiotas por su presunción.

—En efecto —dijo Brantford, permitiéndose compartir la diversión del otro hombre—. Puedo ser bastante imaginativo.

Kerrick se rió en voz alta.

—¿Ves, Nicholas? —dijo, volviéndose hacia Overlea—. Te dije que tenía sentimientos, por mucho que quisiera hacer creer a todos que no era así.

Brantford entrecerró los ojos hacia el hombre, negándose a ser provocado. Kerrick ni siquiera se inmutó.

—Ánimo, viejo amigo. Difícilmente será un sacrificio...

—Sí —dijo Brantford, interrumpiéndolo. Él había dicho algo muy parecido a Kerrick cuando le pidió, al comienzo de la temporada, que cortejara a Rose para poder acercarse a Worthington e investigarlo. No era la primera vez que Kerrick las repetía en su creencia equivocada de que Brantford tenía tiernos sentimientos por Rose—. Ya puedes dejar de echarme mis palabras en cara.

En lugar de ser puesto en su lugar, Kerrick pareció disfrutar de su molestia, y Brantford se maldijo por haber caído en la provocación del otro hombre después de todo.

CAPÍTULO DIEZ

MÁS QUE NADA, Rose odiaba esperar. Sus padres a menudo la habían reprendido por su impaciencia, y ahora deseaba haber hecho un mayor esfuerzo por controlar ese defecto.

Cuando Brantford se había dirigido por el pasillo, no había deseado nada más que seguirlo y escuchar a escondidas cualquier conversación que estuviera teniendo con el cuñado de Catherine.

Para evitar que la encontraran con la oreja pegada a una puerta, fue inmediatamente en busca de Catherine. Ahora esperaban en la sala de estar. Brantford tendría que pasar por la habitación para salir de la casa. Si no venía a verla, Catherine le aseguró que le preguntaría a Overlea qué había ocurrido.

Porque seguramente algo debía haber pasado para que Brantford visitara al marqués en lugar de a ella. Su mente daba vueltas con todo tipo de horribles posibilidades. Tal vez incluso ahora estaban tratando de pensar en alguna manera de darle las malas noticias. Miró sin ver por la ventana, observando la calle tranquila afuera.

Se sobresaltó cuando Catherine le tocó el hombro.

—Trata de no preocuparte. Podría no ser nada.

Rose le dio a su amiga una sonrisa irónica.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Desde que comenzó todo esto, todo parece haber ido de mal en peor. No creo que pueda soportar más malas noticias.

—Podría no ser malo. Tú misma dijiste que Lord Brantford te dijo que tu fe en tu padre no estaba fuera de lugar. Podría haber descubierto algo que probaría su inocencia.

—Si ese fuera el caso, ¿por qué estaría hablando con Lord Overlea y no conmigo? —Se alejó de la ventana hacia la puerta, luego se detuvo—. Estoy haciendo todo lo posible por no escuchar a escondidas su conversación. ¿Crees que estén en el estudio? Tal vez podrías preguntarle a un lacayo. No parecerá una pregunta tan extraña viniendo de ti.

Al escuchar voces y pasos, Rose se quedó paralizada, los nervios la dominaron. Catherine la tomó de la mano y la llevó al sofá, luego la hizo sentarse a su lado. Rose no se volvió para agradecer a su amiga. Su mirada estaba clavada en la puerta de la sala mientras se preguntaba si Brantford se detendría para hablar con ella.

Las voces se detuvieron justo antes de que tres hombres entraran en la habitación. Rose frunció el ceño confundida cuando vio a Kerrick. Había visto llegar a Brantford pero no se había dado cuenta de que el prometido de Catherine también estaba presente. Debía haber llegado cuando ella había ido en busca de Catherine.

Lord Overlea hizo una reverencia en su dirección.

—Señorita Hardwick, Catherine. Espero que no les importe, pero tengo otros asuntos que

atender ahora mismo. Además, mi presencia aquí es decididamente *de trop*.

¿Era diversión lo que veía en sus ojos mientras se despedía? Rose no tenía duda de que iba en busca de su esposa, y sintió que sus nervios comenzaban a calmarse. El cuñado de Catherine no se divertiría si algo malo hubiera sucedido. No era de los que se complacían con la desgracia ajena.

Pero su curiosidad seguía firmemente en su lugar, especialmente cuando Kerrick hizo un comentario sobre dar un paseo por el jardín con Catherine. No pasó por alto que cerró la puerta de la sala detrás de ellos.

Antes de darse cuenta de lo que sucedía, Rose se encontró a solas con Lord Brantford. Él parecía más distante que nunca esta mañana, y sus nervios regresaron.

Se puso de pie rápidamente.

—¿Qué ha sucedido?

—Por favor —dijo él, señalando con la mano hacia el sofá.

Rose hizo lo que le pedía, odiando no poder leer al hombre. Esperaba que tomara uno de los otros asientos y dejó escapar un suave sonido de sorpresa cuando se sentó en el sofá junto a ella, aunque tuvo cuidado de mantener una distancia respetable.

No podía esperar más.

—¿Tienes noticias de papá?

—Nada ha cambiado con respecto a tu padre.

Los ojos de Brantford se dirigieron a sus manos, que se dio cuenta estaban aferrando la tela de su vestido. Relajó su agarre, forzándose a no sacudir al elusivo hombre sentado a su lado.

—Mis nervios no pueden soportar todo este secretismo.

Sus ojos se encontraron entonces, y ella vio un atisbo de diversión antes de que él lo enmascarara cuidadosamente. Eso, más que cualquier otra cosa, ayudó a calmar sus temores.

—Estoy aquí hoy no por tu padre sino por ti.

—¿Por mí? —No tenía idea a qué podría estar refiriéndose—. Ya te he dicho todo lo que sé, que admito que no es mucho. Desearía tener más información.

—De nuevo, estás asumiendo que esto tiene que ver con lo que le está sucediendo a tu padre. Pero como ya he dicho, estoy aquí por ti.

Y así sin más, su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho. La forma en que lo había expresado, casi parecía... No, estaba imaginando cosas. Permitiendo que su tonta fascinación por Brantford le hiciera ver cosas que no estaban allí.

—Te escucho —dijo, temiendo decir más por miedo a traicionarse de alguna manera.

—Después de hablar con tu padre el otro día y descubrir algunas cosas por mi cuenta, me he dado cuenta de que el peligro para tu vida es muy real.

Rose solo pudo mirarlo fijamente. ¿Le mentiría Brantford sobre esto para que se uniera a su madre en el campo?

—No voy a dejar Londres —dijo, sintiendo que la molestia aumentaba porque seguían volviendo a este tema.

—No, por supuesto que no. Ni espero que lo hagas. Pero se ha vuelto claro que Overlea no puede proporcionarte la protección que necesitas.

Estaba hablando en círculos, dando vueltas alrededor de algo.

—¿Dónde esperas que vaya? Ellen me dijo que has añadido hombres al personal que pueden mantenerme a salvo. A Catherine también, ya que sabemos que Lord Standish estaba obsesionado con ella. Y ya te he prometido que no saldré de la casa sola. Este es el lugar más seguro de Londres para mí.

Los ojos de Brantford parecían taladrar los suyos, la emoción en ellos era una que no podía descifrar, y se debatía entre apartarse de él y acortar la pequeña distancia que los separaba. Fue con gran dificultad que esperó a que él respondiera.

—Estarías más segura conmigo.

Rose sintió que su boca se abría, y la cerró de golpe.

—¿Qué acabas de decir?

—Yo puedo mantenerte a salvo.

Ella negó con la cabeza. —Lo sé. Por eso me has enviado a tu hermana y tienes hombres vigilando la casa... —Estaba divagando. Lo sabía, pero parecía que no podía evitarlo—. Mi imaginación se está desbocando. Por favor, sé directo, milord. Sé que debe ser difícil para ti, pero intenta evitar todo este asunto secreto en el que te gusta envolverte.

Una comisura de su boca se elevó, y Rose sintió que su corazón se elevaba en respuesta.

—Creo que puedo hacer eso. El lugar más seguro para ti en este momento es bajo mi protección personal. Para lograrlo, necesitamos casarnos. Ya he conseguido una licencia especial.

Rose se puso de pie de un salto, y Brantford se levantó rápidamente también. Ella se alejó de él, girándose para enfrentarlo de nuevo cuando varios pies los separaban.

—Lo siento, pero creo que te he entendido mal. Pensé... ¿Acabas de proponerme matrimonio?

Brantford inclinó la cabeza. —No hay nada malo con tu audición.

Ella tuvo que darse la vuelta de nuevo, con sus pensamientos y emociones en tumulto. Brantford le había propuesto matrimonio. Brantford. El hombre que amaba pero que era imposible.

Solo que ya no era imposible.

Lógicamente, sabía que él solo estaba proponiendo matrimonio para mantenerla a salvo. En realidad no se preocupaba por ella.

Pero ¿y si pudiera hacer que se preocupara? ¿Qué mejor posición para lograrlo que a su lado, como su esposa?

—¿Señorita Hardwick? ¿Rose?

Rose cerró los ojos, el sonido de su nombre pronunciado en esa voz suave y grave era casi más de lo que podía soportar.

Debería protestar. Decirle que no era necesario que se sacrificara por ella. Ella había hecho lo mismo por Kerrick no hacía mucho, después de todo.

Pero Kerrick había estado enamorado de otra persona. Al igual que ella... del hombre que acababa de proponerle matrimonio. La mayoría de los matrimonios se basaban en mucho menos. Ella podría amarlo lo suficiente por los dos y quizás, con el tiempo, él llegaría a verla como algo más que una responsabilidad.

Se volvió para enfrentarlo, con la mente decidida pero el corazón aún acelerado.

—Sí. Me casaré contigo.

CAPÍTULO ONCE

BRANTFORD LE SONRIÓ ENTONCES, una de esas raras sonrisas completas que hacían que Rose sintiera como si su corazón se hubiera detenido por un instante.

Se le ocurrió que sería una lástima estar a punto de tener todo lo que deseaba —el nombre de su padre limpio y a punto de casarse con el hombre por quien había tenido un *tendre* sin esperanza durante tanto tiempo— solo para expirar porque su corazón fallara.

—Me despediré de ti ahora. Tengo algunos favores que cobrar para asegurarme de que esto suceda sin problemas. Ellen te ayudará por este lado, y mañana te mudarás a mi casa de la ciudad. ¿Crees que eso supondrá un problema?

Rose solo pudo negar con la cabeza, repentinamente privada de palabras mientras él le hacía una breve reverencia antes de marcharse.

Permaneció clavada en el lugar durante varios minutos, contemplando cuán rápidamente todo había cambiado para ella. De nuevo.

Ella y Brantford iban a casarse mañana. Dado el lugar donde su padre residía actualmente, así como el hecho de que su madre se escondía en el campo, sintió más que una chispa de culpa por la felicidad que le producía el pensamiento.

Su madre odiaría lo que ella llamaría la indecorosa prisa con la que su matrimonio estaba teniendo lugar. Pero dado que las lenguas ya estaban hablando sobre su familia, no tenía sentido esperar. Brantford no habría propuesto matrimonio si no lo considerara necesario.

Un escalofrío la recorrió con solo pensar en Lord Standish. No podía negar que había algo siniestro en ese hombre. Sus atenciones siempre habían estado dirigidas directamente a Catherine, pero ahora parecía que había desplazado su atención hacia ella.

¿Realmente la lastimaría? Su padre parecía pensar que sí, y aparentemente también Brantford, si el sorprendente giro de los acontecimientos de hoy era una indicación. Lógicamente, sabía que debería estar preocupada por su propia seguridad, pero le resultaba difícil procesar el hecho de que todos parecían pensar que estaba en verdadero peligro. Era difícil de creer que Lord Standish pretendiera hacerle daño.

Rose no quería pensar en las especulaciones que surgirían cuando otros se enteraran de su matrimonio. En unos meses, cuando quedara claro que Brantford no se había casado con ella porque estuviera encinta, los rumores se desvanecerían. Con suerte, el nombre de su padre también sería limpiado y podrían dedicarse a dejar atrás esta desagradable situación.

Tenía que aferrarse a esa esperanza.

Un frenesí de actividad en el pasillo le dio tiempo suficiente para prepararse para el regreso de Catherine. Rose escuchó a su amiga despedirse de su prometido, y luego entró

apresuradamente en la sala de estar. Se apresuró al lado de Rose.

—Kerrick me contó lo que estaba pasando aquí. ¿Es cierto? ¿Lord Brantford realmente te propuso matrimonio?

Rose solo pudo asentir en respuesta, todavía un poco aturdida por el dramático giro de los acontecimientos.

—¿Aceptaste? —preguntó Catherine, con los ojos abiertos de curiosidad.

—Sí. Nos casaremos mañana.

Catherine dio un pequeño chillido mientras se dejaba caer junto a Rose y la envolvía en un abrazo. Se apartó y Rose vio cómo su sonrisa se atenuaba. —Estoy feliz por ti, pero no estoy segura si se supone que debo estarlo. Dime que tú también estás feliz por esto. Sé que te importa Lord Brantford.

Rose suspiró. —Que el cielo me ayude, pero lo estoy. Sé que la razón de su propuesta no es ideal, pero no puedo evitar sentirme esperanzada sobre el futuro. ¿Es eso ridículo?

Catherine negó con la cabeza. —En absoluto. Solo espero que él sepa cuán afortunado es de tenerte.

Los labios de Rose se torcieron. —Se casa conmigo para mantenerme a salvo.

La voz de Catherine bajó. —Louisa y Nicholas también se casaron por razones prácticas, y mira qué bien les ha ido. Él está completamente dedicado a ella.

Rose había sido testigo de lo mismo con respecto al marqués y su esposa. Sabía que el matrimonio de sus propios padres había sido arreglado, y ellos también se querían. Sospechaba que esa era una de las razones por las que su madre se había sentido tan traicionada por las acciones de su padre.

—Necesitamos prepararnos para mañana —dijo Catherine—. ¿Tienes un vestido?

—Estoy segura de que tengo algo que puedo usar. No va a ser un gran evento, así que tal vez uno de mis vestidos sea suficiente.

Ellen entró en la habitación entonces, atrayendo su atención. —Un pajarito me dijo que alguien necesita un vestido para su boda.

Rose suspiró. —Parece que todos sabían sobre mis próximas nupcias antes que yo.

—Yo no —dijo Catherine—. Aunque probablemente me estaba enterando al mismo tiempo que tú.

—Como tuve un poco de aviso previo, me tomé la libertad de seleccionar algunos vestidos entre los cuales puedes elegir.

Rose solo pudo mirar fijamente a la mujer que se hacía pasar por su doncella. —¿Exactamente desde cuándo sabes sobre esto?

La sonrisa de Ellen fue enigmática. —Desde esta mañana. Pero es asombroso lo que uno puede lograr cuando usa el nombre de Lord Brantford. No hace daño que él no haya puesto límites en lo que podemos gastar.

Catherine negó con la cabeza. —¿Quién eres tú? Apareciste de la nada, y ahora nos enteramos de que Lord Brantford te confía sus secretos.

Rose necesitaba cambiar de tema rápidamente. No le había dicho a nadie sobre la verdadera identidad de Ellen. Si la mujer hubiera querido que se supiera que era la hermana de Brantford, no se habría tomado la molestia de disfrazar su apariencia e intentar parecer mayor.

—No importa —dijo Rose, levantándose—. Tenemos un vestido que elegir. ¿Te gustaría ayudarme, Catherine?

Su amiga sonrió. —No podrás separarme de tu lado.

Rose se enganchó del brazo de su amiga, y juntas, el trío de mujeres se dirigió a su

habitación. Si iba a sobrellevar las horas hasta su boda, necesitaría concentrarse en la tarea que tenía entre manos. No podía permitirse distraerse preguntándose sobre su futuro con Brantford. Se ocuparía de él después de que estuvieran casados.

A PESAR de haberse reprendido a sí misma por no pensar en cosas que no podía controlar, los pensamientos sobre su próxima boda impidieron que Rose se durmiera durante un buen rato después de retirarse. Ellen había seleccionado una variedad de vestidos sencillos y elegantes, y Rose finalmente se había decidido por uno de color azul claro. Resaltaba su tez clara y su cabello castaño de manera agradable, pero no estaba cubierto de volantes ni encajes. Brantford se casaba con ella por razones prácticas, y lo último que quería era actuar como si fuera una tonta romántica.

Aunque en el fondo se sintiera así.

La mañana llegó demasiado pronto con una Ellen muy diferente despertándola. Apenas podía creer que la hermosa rubia fuera la misma mujer que se había hecho pasar por su doncella, aunque sabía que la hermana de Brantford había estado usando maquillaje para parecer mayor. No había sospechado que Ellen también había hecho algo con su figura, que ahora era tan esbelta como la suya.

Ellen insistió en ayudarla a vestirse a pesar de las protestas de Rose.

—Soy la misma mujer que te ha estado ayudando estos últimos días —dijo, descartando sus preocupaciones.

Cuando finalmente salió de su habitación, Catherine la esperaba en el pasillo. Después de un rápido abrazo y palabras de aliento sobre el futuro de su amiga —así como una mirada significativa en dirección a Ellen que le decía que Catherine exigiría conocer la historia detrás de la misteriosa mujer en algún momento—, Ellen se la llevó rápidamente. No le sorprendió que dos fornidos lacayos las escoltaran hasta su carruaje. Catherine y su hermana, Lady Overlea, también se encontraron escoltadas de manera similar a un segundo carruaje. Los jinetes cabalgaban junto a los dos carruajes, atrayendo la atención de los transeúntes en el camino.

El carruaje de Overlea lucía su escudo de armas, pero aquel en el que viajaban Rose y Ellen no tenía tal adorno. Rose se aseguró de mantener su rostro apartado de la ventana, odiando la atención que estaban atrayendo.

El viaje a la capilla fue corto. Rose siempre había soñado con tener una gran boda, pero por supuesto este evento apresurado solo tendría un puñado de invitados.

Una ola de tristeza la invadió cuando Lord Overlea le ofreció su brazo para escoltarla por el pasillo, pero la reprimió. Si iba a sobrevivir el día, no podía permitirse pensar en el hecho de que ninguno de sus padres estaba presente para verla casarse. En su lugar, sacaría fuerzas de las personas que la rodeaban.

Su mirada se centró en donde Brantford estaba de pie al final del pasillo, de cara al altar, mientras ella se dirigía a su lado. Le tomó un momento darse cuenta de que no conocía al hombre de cabello oscuro a su lado. Había asumido que Lord Kerrick actuaría como testigo de Brantford, tal como Catherine actuaba como el suyo. Quienquiera que fuese el hombre, sin duda lo vería más en el futuro si era amigo de su futuro esposo.

Tuvo otro momento de sorpresa cuando se dio cuenta de que Brantford había dispuesto que un obispo oficiara la ceremonia.

Cuando finalmente llegó al final del pasillo, Brantford se volvió y le sonrió. Sus

pensamientos se dispersaron y apenas escuchó lo que el obispo estaba diciendo. Cuando llegó el momento de repetir sus votos, tropezó con sus palabras. La mirada de Brantford era firme, pero captó un destello de algo en su expresión. ¿Preocupación, tal vez? No podía estar segura porque desapareció tan rápidamente.

Él tomó su mano y deslizó un anillo en su dedo anular, diciendo con esa voz deliciosamente rica suya:

—Con este anillo te desposo, con mi cuerpo te venero y con todos mis bienes terrenales te doto.

Un escalofrío la recorrió y no habría podido apartar la mirada de él aunque quisiera. No se le había ocurrido preguntarse sobre su noche de bodas antes de ese momento, pero ahora no podía pensar en otra cosa.

Sus pensamientos se aceleraron mientras el resto del servicio continuaba y tuvo que concentrarse para seguir lo que el obispo estaba diciendo. Demasiado pronto, él los guió para firmar el registro. Se le ocurrió mientras firmaba su nombre que no tenía idea de cuál era el nombre de pila de Brantford. Catherine y el desconocido firmaron como sus testigos, y luego el obispo los felicitó y le entregó una copia del acta de matrimonio. Miró el papel, frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de que Brantford había firmado su nombre con un garabato ilegible imposible de descifrar.

Tuvo que contener la pequeña burbuja de risa que amenazaba con estallar ante lo absurdo de su situación actual. Ni siquiera conocía el nombre de su esposo.

CAPÍTULO DOCE

BRANTFORD QUERÍA PREGUNTARLE a Rose qué estaba pensando mientras, juntos, salían de la capilla, pero por supuesto no lo hizo. Esperó pacientemente mientras ella se despedía de la familia que la había acogido cuando más necesitaba protección.

Esa tarea ahora recaía sobre él, y era una a la que se había comprometido de la manera más irrevocable.

Había tenido un momento de duda cuando Rose vaciló al repetir sus votos, recordando su confesión de que tenía sentimientos por otra persona. No pudo evitar preguntarse si ella estaba lamentando la pérdida de ese amor.

Esperaba no conocer nunca el nombre del hombre que había capturado su afecto, porque en ese momento Brantford no podía decir qué le haría. Mientras Rose no traicionara sus votos matrimoniales, él olvidaría que su novia había esperado casarse con otro.

El viaje en carruaje hasta su casa de la ciudad fue corto, y la presencia de Ellen ayudó a aliviar parte de la tensión que ahora existía entre él y Rose. Ni siquiera había tenido que pedir la ayuda de su hermana. Simplemente había entrado en el carruaje después de ellos y procedió a entablar conversación con Rose. Él se recostó y observó a la pareja, aliviado cuando el comportamiento de su nueva esposa pasó de una cautelosa desconfianza a una cómoda camaradería. Quizás algún día ella aprendería a estar relajada cuando estuvieran solo los dos.

Sus pensamientos se dirigieron a la noche que les esperaba, pero los apartó. A pesar de lo que todos pudieran pensar, no estaba hecho de piedra. No podría seguir actuando como si sus emociones no estuvieran en conflicto si empezaba a pensar en todas las cosas que quería hacer con Rose.

Su mirada se desplazó hacia la ventana cuando se detuvieron frente a su casa. Apenas había tenido la oportunidad de bajar del carruaje y ayudar a su esposa y hermana a descender cuando la puerta principal se abrió de golpe. Hizo un gesto de asentimiento a su mayordomo, sabiendo que el hombre había dispuesto que el personal se alineara a lo largo del vestíbulo para recibir a su nueva señora.

Le ofreció el brazo a Rose, y ella lo tomó con una sonrisa forzada. Imaginó que estaba más que un poco abrumada en ese momento. Apenas ayer se había enterado de que iban a casarse, y ya estaba entrando en su casa como Lady Brantford.

A pesar de ser agudamente consciente de la presencia de Rose a su lado, se prometió que mantendría la distancia y le daría el tiempo que necesitaba para adaptarse a su nueva posición y a él. La presencia de Ellen ayudaría hasta cierto punto. Ya no actuaría como doncella de Rose. Esa ficción solo había sido necesaria mientras Rose se quedaba con Lord y Lady Overlea. Con

suerte, Ellen no se daría cuenta de que él no tenía intención de acostarse con su esposa de inmediato. Había cosas que uno no necesitaba compartir con su hermana.

—Este es Miller —dijo Brantford cuando entraron en su casa, presentándole a su eficiente mayordomo—. Y la señora Warwick, el ama de llaves.

Rose murmuró unas palabras de saludo mientras los dos hacían una reverencia ante ella. La señora Warwick presentó al resto del personal, pero él sabía que Rose tardaría algún tiempo en familiarizarse con todos. Aunque Ellen había mencionado que parecía conocer a muchos de los sirvientes de la casa de los Overlea por su nombre, y no había estado con ellos mucho tiempo.

La señora Warwick se volvió hacia Rose cuando terminó con las presentaciones y despidió al personal.

—Le mostraré su dormitorio ahora, mi señora. Lucy será su nueva doncella, y ella la seguirá.

—Gracias —dijo Rose.

—Me temo que no hubo tiempo de organizar un desayuno de bodas —dijo Brantford, dándose cuenta solo entonces de que quizás Rose había querido uno, aunque la fiesta solo hubiera incluido al pequeño grupo que los había acompañado a la capilla.

La sonrisa que Rose le dio contenía más que un indicio de tristeza.

—No esperaba uno —dijo antes de volverse y seguir al ama de llaves hasta su dormitorio.

Dada la prisa de todo el asunto, Rose podría no haber esperado un desayuno de bodas, pero ahora deseaba haberlo pensado.

—Estará bien —dijo Ellen.

La interrupción de su hermana sobresaltó a Brantford de sus reflexiones. Ni siquiera se había dado cuenta de que ella seguía en el pasillo, merodeando detrás de él.

—Sé que esto es muy duro para ella.

—Sí, pero si hay algo que he aprendido en los últimos días es que tu nueva esposa es muy resiliente. Pero aun así, todo su mundo ha cambiado, y tan rápidamente. Estoy segura de que solo necesita algo de tiempo para adaptarse.

Brantford frunció el ceño.

—Difícilmente voy a subir corriendo las escaleras y exigir mis derechos maritales. Entiendo que Rose se siente muy vulnerable en este momento.

Ellen inclinó la cabeza de esa manera que tenía cuando intentaba adivinar los pensamientos de alguien. Siempre había hecho que Brantford se sintiera un poco incómodo cuando era más joven, y aún tenía el poder de ponerlo nervioso a veces.

—Lo has escondido, pero recuerdo al joven sensible que solías ser. Espero que quizás Rose lo haga salir de nuevo.

Brantford hizo una mueca exagerada.

—Ni lo menciones.

Ellen se rio.

—Solo el tiempo lo dirá, querido hermano.

Brantford observó cómo su hermana se alejaba. No sabía qué milagro quería Ellen que Rose realizara, pero dudaba mucho que fuera a ocurrir. El joven que Ellen parecía echar de menos había muerto hace mucho tiempo, algo por lo que estaba eternamente agradecido.

ESTABA a la deriva sin nada que la anclara en su lugar. Lo mismo había sucedido cuando su padre había confesado la traición y había puesto su mundo patas arriba. Entonces había tenido su

amistad con Catherine, cuya familia la había acogido en su casa cuando no había querido irse de Londres con su madre. También había llegado a considerar a Lord Kerrick como un amigo.

Pero ahora estaba sola en la casa de Lord Brantford. No se le había ocurrido preguntar si Ellen se quedaría con ellos. En su disfraz de señora Blackwell, era una viuda. Si eso también era cierto para Ellen, era posible que tuviera su propia casa.

Sabía que Ellen no iba a fingir ser su doncella para siempre, pero al menos la hermana de Brantford sabía lo que estaba sucediendo y Rose podía hablar libremente con ella. Lo mismo no era cierto de su nueva doncella, una joven que, a menos que Rose estuviera equivocada, apenas era mayor que sus propios dieciocho años.

Y luego estaba Brantford.

No parecía real que estuvieran casados. Ella se quedó mirando durante un minuto entero la copia del acta de matrimonio que el obispo le había entregado, tratando de convencerse de que no había soñado los acontecimientos de aquella mañana, mientras su nueva doncella se afanaba por su habitación.

Dada la razón detrás de su necesidad de casarse, no tenía idea de qué esperar de su nuevo marido. Durante la temporada, él nunca había dado muestras de haberla notado, por mucho que ella lo hubiera deseado. Había sido necesario un escándalo familiar para que él siquiera tuviera ocasión de mirarla.

Ahora estaban casados, pero ¿cómo procederían? No estaba fuera del reino de lo posible que la suya fuera una unión normal. Brantford era un conde, después de todo. Necesitaba continuar el linaje familiar. No habría desperdiciado su única oportunidad de asegurar un heredero con alguien a quien planeaba mantener encerrada a salvo, pero separada de él.

Por mucho que quisiera evitar la incomodidad de tal conversación, necesitaba hablar con él.

No se molestó en cambiarse de vestido. Después de depositar el papel que probaba que estaba casada sobre su tocador, dejó a la doncella desempacando su baúl y fue en busca de su marido. No le sorprendió encontrarlo en su estudio, con una alarmante cantidad de papeles esparcidos a su alrededor.

Parecía que a su nuevo marido no le había costado nada apartar su mente de ella y continuar con sus actividades normales. Una chispa de fastidio se encendió en su interior.

Él había levantado la vista de su lectura cuando ella entró en la habitación.

—¿Necesitabas algo? —preguntó, levantándose de su silla.

—Sí. Necesito hablar contigo.

Él arqueó una ceja, lanzando una mirada a los papeles esparcidos sobre su escritorio antes de volver a encontrarse con su mirada.

—¿Puede esperar esto?

—No.

Él la miró fijamente durante varios segundos, su expresión impasible. El hombre que había mostrado un atisbo de simpatía por ella no estaba por ningún lado. Con un gesto casual de su brazo, le indicó que se sentara.

—Aquí no —dijo Rose, conteniendo su temperamento—, donde tu atención está claramente dividida.

—Nadie me ha acusado nunca de estar distraído. Y puedo asegurarte que no es uno de mis defectos. Cuando elijo hablar con alguien, tienen toda mi atención.

La forma en que la miraba, el peso de su mirada atravesándola, no le dejaba ninguna duda sobre ese hecho. Parecía como si pudiera ver directamente a través de su alma.

—Muy bien —dijo ella, tomando el asiento que él le había indicado. No tenía sentido

comenzar esta discusión con una pelea. Ya era lo suficientemente difícil.

Él se sentó en su silla y apoyó las manos en los brazos del sillón, su mirada inquebrantable.

—¿Necesitabas hablar conmigo?

Rose dejó escapar un suave suspiro.

—Sé que nada te molesta nunca, pero me resulta más que un poco incómodo tener esta conversación contigo.

—No tenemos que hacer esto ahora. Tómate tu tiempo. Las cosas han estado cambiando a un ritmo rápido para ti. Imagino que tus emociones están en tumulto.

Las comisuras de los labios de Rose se elevaron en un simulacro de sonrisa que estaba lejos de sentir.

—¿Cuáles son tus sentimientos sobre... lo que ha estado pasando? —Se encogió ligeramente, odiando lo cobarde que sonaba la pregunta—. ¿Cuáles son tus pensamientos sobre nuestro matrimonio?

Él no movió un músculo, ni respondió, dejando a Rose adivinar lo que estaba pensando.

—Seguramente estarás de acuerdo en que necesitamos discutir esto.

—No necesariamente. Necesitabas a alguien que te protegiera, y yo estoy bien preparado para esa tarea. Nos llevamos bien juntos. Muchos matrimonios se han basado en mucho menos.

Esta vez Rose no pudo fingir cordialidad.

—¿Eso es todo?

Él volvió a levantar esa infernal ceja.

—¿Qué más esperabas?

Ella se levantó, pero antes de que pudiera empezar a pasearse, fulminó a Brantford con la mirada.

—No te levantes. Los próximos cuarenta años o más van a ser insoportables si continúas tratándome con indiferencia cortés.

Él vaciló, luego se relajó de nuevo en su asiento.

—¿No deseas que te trate con respeto?

—Ugh —dijo ella, dirigiéndose hacia la puerta para marcharse. Cambió de opinión y regresó, pero no se sentó. En su lugar, colocó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante, fulminando con la mirada al desconocido imperturbable al otro lado del papeleo que cubría su superficie—. Eres intolerable. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?

—Creo que puede haber surgido una o dos veces —Su boca se contrajo brevemente, luego volvió a su lugar.

Ella le señaló con un dedo.

—Eso fue una sonrisa.

—No tengo idea de qué estás hablando.

—Te he visto sonreír antes, aunque admito que es una ocurrencia rara, pero siempre cuando estás tratando de tranquilizarme. Pero esa fue una sonrisa de diversión en respuesta a algo que dije.

—Estás equivocada.

Se miraron fijamente durante varios segundos antes de que Rose se sonrojara y apartara la mirada, dudando repentinamente de sí misma. No, se dijo, irguiéndose en toda su estatura y encontrando de nuevo la mirada de Brantford. No empezaría a dudar de sí misma ahora. Había algo entre ellos, tenía que haberlo. Brantford no se habría casado con ella si fuera solo una mujer que necesitaba protección. El hecho de que lo hubiera hecho debía hablar de sus sentimientos, o al menos del hecho de que pensaba que tenían una oportunidad de tener un matrimonio exitoso.

Tenía que creer eso.

Aún estaba por determinar qué tipo de matrimonio sería.

—¿Te veré más tarde?

—Había planeado unirme a ti para la cena, sí. Si te aburres antes de eso, estoy seguro de que la señora Warwick estaría encantada de darte un recorrido por la casa. Y creo que Ellen está por algún lado. Desafortunadamente, tengo las manos llenas aquí.

Ella inclinó la cabeza.

—Por supuesto, milord. Y... ¿después de eso?

—¿Después de qué?

Ella se obligó a continuar.

—Después de la cena. ¿Debería esperarte esta noche? Somos recién casados, después de todo.

Él apartó la mirada brevemente, pero en ese momento, ella notó cómo se le tensaba la mandíbula. Su pregunta lo había sorprendido.

—Creo que ya has tenido suficiente con lo que lidiar recientemente.

Rose asintió.

—¿Por ahora? ¿O para siempre?

—Dejemos que nos conozcamos primero.

Rose volvió a asentir, satisfecha de que él no hubiera negado que el suyo sería un matrimonio real. Sin decir una palabra más, dejó a Brantford con su trabajo.

CAPÍTULO TRECE

ROSE NO ESTABA segura de que pudiera conciliar el sueño esa noche, pero después de haber descansado tan poco la noche anterior, cayó en un sueño profundo casi tan pronto como se retiró.

Cuando despertó, le tomó varios momentos recordar dónde estaba. Consideró darse la vuelta y volver a dormir, pero el sol de la mañana ya se filtraba por su ventana. Ahora estaba casada —con Brantford, por increíble que aún pareciera— y necesitaba comenzar como pretendía continuar. No se escondería. De hecho, esperaba que se acercaran más. Ciertamente lo suficiente como para convertirse en marido y mujer en más que solo el nombre.

Dejando de lado su decepción porque Brantford se había despedido fríamente de ella después de la cena la noche anterior, murmurando algo sobre tener más informes que revisar, arrojó las mantas y llamó a su doncella. Ya había olvidado el nombre de la chica, algo por lo que se reprendió. Normalmente era muy buena con los nombres, pero no había sido ella misma el día anterior. Necesitaba tomar el control de sus pensamientos errantes, ya que divagar no iba a lograr nada.

Cuando finalmente entró en el comedor media hora más tarde, se alegró de ver a Ellen allí. Había estado demasiado distraída el día anterior con pensamientos sobre su próxima boda como para hablar con Ellen adecuadamente cuando la ayudó a vestirse, y aprovechó la oportunidad para remediar ese descuido.

—Te ves increíble —dijo Rose, apresurándose hacia la otra mujer y tomando asiento junto a ella en la mesa. Sus ojos recorrieron el rostro de Ellen—. Todavía no puedo creer lo hábil que eres con el maquillaje. Si no lo hubiera esperado ayer por la mañana, no te habría reconocido. Apenas pareces mayor que yo.

Ellen se rio, y pequeñas líneas se arrugaron en las comisuras de sus ojos, revelando su verdadera edad.

—Me halagas indebidamente. Creo que es solo la sorpresa. Te aseguro que definitivamente soy mayor que tú.

—¿Por qué no te uniste a nosotros para cenar anoche? Temía que fueras a desaparecer y que nunca te volvería a ver.

Ellen la miró intensamente, y el calor comenzó a subir por sus mejillas. Lo cual era tonto, realmente, porque no había nada de qué avergonzarse. Desafortunadamente.

—Pensé que tú y mi hermano necesitaban algo de tiempo a solas.

Rose se puso de pie entonces, dirigiéndose al aparador para tomar un plato. Su mirada recorrió la alarmante cantidad de comida, pero solo tomó unos huevos revueltos y una rebanada de pan tostado. Hasta que sus nervios se calmaran, no estaba segura de poder retener más que

eso.

—Hablando de mi nuevo esposo, ¿dónde está? —preguntó cuando regresó a la mesa.

—Ya ha comido y ha salido. Dijo que tenía algunas reuniones a las que asistir.

Por supuesto que sí, pensó Rose, tratando de contener su decepción.

—Estoy segura de que es un hombre muy ocupado. Recuerdo que cada vez que lo veía en un baile o evento, ¡tenía casi tantos admiradores como yo! Tanto hombres como mujeres. Parecían rodearlo como abejas a la miel.

Ellen sonrió mientras tomaba un sorbo de té.

—¿Lo notaste, eh?

Rose se rio.

—Por supuesto que sí. Todo el mundo lo hace. Para lo que me sirvió. Era evidente que no quería tener nada que ver con las personas que reclamaban su atención, y creo que por eso la buscaban aún más.

—Eres muy perspicaz —dijo Ellen—. Así es como opera. Se aparta, actuando como si no le importara nada ni nadie a su alrededor, y por eso todos saltan para buscar su favor. —Ellen negó con la cabeza—. No sé cómo lo hace, en realidad. He intentado imitar ese comportamiento y no me ganó nada. Me volví invisible.

—Lo dudo mucho —dijo Rose—. A menos que estés tratando de parecer mayor y maternal, estoy segura de que atraes la atención dondequiera que vayas.

Ellen se rio.

—¿He mencionado cuánto me agradas? Eres muy buena para el ego.

Rose pensó que ahora era un buen momento para tratar de obtener un poco más de información.

—¿Te importaría responder algunas preguntas para mí?

Ellen dejó escapar un suave suspiro.

—Imaginé que querrías respuestas. Solo déjame fortalecerme —dijo, tomando otro sorbo de té. Cuando terminó, colocó sus manos en su regazo y se volvió completamente hacia Rose—. Responderé las preguntas que pueda. Pero me temo que si quieres detalles sobre mi hermano, tendrás que preguntarle a él.

Rose frunció el ceño.

—No, en realidad. Quería saber más sobre ti. No sé nada excepto que tu nombre es Ellen Blackwell, y ni siquiera sé si ese es tu verdadero nombre. O si estás casada.

Ellen desvió la mirada por un momento.

—Ese es mi nombre, técnicamente. En realidad, es Lady Laughton. Blackwell era el apellido de la familia de Lord Laughton.

Rose hizo un esfuerzo por recordar si había conocido al esposo de Ellen.

—No recuerdo haber conocido a Lord Laughton. ¿Cómo se siente él acerca de que te hagas pasar por doncella?

—No lo habrías conocido. Ahora soy la Vizcondesa viuda de Laughton. Al nuevo vizconde no le gustan los bailes y tiende a actuar como un ermitaño.

—Oh, lo siento mucho —dijo Rose—. Si te ayuda, estoy aquí si alguna vez necesitas hablar sobre ello o sobre lo que pasó. Difícilmente estoy en posición de difundir chismes, no es que lo hiciera antes de que mi familia se arruinara.

Ellen volvió a desviar la mirada.

—Tal vez algún día lo haga. No es un secreto que mi esposo murió en un accidente de caza hace dos años. Para ocupar mi tiempo desde su fallecimiento, ocasionalmente ayudo a mi

hermano cuando necesita que alguien se acerque a otra mujer. —Ellen se encogió de hombros y se volvió para mirarla de nuevo—. Mi hermano lo hace para mantenerme fuera de problemas.

El interés de Rose se despertó ante ese comentario críptico.

—Ahora me muero por saber todos los detalles.

—Sí, me lo imagino. Pero por ahora eso es todo lo que voy a compartir.

—Entiendo —dijo Rose, volviendo a su desayuno y terminando su tostada. Miró sus huevos pero no creyó poder comerlos después de todo.

—Sé que tienes mucho en qué pensar —dijo Ellen—. Aparte de revelar todos mis secretos más oscuros, que, si ambas somos honestas, sin duda descubrirás tarde o temprano, desearía saber qué decir para tranquilizar tu mente.

Rose le dirigió una mirada de reojo antes de tomar un sorbo de su propio té.

—Solo tenerte aquí me está ayudando enormemente. Y supongo que puedo pedirle a Catherine que venga de visita de vez en cuando, ¿verdad?

—Por supuesto. Ella es más que bienvenida aquí. Este es tu hogar ahora. No necesitas pedir mi permiso para nada.

—¿Pero debería pedírselo a Brantford?

Ellen arrugó la nariz.

—No para todo, no. Estoy segura de que será un ajuste para él tenerte aquí. Después de todo, han pasado algunos años desde que viví aquí, pero no te negará tus amistades.

Los ojos de Ellen se entrecerraron, y Rose tuvo la clara impresión de que su nueva cuñada estaba ocultando algo.

—Será mejor que me lo digas ahora —dijo Rose.

Ellen negó con la cabeza. —Me asombra lo observadora que eres para ser tan joven.

Rose se molestó un poco por ese comentario, pero no dijo nada ya que no era falso. Había debutado ese año, pero no podía evitar sentir que quizás era un poco demasiado joven para su marido. No estaba segura de cuántos años tenía él, pero debía tener al menos treinta. Se preguntó cuántos años más tendría Ellen que su hermano.

—Mi hermano puede ser un hombre difícil de conocer, así que voy a meter las narices donde no me llaman ahora mismo —dijo Ellen, interrumpiendo sus pensamientos.

Rose hizo un gesto con la mano. —Hazlo. Podría usar algunos consejos cuando se trata de mi marido.

—Brantford siempre ha sentido que tenía que probarse a sí mismo. Padre fue muy duro con él. Con ambos, en realidad. Nuestros padres no eran exactamente del tipo que mostraba afecto, pero fueron más duros con él ya que era el heredero.

Rose no dijo nada, pero no era como si tal crianza fuera poco común.

—Mi hermano tiene una cualidad indefinible, un tipo de carisma que atrae a la gente hacia él. Pero, y si le dices que te conté esto, lo negaré hasta mi último aliento, siempre ha sido tímido. Odiaba la forma en que la gente revoloteaba a su alrededor cuando, la mayoría de las veces, solo quería que lo dejaran en paz.

—¿En serio? ¿Brantford es tímido?

—Quizás ya no —dijo Ellen encogiéndose de hombros—, pero definitivamente lo era de niño y de joven. Sin embargo, ha aprendido a darle la vuelta y a usar su carisma en su propio beneficio. La gente *quiere* complacerlo, y es asombroso lo que harán para ganar su aprobación.

Rose frunció el ceño cuando se le ocurrió un pensamiento horrible. Ciertamente explicaría por qué su marido no había ido a verla la noche anterior. No estaba segura de querer saber la respuesta a su pregunta.

Tomó aire y preguntó: —¿Brantford tiene una amante?

Ellen pareció sorprendida por la pregunta. —No... Es decir, no lo sé con certeza, pero no lo creo.

—¿Qué te hace decir eso?

—No es como si fuera a discutir algo así conmigo, así que solo puedo adivinar. Pero no creo que tuviera un arreglo tan duradero con una mujer.

—Se casó conmigo, lo que estoy segura te sorprendió. A mí también. Es posible que no lo conozcas tan bien como crees. —El pensamiento la deprimió.

Ellen inclinó la cabeza y consideró su declaración. —Mi hermano ama sus secretos, y siempre sale a encontrarse con gente a horas extrañas del día y de la noche. Estoy segura de que ha tenido aventuras, pero ¿una amante a la que ha establecido y ve regularmente? Lo dudo mucho.

Rose apartó la mirada, sin querer discutir más el asunto. Esperaba que Ellen tuviera razón, pero ¿cuánto sabría la otra mujer sobre la vida privada de su hermano?

—No puedes rendirte con él, Rose.

La declaración de Ellen la sacó de sus pensamientos, y se volvió para encontrarse con la mirada de la mujer mayor.

—Déjame adivinar, aún no han consumado su matrimonio.

Si pudiera, Rose desaparecería a través del suelo. La simpatía en el rostro de Ellen era casi demasiado para soportar.

—No estoy segura de cómo sucedió, pero eres diferente. Mi hermano se preocupa por ti. No se habría casado contigo si no fuera así.

—Quería mantenerme a salvo...

—No puedo ni contar el número de veces que me ha pedido que me acerque a una mujer para obtener información para él, o para ayudar a mantenerla a salvo si estaba en peligro. Y ha habido al menos dos ocasiones en las que esas mujeres casi murieron por las amenazas que enfrentaron. Pero tú eres la única a la que ha permitido acercarse tanto.

Rose negó con la cabeza. —Quiero creer eso, pero... no sé qué hacer. ¿Cómo puedo averiguarlo cuando me mantiene a distancia?

—Se siente culpable, estoy segura. Siente como si se estuviera aprovechando de ti.

—Eso es absurdo.

—No si te dijo que se casaba contigo para mantenerte a salvo. Supongo que, durante esa conversación, no te dijo nada sobre sus sentimientos.

—No. Asumí que estaba siendo práctico sobre mi situación. Esperaba poder hacer que se preocupara por mí, pero no puedo hacer eso si no me permite acercarme a él.

Ellen extendió la mano para apretar la suya. —Tienes que ser implacable. Está tratando de ser noble, pero si quieres que este matrimonio sea real, tendrás que hacerle ver cuánto lo deseas.

Rose cerró los ojos brevemente. —Esto tiene el potencial de ser humillante.

—Sí, pero también tiene el potencial de ser maravilloso. Mi hermano merece ser feliz, al igual que tú. Sé que te preocupas por él, y es obvio para mí que él se preocupa por ti. Solo tienes que hacerle darse cuenta.

Rose consideró las palabras de la otra mujer mientras Ellen se levantaba y se excusaba. Había jugado a ser coqueta toda la temporada, pero de alguna manera se sentía diferente hacerlo con Brantford. ¿Y si la rechazaba? No estaba segura de que sobreviviría a la humillación. Pero ¿y si Ellen tenía razón y no lo hacía?

CAPÍTULO CATORCE

BRANTFORD NO HABÍA VISTO a Rose desde la cena de la noche anterior, pero era agudamente consciente de su presencia en su casa. No estaba huyendo exactamente cuando se marchó después de desayunar, ya que tenía gente a la que necesitaba ver. Pero había aprovechado la oportunidad para darse espacio.

La cena había sido un asunto incómodo. Se había comportado como si fueran meros conocidos, sin querer presionar indebidamente a Rose. Después de todo, ella apenas había tenido elección en el asunto de su matrimonio. Pero habían caído en silencios que eran más que un poco incómodos. Había esperado que la naturaleza extrovertida de Rose ayudara a aliviar esos momentos tensos. Por lo que había presenciado de su comportamiento hacia los demás, ella estaba lejos de ser tímida. El hecho de que no se hubiera sentido cómoda en absoluto le indicó que necesitaba esforzarse más.

No estaba acostumbrado a ser quien cortejara el favor de otra persona. Había vivido toda su vida con otros buscando su aprobación, y cuanto más reticente era en darla, más la buscaban. Por alguna razón, eso no estaba funcionando con Rose.

Se preguntó, por lo que parecía la millonésima vez, con quién Rose había esperado casarse en su lugar. De alguna manera, después de que todo este calvario con Standish y su padre terminara, tendría que ocuparse del asunto de cortejar a su propia esposa.

Era temprano en la noche cuando finalmente regresó a casa, y se preguntó si Rose ya había cenado.

Miller lo estaba esperando y le dio una mirada significativa antes de conducir a Brantford al estudio. El hecho de que el hombre quisiera privacidad para esta conversación puso todos sus sentidos en alerta máxima. Algo andaba mal, y su mayordomo no quería que su nueva señora los escuchara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brantford cuando Miller cerró la puerta del estudio detrás de ellos.

—Ha llegado un paquete para Lady Brantford.

No maldijo, pero quería hacerlo. Miró su escritorio y vio el paquete en cuestión descansando sobre su superficie. —¿Sabe quién lo envió?

—Me temo que no había dirección de remitente. Lo dejaron en la entrada. No sé cuánto tiempo estuvo allí antes de que fuera descubierto.

Brantford se acercó al paquete, que estaba envuelto en papel marrón común, con un simple cordel sosteniendo todo junto. Su mandíbula se tensó cuando vio que estaba dirigido a "Señorita Rose Hardwick". Dado que el paquete fue entregado en su puerta, el remitente habría sabido que

ahora era su esposa.

No tenía duda de que Standish estaba tratando de provocar una reacción en él. Sabría que Brantford no permitiría que su esposa abriera una entrega misteriosa.

—¿Ha visto esto Lady Brantford?

—No. Me aseguré de mantenerlo alejado de ella.

—Bien. —Brantford alcanzó un cuchillo delgado que guardaba en el cajón superior de su escritorio y cortó el cordel. El papel cayó revelando una caja blanca lisa. Levantó la tapa para encontrar otra caja dentro.

La irritación se encendió. Odiaba los juegos jugados por hombres que estaban tratando demasiado de ser inteligentes y misteriosos. Podía imaginar la alegría en el rostro de Standish mientras armaba el paquete y casi esperaba que, al final, no contuviera nada.

Sin embargo, no dispuesto a correr ese riesgo, abrió esa caja y la más pequeña dentro. Finalmente, dentro de la tercera caja, encontró un trozo de papel doblado y sin sellar. Lo abrió donde yacía dentro de la caja, su corazón tartamudeando cuando reveló un mechón de cabello color castaño.

—¿Dónde está Lady Brantford? —Su voz era más aguda de lo normal, pero dadas las circunstancias, difícilmente se podía esperar que mantuviera su aplomo habitual.

—Está arriba en su dormitorio. —Miller no preguntó qué había en el paquete; esperaría a que Brantford ofreciera voluntariamente esa información si era necesario. Pero claramente estaba desconcertado por la urgencia en la voz de su amo.

—Cierre todo eso y guárdelo bajo llave —dijo Brantford, dirigiéndose a la puerta sin mirar atrás.

Subió las escaleras de dos en dos, con el corazón acelerado. No era el cabello de Rose. No podía serlo. Si no se equivocaba, el tono era demasiado rojizo para pertenecer a su esposa. Aun así, si Standish había esperado provocar una reacción, lo había logrado. Brantford necesitaba ver por sí mismo que Rose estaba a salvo.

ROSE ESTABA en medio de escribir una carta a su madre cuando la puerta de su dormitorio se abrió de golpe. Sorprendida, manchó la tinta.

Suspirando, dejó a un lado su escritorio portátil y se volvió para ver quién entraría en lo que ella esperaba que fuera su dominio privado sin siquiera llamar. La última persona que esperaba ver de pie en la entrada era su esposo.

Había una mirada salvaje en sus ojos que la llenó de temor. Antes de que pudiera hablar, Brantford entró a zancadas en la habitación.

—Ponte de pie, por favor —dijo.

Algo definitivamente andaba mal. —¿Qué ha pasado? —preguntó, levantándose para enfrentarlo—. ¿Mi padre...? —Temía hacer la pregunta. No lo habrían ahorcado ya, ¿verdad? Seguramente Brantford se lo habría dicho y le habría permitido verlo primero.

—Suéltate el cabello.

—Me estás asustando, Brantford.

Él la ignoró, y cuando ella no se movió para hacer lo que le había pedido, él se movió para pararse detrás de ella y comenzó a deshacer su peinado él mismo. Ella permaneció en silencio mientras él trabajaba. Cuando terminó, extendió sus mechones entre sus manos. Ella miró por encima de su hombro y lo atrapó examinando un mechón.

—Por favor, dime por qué estás actuando de esta manera.

Brantford encontró su mirada, luego apartó la vista. En ese momento, su alivio era inconfundible. —Standish está jugando juegos. Quería que pensara que te había hecho daño de alguna manera.

Ella se volvió para enfrentarlo. —Tenías miedo.

Él encontró su mirada. —Sí.

Se quedaron así durante varios segundos, luego con un asentimiento en su dirección, se dio la vuelta para irse.

—¡Espera! —Salió un poco más fuerte de lo que esperaba, pero en el corto tiempo que había estado en su habitación, había llegado a preguntarse si Ellen tenía razón sobre que su hermano se preocupaba por ella. Y estaba claro que él tenía toda la intención de dejarla sola, de nuevo.

—Lamento haberte asustado, pero tenía que comprobar por mí mismo que estabas a salvo.

—Lo estoy —ella se acercó, luego tomó un respiro profundo y, antes de perder el valor, dijo —: No tienes que irte.

La expresión de él se cerró, y la confianza de ella flaqueó. A pesar de eso, continuó: —Estamos casados. No tienes que ser tan cuidadoso conmigo. Cuando acepté ser tu esposa, esperaba convertirme en una en todos los sentidos.

Él frunció el ceño. —Si crees que puedes manipularme como lo hiciste con aquellos que te rodeaban tan ansiosamente todo el año, deberías saber que no soy tan fácil de llevar.

Ella se lamió los labios, y un escalofrío de conciencia la recorrió cuando él siguió el movimiento. —Estaría perfectamente contenta de dejarte tomar la iniciativa.

Los ojos de él se oscurecieron, y ella se encontró conteniendo la respiración.

—No tienes idea de lo que estás proponiendo.

Ella se atrevió a dar otro paso hacia él y colocó una mano en su brazo. —¿Qué te hace pensar que soy inocente?

Era una mentira, por supuesto, y estaba bastante segura de que él lo sabía. Aun así, era posible que Brantford la tomara por su palabra. En cambio, él dio un paso atrás y ella dejó caer su mano a un lado.

Dividida entre el dolor y la ira, no se molestó en contener sus pensamientos. —Empezaba a pensar que tenías un mínimo de sentimiento escondido en algún lugar bajo esa fachada fría como el hielo. Pero es cierto lo que todos dicen. Tienes agua helada corriendo por tus venas.

A pesar de que estaban en su dormitorio, ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, necesitando alejarse de él. Solo logró dar dos pasos antes de que él extendiera la mano y agarrara la suya, deteniendo su avance. Por un momento estuvo dividida, consciente del calor de la mano de él envolviendo la suya. Su orgullo la instaba a tirar de su mano para liberarse de su agarre y salir de la habitación, pero su traicionero corazón esperaba que él hubiera cambiado de opinión.

Su corazón ganó y se volvió para enfrentarlo. Sin embargo, su orgullo no le permitiría arrojarse a sus brazos nuevamente.

—Has dejado abundantemente claro que el nuestro será un matrimonio solo de nombre.

En respuesta, él la atrajo más cerca. Apenas unos centímetros los separaban, y ella esperó, deseando que la acercara aún más pero esperando que le soltara la mano y se alejara de ella.

CAPÍTULO QUINCE

DEBERÍA HABERLA DEJADO PARTIR. Se había acercado a ella sin pensarlo conscientemente, y ahora que estaba tan cerca, anhelaba atraerla contra sí. Si fuera cualquier otra persona, no estaría teniendo esta lucha.

Pero no podía dejarla ir.

—Ojalá estuviera hecho de hielo. Entonces nada de lo que dijeras o hicieras me afectaría.

Sabía que admitir su debilidad con respecto a su esposa le daría poder sobre él. Un poder que normalmente no cedía a nadie.

El momento que siguió se extendió entre ellos, cargado de conciencia. El único sonido en la habitación era el de su respiración, que le sonaba inusualmente fuerte a sus propios oídos. Se dijo a sí mismo que soltara su mano y aflojó el agarre. Vio la comprensión en sus ojos de que iba a rechazarla. De nuevo. Vio el atisbo de derrota reflejado allí antes de que pudiera ocultarlo. Eso, más que cualquier súplica que pudiera haber hecho, lo hizo bajar la cabeza.

Solo probaría un poco de ella, luego haría lo que debía hacerse.

Pero cuando ella emitió un suave sonido de sorpresa satisfecha, uno que sonaba a rendición, y levantó los brazos para apoyar las manos en sus hombros, supo que estaba perdido. La agarró por las caderas y la atrajo contra su cuerpo.

Lo que comenzó como un simple roce de sus labios contra los de ella se profundizó hasta que prácticamente estaba saqueando su boca, saqueando dentro de sus profundidades tal como anhelaba surgir dentro de su cuerpo. Se habría apartado entonces, llamándose a sí mismo toda clase de nombres por tratar a Rose de tal manera, pero ella enterró las manos en su cabello y mordisqueó sus labios al retirarse.

—Ni se te ocurra parar ahora —dijo ella mientras reanudaba el beso.

Su tan alabado control fue desechado sin cuidado mientras amoldaba el cuerpo de ella contra el suyo. Podría haber gruñido, tan grande era su necesidad, pero en lugar de incitar miedo en ella, Rose respondió con un gemido entrecortado que hizo que su miembro endurecido se contrajera en anticipación de lo que estaba por venir.

Ya no había vuelta atrás, y en ese momento no le importaba.

Todo su mundo se centraba en la mujer en sus brazos. Ella encajaba perfectamente contra él, tal como siempre había sabido que lo haría. Tampoco era una doncella tímida, aunque no creía su mentira anterior sobre su inocencia. Pero su nueva esposa tenía una sensualidad natural que atraía todas las miradas masculinas. Que él fuera el primero en iniciarla en el mundo de la pasión era más de lo que jamás había esperado. Ciertamente era más de lo que merecía.

Sin embargo, aquí estaba ella, y él estaba cansado de alejarla. Esta noche se concentraría solo

en la mujer en sus brazos.

Las manos de ella estaban bajo su abrigo, sus ágiles dedos desabrochando los botones de su chaleco. Quería decirle que fuera más despacio, pero su sentido de urgencia despertó una desesperación similar en él. Si se detenían o se contenían, este momento podría no terminar donde ambos necesitaban que lo hiciera.

Y así, en lugar de detener sus movimientos, pasó las manos por los ganchos que descendían por la espalda de su vestido. No le llevó mucho tiempo, y estaba separando la tela justo cuando ella abría su chaleco y extendía las manos sobre su abdomen.

Gimió entonces, la sensación de sus manos, que descansaban justo encima de sus pantalones, provocando una locura temporal. Se detuvo solo un momento para preguntarse qué era exactamente lo que había en esta mujer que podía hacerle perder el control tan rápidamente. Muchas otras lo habían intentado —ciertamente no era un monje—, pero siempre había mantenido su distancia incluso mientras se derramaba dentro de sus cuerpos. Pero con Rose...

Sus pensamientos se hicieron añicos cuando ella bajó una mano para cubrir su dureza a través de los pantalones, y él apartó la boca de la de ella.

—Eres el mismísimo diablo —dijo, con la voz apenas por encima de un graznido.

—Si eso es lo que necesitas creer para tentarte a pecar, entonces estoy de acuerdo de buena gana.

Con eso, dio un paso atrás y dejó que su vestido cayera al suelo. —¿Prefieres mirar o tomar un papel más activo?

Sus dedos juguetearon con el borde de su camisola y su mente quedó en blanco. Todos los pensamientos sobre otros ya no tenían cabida aquí. Solo había una Rose deliciosamente sensual y él mismo. Y en ese momento no se contentaba con simplemente quedarse quieto y mirar. Ahora estaba completamente involucrado, y él sería quien la despojaría de su ropa.

Ella bajó la mano y lo observó mientras él se dedicaba a desatar el corsé que llevaba. Cuando liberó la prenda y la arrojó a un lado, una especie de locura se apoderó de él y levantó su camisola por encima de su cabeza, desesperado por desnudar el resto de su cuerpo.

Aún no la tocaba, su contención costándole más de lo que hubiera creído posible. Pero recordando sus palabras anteriores, se dio cuenta de que se contentaba con dar un paso atrás y observar esta última parte.

Rose estaba desnuda ahora salvo por sus medias.

—Quítatelas —dijo, sus ojos recorriendo su cuerpo. Le sorprendió que su voz fuera firme al dar la orden. Sus emociones eran todo menos eso. Quería arrancarle las medias del cuerpo, pero un pequeño vestigio de cordura había regresado, recordándole que a pesar de su bravuconería, Rose seguía siendo virgen. Quería que ella recordara esta noche para siempre, y no quería que esos recuerdos fueran de él tomándola salvajemente sin pensar en su placer.

Casi se tragó la lengua cuando ella se inclinó para hacer lo que le ordenaba, dándose cuenta de que había cometido un error. Debería haber dejado puestas las malditas medias. La visión de ella inclinándose ante él, su lengua deslizándose por ese labio inferior carnoso, le hizo ahogar un gemido.

Sin embargo, debió haber hecho algún sonido, porque Rose lo miró. Captó la incertidumbre en su expresión antes de que ella la enmascarara, y se dio cuenta de que estaba más nerviosa de lo que quería hacerle creer. Sus miradas se encontraron y se mantuvieron durante varios segundos antes de que ella apartara la vista y reanudara su tarea con movimientos rápidos y eficientes. En otra ocasión le haría repetir esta acción más lentamente, pero ahora estaba ansioso por moverse a la cama.

Acababa de quitarse el abrigo y el chaleco, sin molestarse en doblarlos meticulosamente como normalmente hacía, y los arrojó sobre una silla en un montón casual cuando ella se enderezó.

Rose era perfecta, suavemente redondeada en todos los lugares correctos, su cabello enmarcando su rostro y sus pechos en una rica cascada de color.

—¿Vas a desvestirte? —El temblor en su voz era leve pero inconfundible. Él sabía que gran parte de ello se debía al calor que fluía entre ellos, pero había un atisbo de miedo debajo. No, no era miedo. Ella deseaba esto tanto como él. Pero sería su primera vez, y ¿qué mujer no estaría pensando en el dolor que estaba por venir?

Entonces él la alcanzó, atrayéndola a sus brazos, y ella vino voluntariamente. Ella levantó la cabeza mientras él bajaba la suya, sus bocas encontrándose en un choque casi violento.

La exploró entonces, una mano bajando para acariciar, luego acunar su pecho mientras la otra agarraba su cadera y la arrastraba firmemente contra él. Cuando movió esa mano más abajo y levantó su pierna alrededor de su cadera para poder presionar su dureza contra su centro, el gemido de ella lo atravesó como un incendio.

Esta vez fue casi imposible dar un paso atrás.

—A la cama —dijo él, otro escalofrío de anticipación recorriéndolo mientras ella se apresuraba a obedecer. Hizo un trabajo rápido con el resto de su ropa, consciente de que ella observaba cada uno de sus movimientos. Cuando se enderezó de nuevo después de quitarse los pantalones y la ropa interior, Rose no ocultó su jadeo.

Era grande, sí, pero ella no tendría base para comparar. Al menos esperaba fervientemente que ese fuera el caso. Nunca antes le había importado cuántos amantes habían tenido sus compañeras de cama anteriores, pero de repente era de vital importancia para él ser el primero de Rose.

Alejó ese pensamiento y se tumbó en la cama junto a ella, extendiendo la mano para atraerla hacia sí. El impacto de su carne contra la suya fue una dulce locura.

—No tengas miedo —dijo, mirando fijamente sus hermosos ojos azules, deseando que ella escuchara lo que había dejado sin decir. Que tendría cuidado, que se aseguraría de que ella disfrutara de su unión.

Comenzó su exploración con un beso, pero no pasó mucho tiempo antes de que arrastrara su boca por el lado de su garganta y sobre su pecho, tomando un pezón en su boca. No podía dejar de mirar su rostro, tratando de medir sus respuestas. Se detendría si ella diera alguna indicación de que había cambiado de opinión, pero no esperaba que eso sucediera. En realidad, estaba buscando su confirmación de que estaba disfrutando esto tanto como él.

Cuando ella enredó sus dedos en su cabello, él cambió y le prestó atención al otro pecho, sus manos vagando más abajo. Dudó cuando llegó al ápice de sus muslos, necesitando su aprobación antes de continuar. Ella se mordió el labio, lo que le arrancó un gemido a él, y asintió.

Cuando tocó su centro, se sintió aliviado al encontrar que ya estaba húmeda para él.

—¿Se supone que debe ser así? —preguntó ella con un gemido bajo.

Él no pudo contener la sonrisa que se extendió por su rostro. —Solo si el hombre realmente se preocupa por dar placer a su pareja.

—¿Y tú te preocupas?

Sus ojos se encontraron y se mantuvieron fijos, su cuerpo congelado sobre el de ella.

—Sobre esto, sí —dijo finalmente.

—¿He... —Ella apartó la mirada rápidamente, luego pareció recomponerse y lo miró de nuevo—. ¿He arruinado las cosas?

Él la besó suavemente. —Imposible.

—Entonces, por favor, no te detengas.

Una necesidad pura y sin adulterar lo atravesó. —No tengo intención de detenerme.

Intentó ir despacio, extraer cada gota de alegría de este momento. Esta noche sería la primera de muchas noches juntos, pero haría todo lo posible para que fuera especial para ella. Para imprimirse en su mente y cuerpo, tal como ella lo estaba haciendo con él. Cada gemido, cada toque tentativo, solo servía para aumentar su necesidad de ella.

Usó sus manos y su boca, ayudándola a alcanzar su clímax dos veces antes de finalmente entrar en ella. Cuando lo hizo, necesitó cada gramo de fuerza de voluntad que poseía para no embestirla como un animal. Rose había jugado a ser una seductora muchas veces, pero sus instintos habían resultado correctos. Ella era virgen, y él odiaba haberle causado aunque fuera un momento de dolor.

—Lo siento —murmuró antes de besarla de nuevo.

—No —dijo ella, y él se quedó quieto, alejándose para mirarla. Ella tocó su mejilla, acunándola, con una mirada de asombro en su rostro—. Nunca te disculpes por esto.

Las palabras le fallaron, así que comenzó a moverse entonces. Ella dejó escapar un "oh" sin aliento, dejando caer su mano para aferrarse a su hombro. Su otra mano agarró su trasero, instándolo a ir más rápido.

Terminó demasiado rápido, pero al menos no se había avergonzado. Había aguantado hasta que ella alcanzó su clímax.

Mientras se quedaba dormido, con una Rose contenta y somnolienta aferrada a él, tuvo un sorprendente momento de claridad.

Si no tenía cuidado, podría encontrarse rompiendo todas sus reglas cuidadosamente construidas por esta mujer al permitirle entrar en su corazón.

UNA FELICIDAD pura y simple se asentó sobre Rose. No creía que pudiera moverse de su posición aunque quisiera. Yacía acurrucada contra Brantford, su cabeza sobre su pecho mientras él la abrazaba. Una mano cálida agarraba su brazo, la otra acariciaba su espalda de arriba abajo.

—¿Brantford?

La mano en su espalda se detuvo y Rose contuvo la respiración, preguntándose si su marido se alejaría de ella. Finalmente, después de varios segundos, él continuó acariciándola.

—¿Sí?

Ella levantó la cabeza y lo miró directamente. —¿Cuál es tu nombre de pila?

Por un momento, pensó que no se lo iba a decir. Entonces, finalmente, él dijo: —Lucien.

—Lucien. —Ella dejó que el nombre se asentara en su mente, disfrutando la forma en que rodaba en su lengua. Sabía que significaba luz, y se dio cuenta de que eso era lo que él era para ella. Su luz en la oscuridad, guiándola a través del caos turbio en el que se había convertido su vida—. Me gusta.

—Nadie me llama así.

—¿Ni siquiera tu hermana?

—Especialmente no mi hermana.

Su vehemencia la sorprendió. —¿Por qué no? Ella es mayor que tú, y solo heredaste tu título después de que tu padre falleciera. Sería natural que te llamara Lucien cuando estáis solo los dos juntos.

Él presionó una mano contra la parte posterior de su cabeza, guiándola de vuelta a descansar sobre su pecho. Ella pensó que la conversación había terminado y estaba a punto de quedarse dormida cuando él dijo: —Si quieres, puedes llamarme así. Pero solo cuando estemos solos. Tengo una reputación que mantener.

Si fuera posible, el corazón de Rose se derritió aún más. Acababan de compartir el acto físico del amor, pero esto... Brantford —no, Lucien— le estaba abriendo su corazón. Él no lo sabía, por supuesto, y lo había expresado en términos que sugerían que solo la estaba complaciendo. Pero ella sabía que le estaba permitiendo una intimidad que no compartía con nadie más.

—Buenas noches, Lucien —dijo, dejando caer un beso en su pecho antes de cerrar los ojos y quedarse dormida.

No supo si el beso que sintió que él depositaba en la parte superior de su cabeza era real o el comienzo de un sueño agradable.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ROSE Y ELLEN entraron juntas al comedor la mañana siguiente. Su hermana le lanzó una sonrisa pícara, pero Brantford la ignoró. Ellen había estado intentando provocarlo demasiado últimamente.

Observó a su esposa mientras las dos se dirigían al aparador para llenar sus platos, charlando sobre el clima. No podía creer que había pasado toda la noche en la cama de su esposa, algo que nunca había hecho antes con ninguna de sus amantes. Pero entonces, rara vez había visto a la misma mujer más de una vez, odiando lo pegajosas que podían volverse ante el menor estímulo. Le desconcertaba no tener tales reparos cuando se trataba de Rose.

Después de la intimidad que habían compartido, se resistía a sacar el tema de su padre y arruinar su buen ánimo. Pero la realidad no podía mantenerse a raya, y si algo era él, era práctico.

—Necesitamos hablar con tu madre —dijo cuando estuvieron sentados.

Rose, que solo le había echado un vistazo breve al entrar en la habitación, encontró su mirada. Había una nueva confianza en ella que le resultaba casi irresistible. Debería molestarle lo fácilmente que lo había envuelto alrededor de su dedo. Parecía que era exactamente como todos los otros hombres que habían competido por su atención durante la temporada.

—He empezado a escribirle una carta, pero me interrumpieron. La terminaré hoy.

Ellen dejó escapar una pequeña risa burlona cuando Rose mencionó haber sido interrumpida, y él la miró severamente. Seguramente Rose no le habría contado lo que había ocurrido entre ellos.

Dejando de lado ese pensamiento incómodo, continuó:

—No, me refiero a que necesito hablar con ella en persona sobre tu padre, y quiero que vengas conmigo. Ya le he enviado noticias de nuestro matrimonio, y estoy seguro de que querrá verte en persona.

Un destello de irritación apareció en la expresión de Rose.

—No voy a permitir que me dejes con ella mientras tú sigues investigando este asunto.

Brantford tomó un sorbo de su té antes de responder.

—Ni pensarlo. Solo puedo imaginar en qué tipo de problemas te meterías por tu cuenta. No, planeo mantenerte a mi lado donde pueda vigilarte.

Los ojos de Rose se suavizaron, y él se encontró sonriéndole en respuesta. La risa ligera y cristalina de su hermana interrumpió el momento íntimo que se había desarrollado entre ellos.

—Oh, ustedes dos son simplemente adorables. Me aseguraré de tener mis cosas empacadas de inmediato. ¿Cuándo nos vamos?

Brantford miró con furia a Ellen.

—Tú no vienes con nosotros.

—Pero... —comenzó Rose.

—Lo último que necesito es a mi hermana observando cada uno de mis movimientos, haciendo pequeños comentarios sarcásticos sobre nuestro matrimonio —Apenas contuvo un pequeño escalofrío ante la idea. Podía decirse a sí mismo que Ellen realmente no sabía nada, pero eso cambiaría si los acompañaba. Después de todo, no era como si planeara conseguir habitaciones separadas para ellos en la posada.

Ellen se reclinó en su silla, con las comisuras de los labios levantadas en un gesto pequeño y satisfecho.

—Estoy segura de que puedo mantenerme ocupada en la ciudad mientras ustedes dos están fuera. El Duque de Castlefield todavía está en la ciudad, después de todo. Y no creas que te he perdonado por no decirme que estaría en tu boda.

—Deja en paz al pobre hombre, Ellen. ¿No has hecho ya suficiente?

Rose miró de uno a otro mientras hablaban.

—¿Ese era quien estaba contigo, Lucien? ¿No es él el hombre al que llaman el Duque Inapropiado? Había todo tipo de rumores sobre él, pero no creo haberlo visto antes de nuestra boda.

—Eso es porque mi malvada hermana prácticamente lo ha alejado de la sociedad educada.

Ellen cruzó los brazos y sonrió.

—Puede que haya sido la fuente de uno o dos pequeños rumores... y reclamaré el crédito por el nombre.

Rose se llevó las manos a la boca.

—¿No lo hiciste? ¿Eres la razón por la que todos lo llaman así?

—En efecto —dijo Brantford, sintiendo más que un atisbo de lástima por el hombre que consideraba su amigo más cercano. Él había cultivado su propio apodo de Conde Indiferente porque le convenía en sus tratos, pero Castlefield había sido marcado como el Duque Inapropiado por su hermana, y le había causado todo tipo de problemas. Los rumores sobre él habían surgido aparentemente de la noche a la mañana, y a pesar de sus protestas en contra, sabía que Ellen tenía parte en la mayoría de ellos.

—¿Qué rumores son ciertos? Algunos parecen contradecirse entre sí, y confieso que tengo más que un poco de curiosidad.

—No —dijo Brantford, mirando furiosamente a su hermana—. No vas a involucrar a mi esposa en tus maquinaciones contra el Duque. Ya eres lo suficientemente mala por tu cuenta. ¿No crees que ya es hora de que lo dejes en paz?

Ellen levantó un hombro, pero su expresión no cambió.

—No le haré nada. Bueno, nada que le cause un daño irreparable.

Podía ver que Rose estaba ansiosa por pedirle a Ellen todos los detalles.

—Pensé que no te involucrabas en chismes.

—¿Es chisme si estoy hablando con la fuente? Seguramente Ellen tiene una razón para sus acciones.

—No importa. Nos iremos mañana, y pensé en llevarte a visitar a tu padre más tarde hoy.

Rose se distrajo instantáneamente de discutir los planes de su hermana, pero esa no era la razón por la que había hecho la oferta. La sonrisa en su rostro era toda la recompensa que necesitaba.

—Pensé que no se me permitía verlo de nuevo.

—No sin mí, no. Pero dadas las circunstancias, no creo que haya ningún daño —Lo que no

dijo fue que ya la había puesto en mayor peligro cuando habían visitado a su padre juntos. Pero mientras permaneciera a su lado, ella estaría a salvo. Él se aseguraría de ello.

CAPÍTULO DIECISIETE

SU CARRUAJE PARTIÓ temprano a la mañana siguiente, traqueteando por las calles de Londres. Rose trató de no preocuparse por la razón de los jinetes que los acompañaban. Brantford le había dicho que la mantendría a salvo, y ella confiaba en él.

La primera noche que habían pasado juntos había sido más de lo que ella podría haber soñado. Pensó que quizás eso señalaba un cambio en su relación, pero Brantford no había ido a verla anoche. Si tenía que provocarlo para que le prestara algún tipo de atención, lo haría. Por ahora. Pero sabía que se cansaría de eso muy rápidamente.

¿Era su marido capaz de cambiar? Había vuelto a ser la persona distante que siempre había conocido después del desayuno de ayer por la mañana. En este momento, estaba sentado frente a ella en el carruaje, enterrado detrás del *Times*. Varios periódicos más yacían apilados en el asiento junto a él. Al menos no había traído ningún informe consigo.

—¿Lucien?

Brantford asomó la mirada por encima del periódico. Sus ojos se entrecerraron, y ella supo que estaba tratando de adivinar qué iba a preguntarle.

—Tengo una pregunta.

Dobló el periódico y lo colocó encima de los otros papeles. —Me lo imaginaba. No necesitas anunciarlo.

Ella arrugó la nariz. —Muy gracioso. Estaba tratando de llamar tu atención primero.

—La tienes.

Su mirada se deslizó hacia el escote de su vestido y un calor la recorrió. ¿Estaría recordando la noche en que habían consumado su matrimonio? Ella había sido incapaz de pensar en poco más.

—¿Crees que el cochero puede oír nuestra conversación?

Su marido alzó una ceja. —¿Con el ruido de las ruedas sobre los adoquines? Lo dudo. ¿Por qué?

Ella se inclinó hacia adelante y se lamió los labios. La mirada de Brantford se movió de sus ojos a su escote nuevamente antes de volver a su rostro. Rose apenas contuvo una sonrisa de satisfacción.

—Esta primavera pasada, escuché un rumor.

Sus cejas se juntaron. —No voy a participar en atormentar a Castlefield. Mi hermana ya ha hecho suficiente.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. No esos. Sé que necesitaré hablar directamente con Ellen para saber por qué le desagrada tanto Su Gracia.

—Rose... —No necesitó expresar el resto de su advertencia.

—Este era un relato completamente diferente.

Él exhaló, lo que ella tomó como señal de que estaba rompiendo su reserva distante.

—Adelante, pregunta, pero no puedo garantizar que tendré respuestas para ti.

Ella frunció el ceño. Él no había negado que supiera sobre el rumor en cuestión, solo que quizás no pudiera darle más información. Sabía que Brantford estaba lleno de secretos, pero estaba bastante segura de que podría sacarle este.

—No compartiré nombres porque sé lo que es que la gente murmure sobre uno. Incluso cuando el chisme es cierto, sigue causando dolor.

Él alzó una ceja y esperó.

—Es solo que, bueno... —Tragó saliva y se obligó a continuar. Era tonto ser tímida al discutir esto con su esposo dado lo que ya habían compartido—. Había un rumor sobre cierto lord y cierta lady teniendo... relaciones íntimas. —Cuando Brantford no respondió, ella continuó —. En un carruaje.

Su ceja se bajó y permaneció en silencio durante varios segundos. Cuando finalmente habló, volvió a ser su yo compuesto normal. —¿Qué es lo que deseas saber? ¿Si es cierto? Sería difícil confirmarlo sin los nombres de los individuos en cuestión.

Ella negó con la cabeza otra vez. —No me importa si es cierto. Solo me preguntaba si era *posible*. ¡Quiero decir, en un carruaje!

Los labios de Brantford se curvaron con diversión, un brillo en sus ojos hizo que el corazón de Rose saltara un latido. —Definitivamente es posible.

Ella soltó un lento suspiro. Una timidez inexplicable la hizo dudar antes de reunir su coraje. —¿Lo es? ¿Crees que... podrías mostrarme?

El calor que entró en los ojos de Brantford ante su petición la hizo sentir como una descarada. Pero, ¿a quién engañaba? Cuando se trataba de su marido, una noche había sido suficiente para mostrarle que anhelaba su toque.

La decepción la inundó cuando él se volvió hacia la ventana, pero duró poco cuando lo vio cerrar la cortina. Ella se apresuró a hacer lo mismo con la otra ventana antes de volverse para mirarlo. Se había acomodado de nuevo en el banco frente a ella, sus ojos intensos mientras la miraba fijamente.

—Había planeado darte tiempo para que te ajustaras al lado físico del matrimonio.

—Por eso no viniste anoche.

—Así es —dijo con una ligera inclinación de cabeza—. Nunca imaginé que serías tan... curiosa.

Ella se lamió los labios de nuevo, la confianza surgiendo a través de ella cuando Brantford siguió el movimiento. Sabía que él no acogería un exceso de emoción, pero quería que supiera cuán equivocado estaba en sus suposiciones. —Me decepcioné cuando no te vi.

Él continuó observándola, sus ojos normalmente pálidos oscuros en la tenue luz del carruaje. Ella esperó, sabiendo que su paciencia sería recompensada. Brantford no habría cerrado las cortinas si pensara negar su curiosidad.

Después de lo que pareció una eternidad, se levantó y se movió para sentarse junto a ella en el banco. Ella se giró para mirarlo, el deseo obstruyendo su garganta ante la forma intensa en que la miraba. Era tan diferente a su comportamiento normal, pero ya había visto este lado de él cuando habían consumado su matrimonio.

—Lucien...

Él bajó la cabeza, cortando lo que fuera que iba a decir cuando tomó su boca en un beso

apasionado. Rose hizo un ruido ansioso mientras se acercaba más y se acomodaba en su abrazo. Sintió los músculos moverse en sus brazos, y su mundo se inclinó de lado antes de que se diera cuenta de su intención. Se encontró sentada de lado sobre su regazo.

Él se echó hacia atrás y la miró, sus ojos casi negros ahora. —Usted, Lady Brantford, es peligrosa.

Un escalofrío de deleite la recorrió por la forma en que la miraba como si quisiera consumirla por completo.

—Podría decir lo mismo de ti.

Una comisura de su boca se elevó.

—En efecto —dijo antes de bajar la cabeza nuevamente para reclamar su boca.

Ella estaba disfrutando la manera en que él parecía decidido a devorarla, primero moviendo sus manos para aferrar sus hombros, luego para enredar sus dedos en su cabello rubio. Se maravilló de lo suave que era, tan en contraste con los duros planos de su pecho y los músculos de sus brazos y piernas.

Sus manos se movían arriba y abajo por su espalda, pero ella no se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que su corpiño se aflojó. Él empujó su vestido hacia abajo por sus hombros y luego se puso a trabajar en su corsé. Ella no había creído que fuera posible hacer el amor en un carruaje, aunque había esperado que Brantford le demostrara lo contrario. Estaba haciendo exactamente eso.

Ansiosa por sentirlo, apartó su boca de la de él y se dedicó a desabotonar su chaleco. Su respiración era entrecortada, pero la de él también. Él había tenido ventaja, y Brantford ya le había quitado el corsé cuando ella llegó al último botón y comenzó a deshacer su corbatín. Ella emitió un pequeño sonido de angustia mientras forcejeaba con el nudo, y las manos de su esposo se elevaron para cubrir las suyas.

—Déjalo —dijo él.

Refunfuñando en respuesta, ella arrastró sus manos por su pecho y abdomen, luego, tomando puñados de su camisa, tiró del material fuera de sus pantalones. Deslizó sus manos bajo la tela, acariciando su piel acalorada. Brantford dejó escapar una risa áspera.

—Había pensado ir despacio.

—He estado esperando meses por ti. Creo que eso es lo suficientemente lento. —Se dio cuenta de lo que había revelado tan pronto como las palabras salieron de su boca. Apartó la mirada, avergonzada.

Brantford colocó sus manos a cada lado de su rostro y la hizo volverse hacia él.

—¿Meses?

Él no la dejaría esconderse, así que optó por cerrar los ojos.

—Mírame, Rose.

No fue tanto la exigencia como la forma en que sus pulgares acariciaban sus mejillas y trazaban sus labios lo que la hizo abrir los ojos de nuevo. Su mirada era intensa, y ella casi podía sentirlo alcanzando las profundidades de su alma.

—Sí, meses. Puede que haya tenido un leve enamoramiento contigo desde que llegué a Londres al comienzo de la temporada.

Sus dedos se detuvieron, pero mantuvo su rostro acunado en sus manos.

—Me hiciste creer que tenías sentimientos por alguien más. Asumí que nuestro matrimonio era una decepción para ti.

—No, no lo era. Era todo lo que siempre había soñado. Especialmente ahora que ya no te mantienes distante de mí.

Quería decirle que lo amaba, pero era demasiado pronto. Su esposo casi nunca revelaba sus emociones. No le agradaría la idea de que su esposa suspirara por él como una colegiala tonta. Tendría que demostrarle que era tan sofisticada como las mujeres con las que sin duda se relacionaba para satisfacer sus deseos. Porque si había algo que había aprendido, era que él no era un novato en el arte de hacer el amor.

—No sé qué decir.

Ella le sonrió, decidida a no permitir que su vergonzosa confesión se interpusiera entre ellos.

—No digas nada. Solo continúa con lo que estábamos haciendo. Creo que estaba a punto de hacer esto...

Comenzó a desabotonar sus pantalones, pero él mantuvo su rostro inclinado hacia el suyo. Cuando ella alcanzó el interior para acariciar su dura longitud, él cerró los ojos y bajó la cabeza para besarla de nuevo.

—Que nunca se diga —murmuró contra su boca— que no haría todo lo que estuviera en mi poder para satisfacer la curiosidad de mi esposa.

Su mundo volvió a ponerse de cabeza, y ella dejó escapar un pequeño grito de sorpresa. Cuando todo se asentó, estaba acostada de espaldas en el banco del carruaje, con su esposo sobre ella. Su sonrisa era decididamente maliciosa y amenazaba con robarle el aliento.

—Mi curiosidad no conoce límites —dijo ella, deleitándose con este lado inesperadamente juguetón de su esposo.

—Bueno, entonces, quizás deberíamos empezar.

Ella solo pudo gemir en respuesta mientras su esposo procedía a despojarla de su ropa. Ni siquiera le importó que él se hubiera dejado puesta la mayor parte de la suya cuando finalmente se introdujo en ella.

—Lucien...

—Sí, Rose —respondió él sin disminuir sus movimientos.

De alguna manera, ella contuvo su confesión de amor. No era el momento todavía, pero con suerte pronto podría compartir sus sentimientos con su esposo. Si el destino era benévolo, tal vez algún día él llegara a corresponderlos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

ERA TARDE cuando finalmente llegaron a la finca de su tía en Essex. Habían cambiado de caballos en una posada en el camino, deteniéndose solo para almorzar y cenar. Brantford había querido pasar la noche en la posada donde habían comido, preocupado por su comodidad, pero ella había insistido en continuar ya que estaban cerca de su destino.

Sin embargo, Rose se tomó el tiempo para arreglar su ropa y cabello antes de partir para la etapa final de su viaje. Lo último que quería era ver a su madre de nuevo luciendo desaliñada. Incluso si su madre no adivinaba lo que ella y Brantford habían estado haciendo en el carruaje —¡dos veces, nada menos!—, Mamá se preocuparía de que el estrés de su situación actual le hubiera causado tanta angustia que Rose se hubiera permitido descuidarse. Lo último que quería hacer era causarle a su madre alguna pena adicional.

El mayordomo de su tía apenas había tenido tiempo de abrir la puerta cuando su madre ya se apresuraba hacia el vestíbulo.

—Me alegro tanto de verte, Rose —dijo Lady Worthington, envolviéndola en un abrazo—. Estaba muy preocupada por tu decisión de quedarte en Londres.

—Estoy bien, Mamá —dijo Rose, preocupada por las ojeras bajo los ojos de su madre. La siguió hasta la sala de estar—. ¿Dónde está la tía Augusta?

—Quería darnos unos minutos a solas antes de darles la bienvenida a ambos. Sabe lo preocupada que he estado por ti.

—Lord y Lady Overlea me cuidaron. Y como has oído, Lord Brantford ha asumido ese papel desde entonces.

Lady Worthington se secó los ojos con un pañuelo de lino y le dio a Brantford una sonrisa llorosa.

—Es más de lo que esperaba, especialmente después de que terminó tu compromiso.

—Sé que no aprobabas mis acciones, pero no podía casarme con Lord Kerrick cuando él estaba enamorado de mi mejor amiga. Y como ves, todo ha salido para mejor —Su madre parecía poco convencida, así que Rose tomó sus manos y la sentó en el sofá a su lado—. No estoy tratando de tranquilizarte. Soy feliz.

Lady Worthington se volvió entonces hacia Brantford, quien se había acomodado en un sillón.

—Las palabras no pueden expresar cuán agradecida estoy con usted, milord. Cuando todos nos abandonaron y cuando mi obstinada hija terminó su compromiso, estaba segura de que nunca encontraría a alguien que le ofreciera su protección.

—Subestima a su hija si pensó eso. Cualquier hombre se consideraría el más afortunado de

los hombres al tenerla a su lado.

Rose solo pudo mirar fijamente a su esposo, preguntándose si estaba hablando desde el corazón o solo tratando de tranquilizar a su madre. Sin embargo, parecía disfrutar de su compañía, y le había dicho que no planeaba dejarla aquí e irse. Tal vez sí se preocupaba por ella.

Más probablemente estaba dejando que su imaginación se desbocara.

—Estamos aquí, Mamá, porque Brantford está ayudando a Papá. Él confesó porque nuestra seguridad estaba amenazada. Brantford podría ser capaz de limpiar su nombre si puede descubrir evidencia que demuestre que no fue Papá quien vendía secretos a los franceses.

Los ojos de su madre se abrieron mientras Rose hablaba, y se volvió hacia Brantford.

—¿Es eso cierto? ¿Puede probar su inocencia?

Si ella sospechaba que su esposo no estaba siendo completamente sincero sobre cómo la veía para tranquilizar a su madre, sus siguientes palabras dejaron claro que ese no era el caso. Brantford no estaba haciendo promesas sobre el resultado de su tarea actual solo para calmar sus sensibilidades.

—Espero descubrir la verdad, nada más. Su esposo confesó traición, pero tengo razones para creer que no pasó información conscientemente que pudiera dañar a Inglaterra. Me dice que tiene correspondencia en su finca que podría ayudar a probarlo. Nos dirigiremos allí a continuación, pero primero me dijo que usted tiene su diario.

Esta era la primera vez que Rose oía hablar de un diario, y sintió una pequeña punzada de traición porque él no le hubiera dicho la verdadera razón por la que quería hablar con su madre. Pero no debería haberse sorprendido al saber que le estaba ocultando cosas. Después de todo, Brantford operaba bajo una nube de secretismo.

—Lo tengo —dijo Lady Worthington—. No sé si ayudará, pero pueden tomarlo.

Brantford arqueó una ceja.

—¿No lo leyó?

Su madre se retorció las manos, estrujando su pañuelo.

—Tenía miedo de hacerlo. Toda esta situación es tan angustiante, pero el padre de Rose insistió en que lo trajera conmigo cuando dejé Londres —Se volvió para mirar a Rose—. Sé que no aprobabas que me fuera, pero debes saber que tu padre insistió. Estaba preocupado por la atención que recibiríamos, sí, pero también no quería que su diario cayera en las manos equivocadas.

—Oh, Mamá —dijo Rose, su corazón rompiéndose de nuevo ante la devastación escrita en el rostro de su madre.

Su madre tomó un respiro tembloroso antes de continuar.

—Admitiré que tenía miedo de que contuviera evidencia sobre sus crímenes, por eso no quería leerlo. No quería creer que fuera capaz de traicionar a Inglaterra. Yo... —Dudó brevemente—. Quería quemarlo, pero él insistió en que lo mantuviera a salvo. La única razón por la que no lo destruí fue el saber que tu padre no podía estar en una peor posición incluso si las autoridades lo encontraban. Ya está camino a la horca —terminó con un sollozo.

Rose rodeó a su madre con sus brazos, luchando por no derrumbarse ella misma.

—Creo que debe ser lo contrario. Ya que Papá ha confesado, no tendría nada que ganar diciéndole a Brantford sobre su diario. Podría contener información que ayude a liberarlo —Rose quería creer eso. *Tenía* que creerlo.

—Su hija tiene razón —dijo Brantford—. Lord Worthington no tendría nada que ganar enviándome en una búsqueda falsa de información para exculparlo. Debe saber que está muy preocupado por su seguridad. A pesar de su intento de protegerlas, la única manera de asegurar

que ustedes dos no sufran daño será atrapar a la persona que cometió el crimen del que él se confesó. Espero que su diario, junto con la información que ha escondido en su finca, sirva para ese propósito.

Lady Worthington acunó el rostro de su hija, dedicándole una sonrisa acuosa durante varios segundos antes de volverse hacia Brantford. —Te ayudaré en todo lo que pueda. Iré a buscar el diario ahora mismo. Pero primero debes prometerme que mantendrás a mi hija a salvo.

—Tiene mi palabra —dijo Brantford sin un momento de vacilación.

Rose se volvió para mirarlo y se sorprendió por la intensidad en la mirada de su esposo. En ese momento, casi podía creer que él se preocupaba por ella.

DESPUÉS DE SER PRESENTADO a la tía y el tío de Rose, Brantford se despidió de ellos y siguió a Lady Worthington para buscar el diario de su esposo. Él y Rose ya habían decidido que no compartirían el verdadero motivo de su visita con el resto de su familia. Por lo que Lord y Lady Hayes sabían, estaban allí para una breve visita antes de continuar hacia la finca de Brantford en Surrey. Ya había obtenido la promesa de Lady Worthington de no decir nada a su hermana y cuñado sobre el asunto.

Solo tuvo que esperar fuera de la habitación de Lady Worthington un breve momento antes de que ella saliera y le entregara una pequeña caja de madera. No dijo nada más, pero la expresión en su rostro le indicaba que temía albergar esperanzas de que el diario que contenía pudiera conducir al fin de la pesadilla para su familia.

Le dio las gracias y siguió a un lacayo hasta la habitación que él y Rose compartirían esa noche. Después de cerrar la puerta tras de sí, observó la estancia. No era particularmente ornamentada, sin duda Lady Hayes había reservado la mejor habitación de invitados para su hermana. Aun así, era más lujosa que las posadas en las que descansarían durante su viaje a la finca de los Worthington en Norfolk.

No pudo evitar mirar fijamente la cama, imaginando lo que sucedería más tarde cuando su esposa se uniera a él. Llevaban casados cuatro días y habían hecho el amor dos veces en un carruaje y solo una vez en una cama. Planeaba remediar esa discrepancia más tarde.

Apartando la mirada, se obligó a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Cuando levantó la tapa de la sencilla caja que Lady Worthington le había dado, encontró un diario encuadernado en cuero en su interior. Se acomodó en una silla y comenzó a leer.

El diario era delgado, y cuando pasó a la primera página, descubrió que Worthington solo había comenzado a escribir sus pensamientos después de que la situación con Standish estuviera bien avanzada. Worthington escribía sobre cómo había logrado financiar una temporada para Rose y que se había sorprendido al llegar a Londres al descubrir que tenía más fondos de los que sabía que poseía en su cuenta bancaria. Luego pasaba a detallar una visita de Lord Standish ese mismo día, relatando su horror cuando el hombre le había agradecido por compartir cierta información sobre los movimientos de la flota británica.

Brantford sabía que Worthington había estado en la marina cuando era joven y que el padre de Rose aún era buen amigo del Almirante Heddington. El almirante era conocido por su mente estratégica, pero no era ningún secreto que el hombre pensaba mejor cuando hablaba en voz alta. Tenía algunos colegas en quienes confiaba para que guardaran silencio después de esas sesiones de estrategia, y aparentemente Worthington era uno de ellos.

Cuando Standish le informó que había vendido la información que Worthington había

transmitido sin darse cuenta mientras estaba ebrio, y que había depositado fondos en la cuenta de Worthington como pago, el padre de Rose se había horrorizado. Había intentado devolver el dinero, pero Standish ya había hecho arreglos para bloquear cualquier depósito en sus propias cuentas bancarias que proviniera de Worthington. Y, por supuesto, el hombre no había querido llamar a un tercero para completar la transacción en su nombre, ya que no quería que nadie conociera su vergüenza.

Mientras el padre de Rose explicaba cómo había mantenido el dinero separado de sus propios fondos mientras intentaba decidir qué hacer a continuación, Standish había comenzado a acosar al hombre en busca de más información. Cuando no pudo coaccionar a Worthington con la promesa de más dinero, comenzó a amenazar a su esposa e hija.

A medida que continuaban las entradas, era evidente que Worthington se estaba volviendo más angustiado conforme pasaban las semanas. Seguía esbozando todo tipo de formas extravagantes de salir del lío en el que se había involucrado sin darse cuenta. La entrada final era solo de unas pocas líneas, afirmando que había fallado a su familia y que para mantenerlos a salvo, tenía que sacrificar su propia vida y sus reputaciones. Encontraba un pequeño consuelo en el hecho de que Rose ahora estaba comprometida con Kerrick y esperaba que, como su condesa, estuviera a salvo.

Brantford se obligó a relajar la mandíbula mientras leía esa última parte. Sabía que Kerrick y Rose habían sido forzados a una posición comprometedora por Standish, quien tenía planes para la actual prometida del hombre. Aun así, le molestaba más de lo que debería pensar que Rose había estado muy cerca de casarse con otra persona.

Volvió a hojear las páginas, pero levantó la vista cuando Rose entró en la habitación. Dejó el volumen a un lado y observó en silencio cómo ella cerraba la puerta firmemente detrás de sí. Cuando se volvió para mirarlo, tenía las cejas fruncidas en un gesto de preocupación. Él se puso de pie y se preparó para las acusaciones que sabía que vendrían.

—¿Por qué no me hablaste del diario de mi padre?

Aunque esperaba la pregunta, no había anticipado su propia reacción al dolor que podía ver en sus ojos. —No creí que necesitaras saberlo.

Ella se estremeció como si la hubiera golpeado. —Ya veo —dijo—. ¿Hay algo más que me estés ocultando?

Él no respondió. No necesitaba hacerlo.

Ella suspiró. —Por supuesto que lo hay.

—Me pediste mi ayuda, Rose, y te la estoy proporcionando lo mejor que puedo. Pero hay cosas que no puedo compartir contigo.

Ella apartó la mirada, y él esperó su enojo o sus exigencias de que le permitiera leer el diario.

—Me disculpo por mi exagerada reacción.

Lo tomó por sorpresa, algo que nunca le sucedía. —¿No estás enojada?

—No, claro que no. No mentiré diciendo que no estoy decepcionada, pero lo entiendo. Y confío en ti.

Algo se movió en la proximidad de su pecho, inquietándolo más de lo que le gustaría admitir.

—Ni siquiera voy a pedir leer el diario de mi padre. Simplemente fingiremos que no sé ya que negarías esa petición.

Él no respondió, y esta vez no era porque estuviera jugando uno de sus juegos. Honestamente no sabía qué decir. La confianza de su esposa lo llenaba de humildad. En lugar de hablar, abrió sus brazos y ella caminó hacia su abrazo. Permanecieron así durante casi un minuto completo, las palabras atorándose en su garganta mientras consideraba qué decir.

—Asumo que no necesitaremos una doncella o un ayuda de cámara esta noche para desvestirnos —dijo ella cuando se apartó para mirarlo. Su intento de expresión inocente lo hizo reír en respuesta.

CAPÍTULO DIECINUEVE

HICIERON el viaje a Norfolk de manera más relajada durante dos días. Brantford se contuvo de tomar a su esposa nuevamente en el carruaje, pero le resultaba difícil resistir sus tentaciones. Se convirtió en una especie de juego entre ellos, con Rose intentando sacarlo de su manera naturalmente reservada durante todo el viaje. Pero al final, él se contuvo hasta que se instalaron en una posada por la noche. No porque tuviera algo en contra de la actividad, por supuesto. Se resistió porque sentía la necesidad de evitar caer aún más bajo el hechizo de Rose.

Sus crecientes sentimientos por su esposa eran algo misterioso para él. No podía negar que se había sentido atraído por Rose Hardwick desde el principio, pero ella era bastantes años menor que él. Nunca se había imaginado que se encontraría casado con la joven que atraía a los hombres como abejas a la miel.

Y sin embargo, cuando quedó claro que ella estaba en mayor peligro de lo que él había imaginado originalmente, no tuvo reparos en darle la protección de su apellido.

Ya no podía mantener la pretensión de que sus acciones se habían derivado únicamente de un sentido de practicidad. No, a esas alturas él había deseado a Rose para sí mismo. Aún más misterioso era el hecho de que no le molestaba lo que antes hubiera considerado una debilidad.

Cuando finalmente se acercaron a su destino en el segundo día, él arregló que el carruaje se detuviera en el pequeño pueblo vecino en lugar de continuar hasta la finca.

Sus razones para hacerlo en lugar de proceder a la antigua casa de Rose eran dos, pero no le había mencionado su intención de evitar la finca de los Worthington a su esposa. Primero, no sabía qué les esperaba en la casa de su familia y quería asegurarse de que fuera seguro antes de permitirle poner un pie en la casa. No tenía forma de saber qué podría haber preparado Standish para la llegada de cualquiera de los miembros de la familia.

Su segunda razón para querer quedarse en esta posada en particular era el hecho de que era frecuentada por los lugareños. El padre de Rose se había encontrado con Standish aquí y luego había procedido a beber demasiado y revelar los secretos que los habían puesto a todos en este camino. Brantford necesitaba hablar con el posadero para saber lo que recordaba de esa noche. También esperaba hacer algunas preguntas discretas a los lugareños.

Rose esperó hasta que les mostraron su habitación antes de preguntar:

—¿Hay alguna razón por la que no nos quedamos en la casa?

Él nunca había sido de los que explican sus acciones, pero en ese momento quería hacer precisamente eso. Tuvo que resistir la tentación de contarle demasiado.

—Iremos allí mañana. Necesito hablar con el posadero mientras estamos aquí. Conoce a tu padre y podría tener información que necesito.

—Podrías haber vuelto a la posada para hacer eso después de que nos hubiéramos instalado en casa.

Él tomó sus manos entre las suyas.

—No quería perderte de vista.

Los ojos de Rose se suavizaron, su boca se curvó en una sonrisa.

—Me siento igual. Pero estaremos separados si vas a pasar la noche abajo. Sin duda estarás al acecho en un rincón oscuro, observando todas las idas y venidas. Y dentro de poco, alguien te contará todo sobre lo que ha estado sucediendo en el pueblo y sus alrededores.

Su observación lo sorprendió.

—¿Cómo es que me conoces tan bien?

—Probablemente no debería confesar esto, pero durante todos esos bailes y reuniones, cuando estaba haciendo mi parte para parecer ansiosa por toda la atención que recibía de los demás, la mayoría de las veces te estaba observando a ti.

—Parece que ambos estábamos haciendo lo mismo entonces. Aunque en mi caso supongo que estaba intentando parecer aburrido con toda la atención. No es que tuviera que esforzarme mucho.

Su sonrisa vaciló cuando se le ocurrió un pensamiento.

—¿Crees que cuando bajes habrá chismes sobre mi familia?

—Probablemente. Pero eso podría verse eclipsado si han visto nuestro anuncio de boda.

—¿Hiciste eso? Dado el escándalo asociado a mi familia...

Cuando ella no terminó su frase, él la completó por ella.

—Pensaste que querría ocultar la conexión. —Negó con la cabeza—. Puse el anuncio en todos los periódicos. Quiero que todo el mundo sepa que estamos casados.

—¿Todo el mundo o solo Lord Standish?

Su duda lo molestó más de lo que esperaba.

—Todos, Rose.

Cuando la atrajo hacia sus brazos, ella apoyó la cabeza en su pecho.

—No debería decir esto, pero me siento afortunada de tenerte. Dado lo que mis padres están pasando, me siento como una traidora a mi familia por admitir eso.

Brantford se echó hacia atrás y le levantó el mentón para que pudiera encontrarse con su mirada. Odiaba la tristeza que veía reflejada en sus ojos azules.

—Siempre habrá cosas malas sucediendo en este mundo. Desafortunadamente, algunas de ellas afectarán a aquellos que nos importan. Pero la vida sería una cosa triste si no intentáramos aferrarnos a cualquier felicidad que pudiéramos en cada momento. Nunca te sientas culpable por eso.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y lo examinó durante varios segundos.

—¿Eres feliz?

—¿Puedes dudar de eso?

Ella levantó un hombro en un pequeño encogimiento.

—Eres muy bueno ocultando tus emociones.

Él pasó un pulgar sobre su labio inferior y sonrió.

—Soy feliz. Nunca lo cuestiones. Odio lo que estás pasando ahora mismo, pero no puedo lamentar que nos haya unido.

ROSE ESTABA CANSADA DE ESPERAR. Después de que les enviaran la cena a su habitación, tuvo que esperar allí, sola, mientras Brantford bajaba para recopilar toda la información que pudiera.

No había discutido con él, pero no estaba contenta de pasar otro día lejos de casa. Especialmente porque su esposo le había dicho que su cochero y varios de los jinetes que los habían acompañado en su viaje ocupaban todas las habitaciones de la pequeña posada. No tenía duda de que todos irrumpirían en la habitación ante la más mínima señal de angustia de su parte y podrían hacer lo mismo con la misma facilidad en la finca de su familia. Los sirvientes también estarían presentes para garantizar su seguridad.

Odiaba estar ociosa, pero él le había dicho que el retraso era solo por una noche y que partirían hacia su casa al día siguiente y entonces podrían buscar cualquier información que su padre hubiera escondido allí.

Pero cuando llegó la mañana, Brantford recibió un mensaje que le hizo cambiar sus planes.

—Quédate aquí —dijo—. El desayuno ya viene en camino. Alguien te traerá todas tus comidas si no regreso pronto.

Con un beso distraído, salió apresuradamente de la habitación.

Después de cerrar la puerta con llave, empezó a caminar de un lado a otro. Deseaba que Ellen hubiera venido con ellos. Al menos su cuñada habría podido hacerle compañía mientras pasaban las horas. Incluso podría haber convencido a Ellen de ir con ella a la finca de su familia sin Brantford.

Rose dejó de caminar tan pronto como ese pensamiento cruzó por su mente. No había razón por la que no pudiera adelantarse sin Brantford. Él le había dicho que se quedara en la posada, pero no había ningún peligro. Standish estaba en Londres, después de todo, y no tenía motivos para seguirlos a Norfolk. Habían dejado dicho al personal que se dirigían a la finca de Brantford en Surrey, y su marido le había pedido a Ellen que difundiera la noticia. A estas alturas, todo Londres sabría de sus supuestos planes.

Consideró pedirle al cochero que la llevara, pero no tenía forma de saber si Brantford viajaba a caballo o si había tomado el carruaje. Además, no le sorprendería que él hubiera dicho a sus hombres que no se le permitía salir de la habitación.

Todavía estaba debatiendo el asunto unos minutos después cuando sonó un golpe en la puerta. La abrió y encontró a una sirvienta con su bandeja de desayuno. Uno de los hombres de su marido estaba detrás de la joven. Sus ojos nunca se apartaron de la sirvienta, y actuaba como si esperara que ella agarrara el cuchillo de la mantequilla e intentara apuñalar a Rose justo delante de él.

Apenas se contuvo de poner los ojos en blanco ante el exceso de celo del hombre. Supo en ese momento que nadie la acompañaría ese día. Si siquiera sospecharan que quería irse, no dudaba que se turnarían para hacer guardia fuera de su habitación.

Agradeció a la mujer, que estaba más que un poco nerviosa por el hombre que vigilaba cada uno de sus movimientos, y cerró la puerta. Pegó la oreja contra ella, esperando ver si él se quedaría en el pasillo, pero después de que pasó un minuto escuchó el pesado sonido de sus pasos alejándose. El sonido de una puerta abriéndose y cerrándose hizo que soltara el aliento que había estado conteniendo.

Así que eso significaba que no tenía un guardia apostado fuera de su habitación. Si era muy silenciosa, podría escabullirse de la posada y dirigirse a la finca de su familia. Una vez allí, estaría a salvo con los sirvientes presentes.

Como le llevaría casi una hora caminar hasta allí, Rose se sentó a tomar su desayuno. No

tenía sentido dejarlo ir a la basura.

Se tomó su tiempo decidiendo qué ponerse. Sacando uno de los abrigos de Brantford del baúl que habían depositado en su habitación, se lo puso y fue a pararse frente al espejo.

Se veía ridícula. Nadie creería jamás que era un hombre. Suspirando, Rose devolvió la prenda al baúl y eligió un vestido amarillo pálido que esperaba no llamara demasiado la atención. Se esmeró en recogerse el cabello en un moño severo. Mientras lo hacía, deseó de nuevo que la hermana de Brantford estuviera allí. Ellen era muy hábil con el maquillaje y habría podido hacerla parecer mayor. Buscó entre sus pertenencias y encontró un pañuelo sencillo que podría usar para atarse el cabello. También se aseguró de quitarse las joyas. Después de quitarse los pendientes y el collar de oro que usaba a diario, miró su anillo de bodas y dudó.

La piedra era de color azul claro y le recordaba a Rose los ojos de su marido. Era una tontería, pero se sentía casi supersticiosa de quitárselo, así que en su lugar lo giró para que la piedra quedara oculta si cerraba la mano.

Cuando terminó, se examinó detenidamente en el espejo. Si mantenía la cabeza baja y los hombros encorvados, podría pasar por una sirvienta. Todo este esfuerzo habría sido mucho más fácil si pudiera ponerse una capa, pero como era casi verano, solo llamaría más la atención si llevaba una prenda tan pesada.

Tendría que moverse rápidamente y esperar que ninguno de los hombres de su marido la oyera partir. Pero primero tenía que convencerlos de que no tenía intención de salir de la habitación.

Abrió la puerta y dejó la bandeja con los platos, incluida la porción no comida del desayuno de su marido, en el pasillo. Después de colocar la bandeja en el suelo con un ruido audible de la vajilla, se echó hacia atrás, oculta en el umbral de su puerta. Como había sospechado, varias de las puertas se abrieron inmediatamente, y se aseguró de cerrar y echar llave a su puerta con el mayor ruido posible. Cielos, ¿estarían todos los hombres sentados junto a sus propias puertas? Si era así, tendría que tener cuidado.

Esperó varios minutos, con la esperanza de que todas las puertas se hubieran cerrado. Si uno de los hombres había dejado la puerta de su habitación abierta, nunca podría escabullirse frente a ellos, ya que su habitación estaba al final del pasillo.

Finalmente decidió que simplemente tendría que arriesgarse. Solo tendría una oportunidad para esto. Si los hombres de Brantford la veían intentando salir de la posada, no tendría otra oportunidad.

Conteniendo la respiración, abrió lentamente la puerta y esperó, agradecida de que las bisagras no chirriaran. No pasó nada. Sintiéndose más que un poco ridícula, cerró la puerta con exagerado cuidado y se dirigió por el pasillo a un ritmo lento y constante. Con cada paso esperaba que crujiera una tabla del suelo o que se abriera una puerta de golpe, pero llegó a la parte superior de las escaleras sin ser descubierta. Anticipaba encontrar a alguien apostado al pie de las escaleras, pero llegó a la planta baja sin que la detuvieran.

Su corazón latía aceleradamente ahora, y de repente se dio cuenta de que estaba actuando como la heroína de una novela horrible. Por un momento consideró dar la vuelta, pero rechazó sus dudas. Esto era la vida real, no ficción. Solo iba a casa, y una vez allí estaría a salvo. Después de llegar, haría que un lacayo entregara una nota para que Brantford no se preocupara cuando regresara.

Su paso se aceleró al salir de la posada, con los hombros encorvados, y se dirigió hacia la finca de su familia. Pasó junto a algunos aldeanos, pero nadie le prestó atención.

Con cada paso, esperaba oír pasos persiguiéndola, pero por supuesto nada de eso sucedió.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando, cincuenta minutos después, finalmente llegó a la casa.

Se tomó un momento para componerse, quitándose el pañuelo del cabello y guardándolo. Los sirvientes se sorprenderían al verla y se preguntarían por qué llegaba a pie, pero no la cuestionarían. ¿Tal vez habían oído lo que le sucedió a su padre? Apartó ese pensamiento. Los sirvientes chismorreaban y si lo habían oído, por supuesto lo habrían discutido entre ellos. Mientras no recibiera miradas de lástima, podría fingir que nada estaba mal.

Empujó la puerta y esperó a que el mayordomo o uno de los lacayos investigara la nueva llegada. Cuando nadie apareció, se movió por el pasillo hacia el estudio de su padre. A cada segundo esperaba encontrarse con alguien, pero no había movimiento, ni sonido. Los pelos de la nuca se le erizaron, y por primera vez cuestionó la sabiduría de venir aquí sola.

Pero ya estaba de pie frente al despacho de su padre. No examinaría toda la casa por su cuenta, solo echaría un vistazo rápido al despacho de su padre y luego regresaría a la posada.

Además, si uno de los hombres había descubierto que se había ido, era probable que alguien ya estuviera en camino hacia allí. Todo estaría bien.

CAPÍTULO VEINTE

SABÍA dónde buscar solo porque Brantford le había preguntado sobre la distribución de la casa. Se había preguntado si su padre tenía otro escondite bajo el suelo de la biblioteca o en otra habitación, pero Brantford había querido saber sobre el estudio de su padre.

Intentó sacudirse la inquietud, diciéndose a sí misma que no estaba sola en la casa. Los sirvientes no esperaban su llegada, así que probablemente estaban ocupados haciendo otra cosa.

Brantford le había dicho a su madre que Papá tenía correspondencia que necesitaba ver. No le había dicho nada sobre lo que esperaba que contuvieran esas cartas, y habría sido inútil preguntarle. Tendría que leer las cartas ella misma para saber qué contenían.

Le pediría perdón a su marido más tarde. Si algo había aprendido, era que era más fácil pedir perdón que permiso. Especialmente cuando estaba claro que el permiso no sería concedido.

Al abrir la puerta del estudio de su padre, una sensación de pesadumbre se apoderó de ella. No creía haber estado nunca en esta habitación sin la presencia de su padre, y se le ocurrió que quizás nunca regresaría.

Ignorando su inquietud, caminó hacia las ventanas y corrió las cortinas, esperando que la clara luz del día disipara la oscuridad y la ayudara a sacudirse los pensamientos negativos.

Abrió una ventana para asegurarse, respirando profundamente el aire fresco del exterior antes de volverse para enfrentar el escritorio de su padre. Dudó solo por un momento antes de inclinarse para abrir el cajón inferior de la derecha.

Brantford no le había dicho dónde buscar —tampoco su padre—, pero recordó la mañana antes de partir hacia Londres. Había entrado en el estudio de su padre con un mensaje de su madre, y él casi había saltado de su piel por la interrupción. Ella se había disculpado por sorprenderlo, pero él no había reconocido el susto que le había dado. En cambio, había recogido un pequeño fajo de papeles y los había depositado en ese cajón inferior. Ahora que lo pensaba, podrían haber sido correspondencia.

Con las manos temblorosas, abrió ese cajón ahora. Los papeles en su interior estaban tal como él los había colocado apresuradamente todos esos meses atrás. Los sacó, sorprendida de que solo hubiera unas pocas hojas, y las miró fijamente. La primera era una carta del Almirante Heddington, un viejo amigo de su padre a quien había conocido varias veces a lo largo de los años. Sus ojos recorrieron la página, apoderándose de ella la curiosidad.

—Catherine debía ser mía.

Rose saltó, con el corazón en la garganta por la voz inesperada. Cuando levantó la mirada, Lord Standish estaba justo dentro de la puerta, su cabello oscuro despeinado de una manera que nunca había visto. Siempre le había parecido que era meticuloso con su apariencia. Pero peor aún

eran sus ojos. Su tono había parecido casual, pero algo en la forma en que sus ojos estaban entrecerrados —fijos en ella con un enfoque implacable— le decía que estaba todo menos calmado. Movió las manos detrás de su espalda, esperando que él no hubiera notado las páginas que ahora apretaba con fuerza.

Enderezó los hombros e hizo todo lo posible por no delatar lo mucho que su presencia la inquietaba.

—Lord Standish, ¿qué está haciendo aquí?

Él chasqueó la lengua.

—Vamos, no me digas que no me esperabas. ¿O quizás esperabas a alguien más? ¿Un cierto caballero de cabello rubio?

Ella trató de ignorar el tono burlón en su voz, pero la suya no estaba del todo firme cuando respondió:

—Es muy impropio que esté a solas conmigo. Tendrá que irse.

—¿Vas a obligarme?

La mirada que le dio le advirtió que tal vez no saldría con vida de este encuentro. Aun así, tenía que intentarlo.

Se acercó al cordón de la campana oculto detrás de la cortina.

—No tendré que hacerlo —dijo, dándole un tirón brusco con una mano—. El mayordomo estará aquí en un momento.

Él se rio y se adentró más en la habitación.

—Vas a tener que esforzarte más si esperas que crea tus mentiras. Puedo ver tu corazón acelerado desde aquí. Y ambos sabemos que la casa está vacía. Me aseguré de enviar un mensaje, en tu nombre, por supuesto, dándole el día libre al personal. Aquellos que decidieron quedarse... Bueno, no nos interrumpirán.

Ella trató de no pensar en lo que Standish podría haber hecho. El hombre estaba claramente loco. No pudo evitar recordar la noche en que ella y Brantford habían consumado su matrimonio. Cómo él había irrumpido en su habitación, su preocupación por su seguridad muy real. ¿Por qué no había hecho caso a su advertencia de no abandonar la posada?

El miedo le ahuecó el estómago y sus manos comenzaron a temblar.

—Mi marido...

—...recibió cierta información que lo llevó a otro lugar, así que somos solo nosotros dos.

Sonrió entonces, y un escalofrío helado le recorrió la espalda.

—No sé qué quiere de mí.

—¿No lo sabes? Si no hubieras terminado tu compromiso con ese presuntuoso imbécil, Catherine habría sido mía a estas alturas. Eres un pobre reemplazo, especialmente ahora que te has dejado mancillar, pero supongo que tendrás que servir. Cuando termine, espero que me agradezcas y luego me entregues los papeles que estás tratando de esconder detrás de tu espalda. Y si eres una buena chica, tal vez haga tu muerte rápida.

Ella luchó por mantener a raya el pánico creciente mientras repasaba mentalmente las salidas de la habitación. Brantford le había dicho que Lord Standish era peligroso, pero ella no había creído realmente que fuera capaz de asesinar.

Standish estaba entre ella y la puerta, y no había forma de que pudiera alcanzarla sin que él la interceptara. Recordó entonces la ventana que había abierto. Si creaba una distracción, tal vez podría escapar por ella. La había abierto bastante, y el estudio de su padre estaba en la planta baja. Standish era mucho más grande que ella. Si no podía seguirla, tendría que salir por la puerta principal. Sabía que no podría superarlo corriendo, pero esos preciosos segundos podrían darle la

oportunidad de esconderse en algún lugar de la propiedad.

No le gustaban sus posibilidades de éxito, pero no podía quedarse quieta sin hacer nada. Tenía que al menos intentar escapar.

Comenzó a dirigirse hacia la puerta y, como era de esperar, Standish se movió para interceptarla. Moviéndose rápidamente, ella volcó una mesa pequeña, esperando que le comprara suficiente tiempo, y giró a la derecha. La ventana abierta estaba a solo unos pasos y su mano ya estaba en el alféizar, con las páginas aún aferradas en su puño, una pierna lista para trepar hacia afuera, cuando dos brazos la atraparon por la cintura. El pánico la atravesó y gritó de miedo mientras intentaba arañar sus manos, esparciendo las páginas a su alrededor. Su intento ineficaz de escapar solo pareció divertirlo.

Su risa, teñida con más que un ligero toque de locura, la hizo retorcerse en su agarre e intentar morderle el brazo. Su diversión no cesó, pero la giró y levantó una mano para golpearla. Ella cerró los ojos y se preparó para el golpe, pero nunca llegó.

La soltó de repente y ella trastabilló, abriendo los ojos para ver a Brantford luchando con Lord Standish. Su corazón casi se detuvo cuando vio a este último levantar una pistola, pero antes de que pudiera gritar una advertencia, su marido había desarmado al hombre en una serie de movimientos que la dejaron boquiabierta. Él le había dicho una vez, cuando ella expresó preocupación por su propia seguridad, que era competente en alguna forma de defensa personal oriental, pero ver la facilidad con la que inhabilitó al otro hombre la impactó.

Standish estaba tirado boca abajo en el suelo, respirando pesadamente y ya sin reír. Brantford sostenía los brazos del hombre en un agarre de hierro y se inclinaba sobre él, con una rodilla presionada contra su espalda. Su marido tiró de los brazos de Standish hacia arriba, provocando un fuerte gruñido antes de volverse para mirarla.

—¿Te hizo daño?

—No —dijo ella, dándose cuenta solo entonces de que estaba temblando—. Llegaste a tiempo.

Sus ojos la recorrieron como si intentara convencerse de la veracidad de sus palabras antes de volverse, nuevamente, para mirar hacia abajo al hombre que había incapacitado tan fácilmente.

—Si pudieras darme algo para atarlo...

Standish empezó a reír de nuevo, y a pesar de que ya no representaba un peligro para ella, Rose no pudo evitar el escalofrío que la recorrió ante el sonido maniático.

—En realidad no la quería de todos modos. Es mercancía usada... Puedes quedártela.

El calor subió a sus mejillas mientras se giraba para buscar algo, cualquier cosa, que Brantford pudiera usar para asegurar al hombre que se había jactado de hacerle cosas indecibles. Sus ojos se dirigieron a las cortinas, pero recordó que el estudio de su padre no tenía cordones decorativos para atarlas. Un movimiento repentino la hizo volverse hacia la pareja a tiempo para ver que Brantford había volteado a Standish y le había estrellado el puño en la cara.

Los ojos de Standish se pusieron en blanco y el silencio descendió.

Brantford se puso de pie entonces y se volvió para mirarla. —Aún necesitaré esa cuerda, pero al menos ahora no tendremos que escuchar sus desvaríos.

Con un pequeño sonido de alivio, ella se lanzó a los brazos de su marido, encontrando consuelo en la forma en que se cerraron a su alrededor.

—No pensé que llegarías. Standish dijo que te había enviado a seguir otra pista...

Él se apartó entonces y la miró. Levantó una mano hacia su rostro, su pulgar acariciando su mejilla. —Envié a alguien más a seguir esa pista. No iba a permitir que te quedaras sola. No con tu tendencia a tomar los asuntos en tus propias manos.

Normalmente habría protestado ante esa afirmación, ya que solo había hecho exactamente lo que él le había pedido que hiciera desde que se casaron. Si él hubiera sospechado que Standish podría estar presente en su casa, debería habérselo dicho. Pero estaba tan feliz de que estuviera allí —y tenía que admitir que él tenía razón, pues no le había dicho a nadie que planeaba visitar la propiedad sola— que dejó pasar el comentario.

—Podría despertar en cualquier momento... Debería ir a buscar esa cuerda.

Él bajó la mano de su rostro y la soltó, dando un paso atrás. Ella lamentó la pérdida de sus brazos a su alrededor, pero no podía dejar de imaginar a Lord Standish levantándose de su estado inerte y atacándolos de nuevo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

BRANTFORD OBSERVÓ la figura de Rose alejándose mientras salía apresuradamente de la habitación, con el pulso aún acelerado al recordar la escena que había encontrado al llegar a la finca de la familia de ella. La casa había estado demasiado silenciosa, y supo de inmediato que su esposa estaba en peligro.

No había creído necesario compartir los detalles de por qué quería evitar la casa, pensando que aliviaría algunas de sus preocupaciones al ocultar su sospecha de que el hogar en el que ella se había criado podría no ser seguro. Pero lo único que había logrado era dejarla vulnerable, y Standish no había perdido tiempo en aprovecharse.

Había sido una decisión descuidada. Debería haberle dicho por qué necesitaba mantenerse alejada de la casa. Sí, le había dicho que no saliera de su habitación, pero sin razón para ser cautelosa, por supuesto que Rose no se contentaría con permanecer inactiva.

Habían tenido tan poco tiempo juntos, y él había estado tan cerca de perderla. No se había permitido pensar en su futuro, pero en ese momento se dio cuenta de que lo quería todo con ella. Nunca pensó que se casaría, pero había llegado a comprender que sus razones para proponerle matrimonio a Rose habían sido completamente egoístas. Y que el cielo lo ayudara, quería tener hijos con ella y todo lo que una vida juntos pudiera ofrecer.

Se acercó a Standish, que yacía boca abajo en el suelo, y lo empujó con una bota un poco más fuerte de lo necesario. Satisfecho de que no estuviera fingiendo estar inconsciente, Brantford alcanzó la pistola que había pateado lejos cuando habían luchado por el arma. Se sentó en una silla y esperó a que Rose regresara.

Esperaba que Standish recobrara la conciencia antes de eso. No había nada que deseara más que estrellar su puño contra la cara del otro hombre nuevamente. Una ira apenas contenida burbujeaba dentro de él al recordar la escena que lo había recibido cuando había seguido el sonido de una risa maniática hasta la biblioteca. Su corazón casi se había detenido cuando escuchó el grito de Rose, y una furia negra lo había envuelto cuando vio a Standish levantar la mano para golpearla. Había necesitado cada onza de fuerza de voluntad que poseía para no matar al hombre con sus propias manos.

Rose regresó varios minutos después, con un trozo de cuerda que había encontrado en algún lugar colgando de una mano. Debía haber corrido todo el camino, porque su respiración era agitada. A pesar de lo que todos pensaban, Brantford era humano. No pudo evitar que sus ojos bajaran para contemplar la vista de sus pechos subiendo y bajando, recordando otros momentos más placenteros en los que ella había estado sin aliento.

Reprimió despiadadamente esos recuerdos. Habría tiempo para eso más tarde, pero en ese

momento era evidente que Rose aún estaba muy alterada por su reciente experiencia. Para ser honesto, sus nervios tampoco estaban completamente estables.

Ella vaciló en la puerta, nerviosa por acercarse demasiado a Standish.

Él se levantó y cruzó la habitación para tomar la cuerda de sus manos. —Guarda esto —dijo, entregándole la pistola antes de volverse para asegurar los brazos y las piernas de Standish. Pudo haber tratado al hombre con más rudeza de la necesaria, pero nadie lo culparía. Ya sabía que Standish se dirigía a la horca del verdugo. Dado lo que sabía que estaba en la correspondencia que Worthington había recibido del almirante Heddington, nada salvaría a Standish ahora. Incluso si no lo colgaban por traición, Brantford se aseguraría de que pagara por el asesinato de su primo y un buen número de mujeres jóvenes en Francia.

Pero ya había tratado con hombres como Standish antes, y sabía cómo hacerlos hablar. Con Standish habiendo sido frustrado al final, Brantford sabía que el hombre se deleitaría en compartir cuán fácilmente había engañado a Worthington. Brantford contaba con esa arrogancia, pues era lo único que salvaría al padre de Rose.

Para mayor seguridad, Brantford metió su pañuelo en la boca del hombre. No podía garantizar que no lo mataría si empezaba a hablar mal de su esposa nuevamente.

Le dio la espalda a Standish y condujo a Rose afuera, asegurándose de tomar primero la pistola de ella. Ella se aferró a su brazo sin hablar.

Su carruaje estaba avanzando por el camino de entrada. Cuando había regresado a la posada y vio que Rose no estaba allí, supo inmediatamente dónde encontrarla. Había dejado instrucciones para que el carruaje fuera conducido a la casa, pero él mismo había hecho el camino a caballo. No podía permitirse pensar en lo que podría haber sucedido si hubiera llegado incluso unos minutos más tarde.

Cuando el carruaje se detuvo, instruyó al cochero que tomara a Standish bajo su custodia y hiciera los arreglos para transportarlo a Londres.

Normalmente habría viajado con ellos, pero sabía que Standish estaría seguro en las más que capaces manos de su cochero. Habían trabajado juntos durante años, y el hombre poseía habilidades que rivalizaban con las suyas. No, tenía que quedarse con Rose, quien lo necesitaba más en ese momento. Que él tampoco quisiera estar lejos de ella era un hecho.

—No puedo volver a entrar en la casa ahora mismo. Creo que necesitaré unos días antes de sentirme segura aquí de nuevo.

Su voz carecía de emoción, su expresión era vacía, y Brantford supo que estaba en estado de shock.

La condujo al lado de la casa donde había atado apresuradamente su caballo cuando ningún mozo de cuadra salió a recibirlo. Él y Rose regresarían juntos a la posada a caballo.

El control tentativo que había mantenido sobre sus emociones cuando se dio cuenta de que Standish tenía a Rose en su poder —la famosa reserva por la que era conocido— amenazaba con deshacerse. Necesitaba abrazar a Rose y asegurarse de que nunca más le sucediera nada malo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

APENAS DOS HORAS ANTES, Rose no podría haber imaginado lo aliviada que estaría de regresar a la posada. Ella y Brantford no habían hablado mientras cabalgaban de vuelta a un ritmo lento. Él debió haber percibido que ella necesitaba ese tiempo extra para recomponerse.

Iba sentada de lado frente a él en el caballo castrado, con los brazos alrededor de su cintura. Hundiendo el rostro en su hombro, intentó absorber algo de la fuerza de su marido. Por más que lo intentara, no podía evitar que sus pensamientos volvieran a lo que podría haber sucedido si él no hubiera llegado a tiempo, imaginando demasiado bien lo que Standish había querido hacerle.

Cuando finalmente llegaron a la posada, él se deslizó de la espalda del caballo y la ayudó a bajar. Permanecieron así durante varios segundos, con las manos de él en su cintura y las de ella en sus hombros. Mirando hacia arriba a su rostro, apenas se dio cuenta de que el mozo de cuadra se acercaba para hacerse cargo de su montura. Podía ver el tumulto de emociones en los ojos de Brantford mientras la miraba y se preparó, esperando ser reprendida por su comportamiento imprudente. Era lo que merecía, después de todo. Nunca debería haber pensado que conocía su situación mejor que él.

Abrió la boca para ofrecer una disculpa, pero él negó ligeramente con la cabeza. Tomando su mano, la condujo a la posada sin decir una palabra.

Cuando llegaron a su habitación, no le sorprendió ver a uno de sus hombres apostado fuera de la puerta. Es más, en realidad estaba feliz de verlo allí. Su presencia significaba que Standish no había escapado y que no estaba escondido en su habitación, esperándolos. Se preguntó cuánto tiempo le tomaría dejar de esperar que él saltara sobre ella desde las sombras.

El hombre corpulento se hizo a un lado, y Brantford los condujo a la habitación. Ella quería aferrarse a él nuevamente, pero él no había cerrado la puerta.

—Necesito informar a los hombres sobre lo que ha sucedido. Solo serán unos minutos. Cierra esta puerta con llave cuando me vaya.

Rose asintió mientras luchaba contra el impulso de suplicarle que no se fuera. Esto era lo que Brantford hacía, después de todo. Dada la rapidez con la que había derribado a Standish, era evidente que trataba con tales hombres todo el tiempo. ¿Por qué otra razón sería tan hábil en el combate físico?

Cerró la puerta con llave tan pronto como él la cerró, luego se volvió para mirar la escasa habitación. Sintiéndose tonta dado el hecho de que su habitación ahora estaba siendo vigilada, aun así se movió para mirar detrás del biombo que separaba un pequeño área de vestidor en la esquina de la habitación. Luego se agachó para mirar debajo de la cama. Finalmente, cuadrando los hombros, abrió de golpe la puerta del armario. Estaba bendecidamente vacío, salvo por las

pocas prendas que una doncella había colgado el día anterior.

Desfallecida, se movió para sentarse en el borde de la cama. Fue solo entonces cuando se dio cuenta de que estaba temblando. Cerrando los ojos, respiró profundamente varias veces mientras trataba de pensar en lo bueno que saldría de esto. Si Brantford podía obtener una confesión de Standish, era posible que su padre pronto estuviera libre. Imaginó ese reencuentro, imaginando la alegría que sus padres sentirían al poder finalmente reanudar sus vidas. Con suerte, una vez que todos supieran que su padre solo había confesado para proteger a su familia, finalmente les permitirían volver a la sociedad. Sabía lo mucho que significaba para su madre poder mantener la cabeza alta entre sus pares.

El hecho de que Rose se hubiera casado con el escurridizo Conde de Brantford probablemente contribuiría mucho a lograr ese fin. En cuanto a Rose, nunca perdonaría a todos aquellos que le habían dado la espalda a su familia en su hora de necesidad. Pero al menos tenía a Catherine y, por extensión, a su familia. Habían sido nada más que amables y solidarios con ella.

Un rápido golpe en la puerta la sorprendió. Cuando escuchó la voz de Brantford anunciando que era él, voló a través de la habitación y abrió la puerta. Esperó solo hasta que él cerró la puerta detrás de él antes de lanzarse a sus brazos.

Las lágrimas vinieron entonces, por mucho que tratara de contenerlas. Brantford no apreciaría una esposa llorona, pero ella no parecía poder detenerse.

El mundo se movió, y se dio cuenta de que él la estaba llevando a la cama. Se sentó, sosteniéndola en su regazo, y sus lágrimas solo aumentaron.

—Shh —dijo él, acariciando su cabello—. Has tenido un shock. Déjalo salir todo. Todo estará bien ahora. —Su otro brazo se apretó alrededor de su cintura mientras ella trataba de hundirse más en él.

Cuando finalmente disminuyó su llanto, se echó hacia atrás y miró a su marido. Debería haberse avergonzado por perder el control tan completamente, especialmente frente a él, pero en cambio todo lo que podía sentir era una sensación de asombro al ver la preocupación en los ojos de Brantford.

—Esperaba que me jalaras las orejas por ir en contra de tus instrucciones. En cambio, descubro que este hombre misteriosamente compasivo ha tomado posesión del cuerpo de mi marido.

Una esquina de su boca se elevó ante su intento de humor, pero desapareció casi tan pronto como apareció. —Estoy dividido en partes iguales entre ponerte sobre mis rodillas y darte una lección que no olvidarás pronto o abrazarte fuerte y no dejarte ir nunca más.

—Si he de tener elección en el asunto, preferiría lo último.

Él acunó su rostro, su pulgar acariciando su labio inferior, y un escalofrío de conciencia la recorrió. —Me asustaste de muerte hoy.

—¿Solo de muerte? Mi corazón casi se detuvo cuando Lord Standish me agarró. Si no hubieras estado allí... —Un escalofrío sacudió su cuerpo—. ¿Cómo supiste que estaba allí? Ibas a ir a otro lugar.

—Eso es lo que Standish pretendía —respondió Brantford, sus ojos estrechándose una fracción—. Pero siempre he sido un firme creyente en confiar en mis instintos, y algo no parecía estar bien. Envié a alguien en mi lugar y regresé para asegurarme de que estuvieras a salvo. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que te habías ido.

Ella se estremeció ante la censura en su voz. —En mi defensa, nunca imaginé que la casa estaría vacía. Todavía no sé cómo la vació de todos los sirvientes. —Vaciló al recordar la alegría

en la voz de Lord Standish cuando mencionó que no serían interrumpidos—. ¿Crees que les hizo daño?

—Algunos de mis hombres están en camino ahora mismo. Imagino que no hizo nada más que retenerlos y encerrarlos en una habitación.

Ella quería creer que eso era cierto. —¿Cómo supiste que había ido a la casa?

—¿A dónde más habrías ido? No había señales de lucha aquí, y a pesar de la facilidad con la que pareces haberte escabullido, me gusta pensar que al menos uno de los hombres se habría dado cuenta si te hubieran arrastrado. —Su mandíbula se tensó mientras luchaba con sus emociones—. Confieso que estaba preocupado de que te hubieran emboscado en algún lugar en el camino. Y cuando me di cuenta de que estabas en el estudio con Standish... —Sacudió la cabeza bruscamente—. No sé cómo no lo maté por ponerte las manos encima. Si hubiera ido más lejos...

Ella le puso una mano sobre la boca para detenerlo. —No lo hizo. Llegaste a tiempo, gracias al cielo —Su corazón estaba tan lleno en ese momento que no pudo contener las siguientes palabras que brotaron de sus labios—. Te amo, Lucien. Te he amado desde antes de que nos casáramos. Nunca imaginé entonces que mi mal concebido enamoramiento llevaría a nuestro matrimonio. Y aunque no me ames de vuelta...

Él la besó de manera breve pero intensa antes de apartarse. —Estaba celoso de Kerrick cuando te cortejaba, aunque sabía que en realidad él quería a Catherine.

—¿Qué? —Debía haberlo escuchado mal—. Apenas sabías que yo existía. Si no hubieras estado investigando las actividades de mi padre, ni siquiera habrías sabido que estaba viva.

—Nunca dudes que te noté. Cada hombre con un par de ojos te ha notado.

—Lucien —dijo ella con un falso ceño fruncido—. ¿Por qué pasaste por toda esa charada de pedirle a Kerrick que me cortejara? La pobre Catherine estaba tan desconsolada.

—Porque, mi querida tentadora, te deseaba demasiado. Lo que significaba que tenía que mantenerte a distancia.

—Por supuesto —dijo ella con un giro irónico de sus labios—. No quiera el cielo que el Conde Indiferente admita su atracción por una mujer.

—Oh, me han atraído muchas mujeres, pero ninguna de ellas jamás supuso un peligro para mi corazón.

Se le cortó la respiración y apenas pudo pronunciar sus siguientes palabras. —¿Qué estás diciendo?

Él le acunó la nuca con una mano y con la otra la atrajo contra sí. —Estoy diciendo que yo también te amo.

Las lágrimas amenazaron con derramarse ante su confesión. Aunque había llegado a sospechar que él se preocupaba por ella, nunca imaginó que lo admitiría. Había tanto que quería decir, tanto que quería preguntar. Pero eso tendría que esperar hasta más tarde porque Brantford la besó entonces, y ella nunca quiso que se detuviera.

EPÍLOGO

Julio de 1807

DESPUÉS DE QUE su doncella prendiera el último rizo en su lugar, Rose salió de su dormitorio y se apresuró a reunirse con su marido abajo.

Brantford lo había logrado. Lord Standish había confesado ser el cerebro detrás del plan para inculpar a su padre por traición, y ahora papá estaba libre. Sus padres habían llegado a su finca en Surrey ese mismo día y estaban descansando antes de bajar a cenar.

Brantford había encontrado las pruebas de que Standish había estado vendiendo secretos a los franceses durante algún tiempo, guardadas en la finca del hombre. Enfrentado al conocimiento de que pronto sería ahorcado por sus crímenes, había dado un último golpe contra su padre. Ella había temido que permaneciera en silencio y que también vería a su padre ahorcado, pero aparentemente el orgullo de Standish lo había llevado a revelar todo su plan. Cómo había engañado a su padre para que revelara lo que sabía sobre los movimientos de la Marina Real emborrachándolo primero. Y cómo había depositado dinero en la cuenta bancaria de su padre para que pareciera que era cómplice de todo el plan.

La reputación de su padre había sufrido un golpe cuando se revelaron los detalles, pero era mejor ser considerado tonto y fácilmente engañado que ser tachado de traidor.

Rose se apresuró a entrar en el salón, aliviada cuando vio que había llegado abajo antes que sus padres. Su marido, por supuesto, estaba tan impecable como siempre, vestido con colores oscuros, cada hebra de su cabello rubio exactamente donde debía estar. Dejó el libro que estaba leyendo y se puso de pie, saludándola con un rápido beso.

—Apenas puedo creer que finalmente hayamos llegado a este punto. No es que dudara de ti, Lucien, pero parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Aún no he perdonado del todo a tu padre por ponerlos a todos en peligro en primer lugar.

Rose descartó la crítica. No era la primera vez que la oía, y sabía que no sería la última.

—Nunca nos habríamos casado de otra manera, ya que estabas tan decidido a ignorarme. No estoy segura de si debería perdonarte tampoco por eso. Pasé muchas noches suspirando por el apuesto conde que nunca me miraba.

Brantford hizo un suave sonido que dejaba claro que no le creía. —Me sorprende que pudieras verme más allá de la multitud de hombres que te rodeaban.

Ella inclinó la cabeza, divertida de que aún pareciera tan molesto por su popularidad durante la temporada pasada. —No era su atención la que yo quería.

—No hiciste nada para evitarla.

—Sí, bueno, probablemente no debería admitir esto, pero estaba tratando de hacer que me notaras. Pensé que quizás la curiosidad te llevaría al menos a hablar conmigo. Pero nunca lo hiciste.

—No, y puedo admitir ahora que fui un tonto. Cuando pienso que alguien más podría haber capturado tu atención...

—Nunca habría sucedido.

La atrajo hacia sus brazos y le sonrió. —Voy a tener que ser extra vigilante en el futuro.

Las cejas de Rose se fruncieron. —¿Por qué? Sé que me contaste sobre esa tonta apuesta que la gente está haciendo sobre quién puede alejarme de tu lado, pero deberías saber que eres el único hombre que quiero.

Brantford negó con la cabeza. —No es eso. Confío en ti. Además, no tengo problema en lastimar a cualquiera que intente acercarse demasiado a ti. No, me temo que ahora es mi reputación la que está en riesgo.

Rose se apartó, herida por lo que su marido había revelado. —¿Te avergüenza que te vean conmigo?

—No, querida. Me preocupa que todos vean lo decididamente afectado que estoy por tu presencia. Ellen se ha deleitado en decirme que parezco un cachorro enamorado cada vez que entras en la habitación.

Rose se rio. —Ellen solo te está tomando el pelo. Creo que siente que es su trabajo como tu hermana.

—Aunque no está del todo equivocada. Me siento como un cachorro enamorado cuando estás cerca. Es bastante vergonzoso.

Riendo, Rose atrajo la cabeza de su marido para darle un rápido beso. Se convirtió rápidamente en un abrazo apasionado, y solo el sonido de alguien aclarándose la garganta la hizo volver a la realidad.

Brantford se apartó, y ella se giró para encontrar que sus padres acababan de entrar en la habitación. Su madre estaba radiante, su sonrisa más amplia de lo que Rose recordaba haberla visto jamás.

Rose no pudo encontrar la mirada de su padre.

—Parece que me equivoqué una vez más —dijo Worthington—. No le creí a la madre de Rose cuando me dijo que ustedes dos habían hecho un matrimonio por amor. Te había catalogado como un pez frío.

Brantford se tensó ante la acusación, luego dejó escapar un largo suspiro de sufrimiento. —¿Ves a lo que me refiero, Rose? Mi reputación estará arruinada antes de que pase mucho tiempo.

Rose no pudo contener su risa, divertida por la muy real angustia de su marido. Lo miró a él, luego a sus padres, antes de apresurarse a abrazar a su padre, como ya lo había hecho numerosas veces desde su llegada esa tarde.

Nunca había imaginado que podría tener todo lo que deseaba, pero aquí estaba, felizmente casada con el hombre que había amado desde lejos y celebrando la liberación de su padre. Casi se pellizcó para asegurarse de que no estaba soñando. Cuando regresó al lado de su marido, la alegría irradió a través de ella ante la mirada cariñosa en sus ojos, asegurándole que, en efecto, estaba bastante despierta.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el Duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.